

Christopher Homm

C. H. Sisson

ALBA

CHRISTOPHER HOMM



C. H. SISSON

Traducción
Catalina Martínez Muñoz

rara avis
ALBA

ALBA **rara avis**

Título original: *Christopher Homm*

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es
Diseño: Pepe Moll de Alba

primera edición: enero de 2019

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-537-5

NOTA AL TEXTO



Christopher Homm se publicó por primera vez en 1965 (Methuen, Londres).

Pristina stabilitas hactenus accipienda est, quatenus aegritudinem ita nullam corpora illa patientur, sicut nec ista pati possent ante peccatum.[1]

San Agustín, *Rectractanionum Liber* I, XI

A mis cuarenta tengo que lamer mis heridas
lo sufrido ya es irremediable
he elegido lo mismo que todos los adultos
basura infecta que compartir con nadie.

En mis sentidos llevo grabados mis errores
el cuerpo es un registro de la mente
mi tacto es una costra de defensas pasadas
y por falta de ingenio mis ojos se han cegado.

No hay mérito posible en tan largo abandono
y abandono y defecto son lo mismo.
No soy persona apta para resurrección.
Destruye pues mi esqueleto podrido.

Pero eso no lo harás, porque perdón sería.
Los cuerpos que perdonas los reemplazas
y esos te los reservas a fin de endurecer
a quienes sufren la cruel ley de tu Gracia.

Los cristianos del mundo quizá salven sus cuerpos
con la premonición de la dicha divina
mas yo, de la Gracia defendido por una piel más dura,
nunca alcanzo a ver nada, nunca me comunico.

I



Era un dechado de amabilidad cuando se desplomó en la gravilla. La gota que tenía en la nariz se desprendió y terminó convertida en una bolita de polvo, pero Christopher Homm no volvió a moverse y su historia posterior fue un simple funeral. Suficientes inviernos habían encanecido su pelo para que el médico atribuyera a causas naturales la rescisión de aquella póliza sanitaria. Christopher Homm ni siquiera disfrutó del escándalo de una investigación como despedida.

Era un príncipe que no había merecido demasiadas alabanzas. El palacio en cuyo patio murió se encontraba en el número 92 de Torrington Street, una calle flanqueada por doscientas catorce viviendas de ladrillo ocre inasequible a la erosión. Las casas estaban distribuidas de tal modo que el promotor inmobiliario, que nunca tuvo ocasión de venderlas más que en lotes de cinco o seis, podía presentarlas como adosadas, por la sencilla razón de que no había espacio entre ellas. Unas se distinguían por una antena de televisión, otras por las macetas de hojalata donde se cultivaban espléndidas plantas, pero todas estaban dominadas por su particular modalidad de decadencia.

La decadencia de Christopher Homm, en el momento de su caída, era sencillamente física, aunque había estado precedida por setenta años de imperfecta moral. Los defectos del espíritu que lo habitaba se apreciaban en sus facciones cuando los vecinos le dieron la vuelta. Si la carne no fuera más que barro olvidable, nadie lloraría por ella, pero es un modelo de lo que debe presentarse en la hora de la resurrección.

El escaso pelo que cubría la cabeza de Christopher Homm era casi blanco. Al moverse la cabeza hacia un lado se descubrió que estaba calvo. Primer engaño. Además, la calva no era suave. Este príncipe no

se había convertido en mármol antes de tiempo. La piel estaba seca, escrofulosa y salpicada de manchas. La cabeza entera era incomible.

Las cejas eran más parecidas a musgo enfermo que a crecimiento de vello animal. Los ojos habían sido claros, errantes e inyectados de sangre. Las arrugas que componían su mueca de desesperación habían perdido todo su jugo hacía años. Tenía el aliento ácido desde la adolescencia y los labios sin más forma que un trozo de intestino.

Un escuálido manojo de tendones unía la cabeza al cuerpo. El cuerpo tenía cierta hechura allí donde había huesos, pero el estado de la piel era penoso. El vello corporal aún conservaba algo de brillo y color, y las partes que habían sido la prueba de la virilidad de Christopher Homm no estaban más mustias que el resto del cuerpo. Las piernas destacaban principalmente por las rodillas y las varices, aunque eran los dedos de los pies, grandes y retorcidos, lo que llamaba la atención.

Más de la mitad de estas vergüenzas quedaban ocultas por la camisa de rayas azules de Christopher Homm, sin cuello, y los pantalones de su mejor traje gris de mucho trote. Era una lástima que no llevara puesto el traje completo, pues con él lo tomaban por un anciano respetable y con él iba a la iglesia.

El edificio con techo de hojalata de la esquina de Torrington Street había sido el escenario de las más importantes plegarias de Homm. Allí ocupaba su lugar los domingos siempre que se lo permitían, engañando, con los mugrientos párpados cerrados, a la desaliñada congregación de fieles. La secta a la que pertenecía era muy democrática. Es posible que su dios estuviera muy mal informado, o al menos, como muchos de sus súbditos, sintiera pasión por enterarse de las noticias. Sea como fuere, Christopher Homm recitaba en sus oraciones estadísticas de delitos y otras actividades. Si los índices de criminalidad aumentaban, o a la gente la echaban del trabajo, la deidad de esta capilla no dejaba de enterarse por Christopher Homm. No se tenía noticia de que Homm rezara cuando no estaba en público, aunque el corazón, como bien se sabe, es inescrutable.

La ocupación de Christopher Homm, además de rezar, era ir de compras. Todas las mañanas, de lunes a domingo, salía con un cesto enorme, cerraba con llave la puerta de su casa y se arrastraba hasta la tienda de prensa de la esquina. Allí leía los anuncios que, escritos con letra analfabeta, se ponían en un tablón junto a los lánguidos esqueletos de los periódicos. Los anuncios eran de armazones de camas de hierro; tres castores desaparecidos; trabajador, no fumador, busca casa decente; modelo atractiva de diecinueve años acepta empleos de maniquí o lencería; se necesita mujer para tareas domésticas. Christopher Homm tenía una cama; no quería ofrecer techo a nadie, aunque fuese no fumador; en sus buenos tiempos había

visto lencería, incluso cuerpos; y de sus tareas domésticas ya se ocupaba él mismo y no le apetecía ver a una mujer merodeando por su casa. A pesar de todo, estas maravillas, impresas en tarjetas que aunque se renovaban de vez en cuando siempre estaban sucias, le ocupaban a diario ocho o nueve minutos. Después compraba el periódico, del que extraía la información que transmitía a su deidad el fin de semana. Lo doblaba y lo guardaba en su cesta. Luego iba a la carnicería y se paraba delante del escaparate a contemplar la sangre y el serrín que cubrían el suelo, hasta que el carnicero afilaba el cuchillo y lo saludaba con la mano. Ocurrido esto, seguía adelante hasta la tienda de comestibles. Normalmente no compraba nada, pero le gustaba quedarse un rato entre las amas de casa, a ser posible apretado contra los volúmenes de las más montañosas. Ponía el pretexto de que estaba buscando galletas de arruruz.

Cuando Christopher Homm volvía a casa, sacaba el periódico de la cesta y se ponía las gafas. Se sentaba a la mesa de la cocina, abría el diario y leía en primer lugar los anuncios relacionados con la cura del estreñimiento, el cuidado del cutis y la constitución de la figura femenina. A continuación pasaba a los titulares, que, como era ante todo un hombre racional, muchas veces no comprendía. Se quedaba mirándolos hasta que las palabras empezaban a bailar en la página. Entonces, Vishinsky aniquila el armisticio se convertía en Vishinsky aniquila el orificio, o las palabras cambiaban de orden y cobraban un sentido más interesante que el del original. Luego leía los titulares menores: «La policía atrapa banda de malhechores violentos y presenta cargos» y «No quiero: Estrella rechaza oferta de 50.000 libras». Solo después de que las letras impresas se hubieran reflejado un buen rato en las pupilas de Christopher Homm algo empezaba a cambiar dentro de su cabeza. Cuando por fin se producía la leve explosión, sobrevenía un intervalo de oscuridad.

Poco a poco, los humores ácidos que se concentraban en su estómago le obligaban a quitarse las gafas, estirar las piernas con dificultad y levantarse para ir al retrete. Este pequeño acto de voluntad le resultaba placentero, pues era el único asunto que, en días laborables, requería su presencia a una hora determinada en un sitio determinado. Y nada de lo que hacía cualquier día de la semana le producía una sensación tan plena de misión cumplida. Tenía que abrir la puerta de atrás, bajar con cuidado las escaleras hasta el patio de baldosas desniveladas y abrir la puerta de carpintería barata a su derecha. La puerta se atascaba y, cuando al fin cedía, temblaba y resonaba como una campana de madera. Una vez en el retrete, Christopher Homm echaba el cerrojo. La luz entraba únicamente por una rendija, en la parte de arriba de la puerta, donde había un tablón más corto que los demás, y por un mugriento ventanuco a un lado.

Cuando Christopher Homm se sentaba, el alféizar de la ventana le quedaba a la altura de los ojos. Veía la capa de polvo y mugre en el cristal, los refugios de las arañas en las esquinas y los filamentos de sus telas tendidos entre él y la luz. El cuerpo vacío de una mosca atrapada en una tela de araña vibraba como sacudido por una corriente de aire, y las patas de las tejedoras en los rincones parecían los bigotes de las gambas escondidas debajo de una roca. Aquel lugar estaba alerta ante la oportunidad de una muerte.

Cuando no hacía demasiado frío, Christopher Homm reanudaba en el retrete el escrutinio de las noticias. Allí guardaba recortes atrasados, de quince días o un mes antes, colgados de una cuerda en un rincón. A la ambigüedad del titular completo se añadía la fascinación de una palabra suelta o un párrafo cortado. Estos recortes eran sibilinos. Para Homm tenían más sentido que el periódico completo. Su inteligencia se animaba relativamente con el ejercicio de desentrañar el texto.

> El cuerpo parcialmente vestido…
> mujer que era supuestamente…
> quien, en la víspera…
> la policía detuvo a…

era un fragmento mucho más evocador que cualquier historia completa. Además,

> … Edén
> …insky
> …guardia

apelaban a unas huestes de ángeles de cuya llegada no se tenía noticia cierta. Si, en ese momento, el sol se derramaba por el borde brillante de la nube habitual, el mismísimo Dios podía colarse por la rendija de la puerta.

Pero estas visiones no eran frecuentes. Normalmente tenía que contentarse con aliviar sus necesidades animales. Solo para ellas había gratitud en el corazón de Christopher Homm. Y, para celebrarlo, de vuelta en la cocina, ponía el hervidor al fuego en la oxidada cocina de gas. Después cogía la tetera del alféizar de la ventana. Era esta un orbe reluciente de color siena tostado o casi fulgor negro que reflejaba profundidades mucho más anchas que su propio diámetro. El mundo que allí se veía era bruñido, perverso e incierto. La nariz del propio Christopher Homm se hundía en aquellos abismos como la piel de un globo obstinadamente tersa. Las ventanas se combaban, y una vez, ¡horror!, el panadero asomó la cabeza en ese preciso instante. Solo cuando apartó la cara de la tetera y dio media vuelta se encontró con el panadero auténtico. La cara auténtica se dividió con un rugido y

mostró una sima bordeada de dientes blancos. Era la puerta de Jonás.

—¿Una pequeña, abuelo?

El panadero se había ido y Homm estaba contemplando un cielo radiante.

Cuando preparó el té, la tetera perdió sus poderes mágicos. Seguía posada en la mesa de la cocina, ardiendo y quieta, pero, en cuanto terminó de derramar sus lágrimas en la taza de loza blanca, Christopher Homm la cubrió con un paño. Sus pensamientos pasaron entonces de la vista al gusto. El olfato no intervenía: lo había perdido hacía mucho tiempo en su proceso de deterioro. Pero la abrasadora infusión, al verterse en las encías y la lengua, transformaba la boca en una caverna. Era consciente de los dientes inferiores, como estalagmitas por las que susurraba el agua, y del líquido que desaparecía finalmente en un abismo como el que se traga un río subterráneo.

Cuando se acababa el té pasaba unos momentos de inquietud, pues, mientras lo tomaba, Homm era capaz de atenuar su letargo y estimular una conciencia que ejercitaba muy poco. Solo conseguía decidirse a continuar ordenando. Este era el último vicio que había desarrollado: un débil intento de imponer al mundo el desorden de su propia disolución. El escenario elegido para esta tarea era el dormitorio que daba a la fachada, que no se utilizaba para nada más. Homm subía despacio las escaleras con suelo de linóleo y entraba en esta Arcadia. Las cortinas siempre estaban cerradas y teñían la luz de un tono verdoso. En el suelo, sobre la cama sucia, había montones caídos de almohadas, cartas, sombreros viejos, sábanas y periódicos amarillentos. Entre estos montones asomaban corsés, camisones y faldas. Christopher Homm observaba con especial hieratismo estas reliquias de su santa difunta. Se arrodillaba en medio de aquel caos como una muchacha que se ofrece a la marea. A veces cogía una prenda o una carta y dejaba que se le escurriera entre los dedos, con el brazo extendido. Una vez se cayó de bruces y combatió temerariamente la confusión, diciendo con voz áspera (creyó que estaba gritando):

—¡Libertad! ¡Libertad!

No notó el olor a fermentación que sus esfuerzos habían removido. Se incorporó y fue de habitación en habitación, recogiendo trastos viejos —una sartén, una funda de sofá y un montón de atizadores que ya no usaba— para arrojarlos al montón con el corazón henchido de alegría. Esto era para él un último simulacro de generosidad.

Así era la existencia senil de Christopher Homm.

II



Cuando vivía Felicia las cosas habían sido distintas. La monotonía empezó a raíz de su muerte, y su entierro fue el último acontecimiento en la vida de Christopher Homm que ocurrió en un contexto temporal pleno. Después de eso solo quedaron instantes que afloraban como un islote en mitad de un mar borroso: la hora de ir a la capilla; el momento de hacer su visita al retrete.

El funeral de Felicia fue un acontecimiento público muy concurrido y centro de numerosas sincronías. Cuando el flamante coche fúnebre arrancó en Torrington Street, una hazaña que a Homm se le antojaba imposible mereció los elogios de todos los presentes. La confusión y las preocupaciones que angustiaban al viudo quedaron anuladas por el inamovible orden del cortejo. Dos coches, tristes y reacios, seguían al coche fúnebre. En el primero de ellos iba él, con la vista al frente. No quería mirar la calle, por miedo a que los vecinos vieran en esto una distracción del orgullo. Tampoco quería mirar a su izquierda, donde iba sentaba una mujer enorme e inquietantemente parecida a la que descansaba en el féretro. Era Sophie, la hermana de Felicia, que escondía bajo el vestido, negro y brillante, enormes territorios de pechos y vientre que solamente el más férreo envoltorio era capaz de constreñir. La cara de Sophie proclamaba una determinación más fruto de la carne que de una voluntad desconectada. La boca quizá tuviera análogos barrotes subcutáneos, ocultos por los labios, aunque en sí misma careciera de inteligencia o resolución. Era un orificio ciego, diseñado para recibir alimentos y convertido por la costumbre en conducto para la emisión del lenguaje. El mecanismo que gobernaba este lenguaje debía de estar situado muy por debajo de los ojos, pues en aquellas ventanas solo se veía un vacío

insondable. Por las dos mejillas de Sophie caía una lágrima, pues el cuerpo le decía que aquella era una situación dolorosa, y llevaba un pañuelo con el borde de encaje cuya adquisición solo podía explicarse con la excusa del dolor.

El coche fúnebre se detuvo en la entrada de la capilla, y desde allí trasladaron el féretro de Felicia, seguido menos cómodamente por los deudos. No fue fácil para Sophie recorrer el camino empinado, como tampoco lo habría sido para Felicia si aquel día no hubiera ido transportada como una dama en palanquín. Varios hombres con corbata negra y traje oscuro, espalda encorvada y grandes bigotes salieron del segundo coche. Era evidente que jamás se habrían dignado poner un pie en la capilla de no haber sido por las ganas de burlarse de una hermana cuya carne en apariencia imperturbable se había consumido finalmente antes que la suya. Christopher Homm miró a su alrededor sin comprender por qué había pagado el viaje a tanta gente. De todos modos, estaba convencido de que eso le honraba.

El armonio estaba tocando cuando entró en la capilla con Sophie. Tuvo la sensación de que el suave ronroneo de la música los succionaba como una aspiradora. Los asistentes ocuparon su lugar en los bancos y rezaron sin apartar la vista de las vetas de madera artificial. El sacerdote pronunció entonces las muchas palabras que, en el momento de empezar, anunció serían pocas.

Nuestra querida hermana, eso fue lo esencial de su discurso, era una valiente soldado de Cristo. Aquellos ojos ciegos habían contemplado una visión. Algunos quizá lo tomasen por el mero brillo del hierro corrugado, pero el sacerdote sabía que se trataba de la radiante presencia del Hombre Supremo. Era el Hombre Supremo quien había inducido a Felicia a comportarse como lo había hecho. El sacerdote citó, con cierta incongruencia, el té que había servido en la celebración de la Hora de la Luz. Sabía prácticamente todo lo que había pasado por el corazón de Felicia. Y estaba también muy bien informado sobre el Hombre Supremo, que era tan hombre como supremo únicamente en el sentido de que superaba incluso al sacerdote en cuatro o cinco centímetros de estatura moral. ¿Cómo fue posible que Su radiante presencia llegara a manifestarse? La del sacerdote no brillaba de momento: mientras exponía el caso ante la congregación, sacerdote y Hombre Supremo se confundían como en un caleidoscopio. Ambos parecían ir a la par en la carrera por alcanzar el cielo. Habría sido difícil, incluso para quien escuchara con atención, decidir, conforme avanzaba el discurso, quién de los dos ganaba puntos para acariciar la cabeza de los niñitos, tomar partido en contra del alcohol o denunciar la ignominia de nuestras grandes ciudades. El sacerdote tenía dificultades para no desviar su arenga del tema de

Felicia, pero finalmente lo logró, insinuando que el cadáver acostado en el féretro que tenía delante era la prueba irrefutable del salvoconducto personal para la salvación que él podía ofrecer.

La aspiradora reanudó su música y la congregación entonó un himno lastimero:

> Oh, Señor, oh, Señor, ¿qué dirás
> hoy cuando nos mires desde tus alturas?
> «De estos a quienes durante siglos he alimentado,
> otro pecador ha muerto.»

Terminado el himno, los portadores sacaron a la dama Felicia y los deudos siguieron el féretro, comentando que el sermón había sido muy alentador.

Parecían alentados cuando subieron de nuevo a sus coches. Eran como los delegados de una empresa muy importante, envueltos en el valor de sus acciones como si de un manto se tratara. Al lado de la tumba, el valor de las acciones cayó en picado. Había sido posible para aquellos hombres de avanzada edad sentirse victoriosos frente al cuerpo de Felicia, fallecida antes que ellos, solemnemente acostado en la capilla; ahora era imposible no compartir su humillación mientras la introducían en la fosa. Hasta el barro que salpicaba los zapatos relucientes de los deudos parecía una pasta hecha de decadencia tanto suya como de la difunta. Ninguna de las palabras que se dijeron al borde de la sepultura logró desplazar esta preocupación en nadie más que en Christopher Homm, quien, al oír determinada fórmula, vio a Felicia salir flotando de la fosa e identificarse con la figura de Sophie, puesta en primera fila.

Fue en el momento de abandonar el cementerio, convertido en hogar de tantas felicidades enterradas, cuando Christopher Homm comprendió lo que significaba verse privado de la suya. La inmensa ladera cubierta de lápidas blancas parecía un campo de batalla y los integrantes del cortejo fúnebre, un puñado de supervivientes derrotados. Los restos de solemnidad pública que habían sobrevivido al sepelio se esfumaron al dispersarse el grupo protocolario. Por última vez en su vida, Christopher Homm llegó a la puerta de su casa en un medio de transporte mecanizado.

Entonces se quedó solo. Entró en el cuarto de estar y contempló en el espejo su triste figura. No tenía aspecto de ir a embarcarse en una viudedad alegre. Las bolsas de los párpados no eran un signo de aflicción temporal, sino las huellas de la deserción definitiva de sus instintos animales. Pasó un dedo por la superficie del aparador y dejó una marca. El mueble ya tenía una buena capa de polvo, pero a él le pareció físicamente imposible que alguien volviese a limpiarlo nunca

más.

Aquella casa triste había sido el escenario de las últimas agonías de Felicia. Tendió en la cama su enorme montón de carne solo una semana antes de morir. Fue un acto solemne en el que se observó cierta irrevocabilidad, pues Felicia no tenía por costumbre estar enferma. Salía de la cama a las siete todas las mañanas y no volvía hasta las diez y media de la noche. En ese intervalo, trabajaba o iba de un lado a otro casi sin descanso, para orgullo suyo y vergüenza de un marido que no hacía ni la mitad de cosas que ella. Pero un día esa voluntad de estar en movimiento se agotó de repente. Felicia no parecía enferma. Sus ojos simplemente dejaron de moverse y se volvieron de piedra. Se metió en la cama a las cuatro de la tarde. No dijo que le dolía la cabeza o que iba a sentarse un rato para ver si mejoraba con una taza de té. Sencillamente, subió las escaleras, se desnudó con el mismo cuidado de siempre y se soltó el pelo como hacía todas las noches. Su marido no se enteró de nada hasta las cinco menos cuarto, cuando la encontró en la cama, tendida boca arriba y mirando el techo. La estaba buscando para preguntarle cuándo estaría lista la cena. No preguntó nada. La mirada de Felicia le indicó que tendría que preparársela él. Puso al mal tiempo buena cara y se ofreció a llevarle algo a su mujer. Felicia no le dio las gracias ni lo rechazó. Simplemente, no le interesaba. Cuando le llevó una taza de té y la dejó en la mesilla, ella le dijo con voz neutra que no le apetecía. Él le preguntó entonces si quería alguna otra cosa. Felicia contestó que no. ¿Ni siquiera una bolsa de agua caliente? Ella no dijo nada. Cuando volvió a verla, al cabo de tres horas, seguía tumbada en la misma postura, y le soltó un grito como si no hubiera parado de molestarla:

—He dicho que no quería nada.

Christopher Homm se retiró. A la hora de irse a la cama, volvió al dormitorio y se desnudó sin decir palabra. Retiró las sábanas con cuidado y se acostó al lado de su mujer. Tuvo la sospecha de que la composición de su carne había cambiado. Solamente se movía para dar cuenta de una respiración superficial. Hizo lo posible por ponerse cómodo, dejando un espacio protector en todas partes entre su cuerpo y el de su mujer. A medida que se acercaba a las fronteras del sueño, este espacio parecía ensancharse. Al fin se convirtió en un abismo. Le entró miedo, y eso le impidió quedarse dormido. En aquel estado, entre el sueño y la vigilia, era consciente de la distancia que separaba el cuerpo de su mujer del suyo, a la vez que se imaginaba envuelto en aquel cuerpo, hueco como una bolsa de papel. No se atrevía a moverse dentro de aquella inmensa envoltura, hasta que le entró el pánico y, sin pararse a pensarlo, sacó bruscamente la mano derecha de debajo de las sábanas. La imagen se esfumó. Únicamente veía el techo, la parte de arriba del armario y un trozo de su espejo. El verdadero

cuerpo de Felicia seguía durmiendo a su lado. Le dio un codazo, pero ni siquiera la respiración le hizo caso. Sudando, se levantó y bajó a prepararse una taza de té. Mientras se lo bebía tomó una decisión. Dormiría solo. Cogió una manta y se acostó en la habitación libre. Le pareció casi un lujo. El roce de la lana tosca en sus mejillas le hizo evocar la libertad y el aislamiento de sus tiempos militares, cuando su vida seguía un orden de obligaciones limitadas. De momento, esto lo salvó de hundirse en la angustia sin fondo que la enfermedad de su mujer presagiaba. Durmió como un cobarde liberado del peligro.

Era tarde y ya había amanecido cuando se despertó, y se levantó enseguida para subir al dormitorio de su mujer con sensación de culpa, como si viniera de permitirse una licencia atroz. Felicia estaba tendida boca arriba, con los ojos abiertos y mirando el techo. Lo único que dijo fue que no quería nada. No le había echado de menos. No estaba enfadada.

Christopher Homm pensó que tenía que sacarla de la cama para ver si, una vez en el suelo, era capaz de moverse. Como no se atrevía a acometer tal empresa, decidió llamar al médico. Era un paso importante que no podía dar sin el consentimiento de Felicia. No sabía si atreverse a soñarlo siquiera sin que ella lo ordenase. Con esta duda, bajó las escaleras y, en voz muy baja, para asegurarse de que no le oía, preguntó:

—Felicia, ¿quieres que llame al médico? Debería verte un médico. Creo que voy a llamar por teléfono.

Fue una confesión más que un anuncio. Después se sintió con libertad para salir. Cerró la puerta sin hacer ruido y fue hasta la oficina de Correos de la esquina. Era una sala inundada de luz grisácea, con una reja desproporcionadamente grande en el mostrador y tres cubículos a lo largo de la pared, separados por grandes y antiguas mamparas, para garantizar que los telegramas o las tarjetas pudieran redactarse en la más estricta confidencialidad. Christopher Homm se acercó a la oscura cabina de teléfono que había en un extremo del mostrador y encendió la luz a tientas. Luego tuvo que ponerse las gafas y buscar el número del médico en la guía. Por fin lo encontró. La recepcionista accedió a tomar nota de la dirección solo después de un riguroso interrogatorio, destinado a determinar si su mujer no estaba en condiciones de ir a la consulta. No le dijo a qué hora pasaría el médico a visitarla, pero le aseguró que anotaría su nombre en la lista y le advirtió de que no volviera a llamar. Cuando Homm colgó el teléfono, tuvo la sensación de que quedaba disculpado por su temeridad, aunque no del todo.

Ahora tenía que considerar si debía contarle a Felicia lo que había hecho. Se imaginó que la apatía previa y antinatural de su mujer podría convertirse de pronto en activa ferocidad de su inmensa mole.

Por otro lado, si no se lo decía, Felicia era capaz de plantarse en el rellano de la escalera en camisón, cuando llegara el médico, y retarlo a subir. En ese caso, él, encogido de vergüenza en el pasillo, tendría que darle al médico una explicación. Decidió hablar con ella. Se acercó a la puerta del dormitorio y dijo:

—Puede que el médico venga a verte.

Felicia no contestó y Christopher, ni siquiera seguro de que le hubiera oído, se retiró al cabo de un rato a la oscura sala de estar y allí sopesó las aterradoras circunstancias que estaba viviendo.

Cuando llegó el médico, Felicia se alegró de verlo. Se incorporó al instante: ya se había levantado para peinarse, lavarse y empolvarse la cara. Sonrió como una víctima importante y desgraciada. El médico le tomó la temperatura, que era normal; la auscultó con el estetoscopio y puso la típica sonrisa de los clérigos cuando los ignorantes buscan consuelo en la fe. No le pasaba nada grave, anunció; y luego, viendo que a ella le decepcionaba el diagnóstico, añadió que tenía que cuidarse. Le recetaría un tónico, dijo, levantándose del borde de la cama y guardando rápidamente el estetoscopio. Sonrió de nuevo, pero se puso de mal humor al ver que tenía delante a una paciente sin fe.

—Muy bien, señora Homm —dijo en tono amenazador mientras extendía la receta—. Tome esto tres veces al día después de las comidas. —Y pareció como si añadiera: «Y se encontrará peor». Incorporó a la receta algún componente para que el medicamento tuviera un sabor desagradable.

Felicia alegó quejumbrosamente que no estaba comiendo nada, que no podía. El médico insistió en que tenía que comer. No hacerlo sería una estupidez, y eso, según su criterio, no era una enfermedad. Se retiró.

—Volveré dentro de una semana —dijo. Cuando volvió fue para certificar su muerte.

La muerte de Felicia Homm fue un simple agravamiento de la apatía que había sido su enfermedad. Christopher entró en el dormitorio una mañana y la encontró mirando el techo más fijamente que otras veces. Había renunciado a tocarla, y ni siquiera se molestó en comprobar si estaba fría. En vez de eso, dio una vuelta alrededor de la cama, observando a su mujer por los dos lados. Habló, a sabiendas de que cuando uno hablaba no necesariamente recibía una respuesta, ni siquiera de una persona viva. Por fin, acercó la cara a la de su mujer para asegurarse de que no respiraba y de que tenía los ojos vidriosos. Sonrió, no porque se alegrara de que hubiera muerto, sino por el éxito de su constatación.

Salió del dormitorio y se sentó en el primer peldaño de la escalera. Sus facciones se tensaron hasta inmovilizarse en un gesto de pesadumbre. Poco después, su corazón empezó a sentir el dolor de la

angustia. ¿Cómo iba a deshacerse de semejante tesoro? El cuerpo tendido detrás de la puerta del dormitorio parecía rígido y gigantesco. No se imaginaba que pudieran bajarlo por las escaleras. Quizá tuvieran que sacarlo por la ventana, como un ídolo derribado. Se vio conviviendo eternamente con el cadáver en aquel dormitorio.

Por fin salió a llamar por teléfono a la consulta del médico. La recepcionista pensó que, esta vez, Homm sí tenía algo importante que notificar.

III



Christopher Homm había aprendido de Felicia a hacer las compras que eran el consuelo de su edad senil. Tal como lo practicaba su mujer, este arte tenía una complejidad que con el tiempo acabó por perder. En cierto modo era inevitable. En manos de Felicia se trataba de un juego para dos jugadores, o más bien para una jugadora y un trabajador. Si el trabajador hubiera muerto primero, habría sido poco probable que la jugadora se hubiera conformado con las simplificaciones con que se conformaba Christopher al final de sus días.

Felicia seguía un método muy elaborado. La discusión preliminar sobre las compras del día no daba comienzo hasta después del desayuno. Cuando Christopher iba a dejar los platos en el fregadero, Felicia, ocupada en tareas más importantes aunque menos fructíferas en lo inmediato, empezaba a hostigar a su marido. Mientras buscaba algo en un armario, volvía la cabeza de repente y lanzaba una amenaza:

—Voy a necesitar un par de cosas de la tienda de comestibles.

Luego daba una vuelta hasta que se metía casi dentro de la despensa, al otro lado de la cocina. De espaldas a Christopher, aunque con un cuarto de giro de la cabeza, como un arma que apunta a su objetivo, añadía:

—No, creo que puedo pasarme un día más sin cacao.

Echaba un vistazo alrededor sin mirar a Christopher. Cualquier punto cercano a él era bueno para posar los ojos, siempre y cuando sus palabras siguieran la debida trayectoria. Cuando terminaba de decir lo que fuese, se volvía de nuevo hacia la despensa, como si allí guardara algún secreto. Christopher Homm se ponía a lavar los platos.

Al primer tintineo de la loza, su mujer, sin mover la cabeza pero con una voz aterradora, le advertía:

—¡Cuidado con las tazas!

Christopher abría el grifo un poco más, con la esperanza de que el ruido del agua ensordeciera el golpeteo de las tazas. Pero su estratagema chocaba con el desdén de su mujer:

—¡Estás derrochando agua!

Esto era suficiente para que Christopher se parara en seco y diera a Felicia el tiempo necesario para olvidarse de la despensa y acumular indignación. La acusación más grave llegaba cuando ella plantaba su imponente fachada delante de la espalda encorvada de su marido.

—¡Me estás llenando la cocina de agua! ¡Te trae sin cuidado la cantidad de veces que tengo que fregar el suelo! ¡Solo piensas en ir a por el periódico!

Felicia se negaba a abrir un periódico hasta última hora de la tarde, «cuando todo el trabajo estaba hecho», mientras que Christopher tenía la debilidad de escaquearse de sus obligaciones leyendo el periódico de día. Esta propensión era motivo de graves y frecuentes acusaciones. Además, formaba parte del juego de Felicia en lo tocante al método de compra. Christopher Homm no tenía ganas de hacer la compra, pero quería su periódico, y lo recogía de camino en la misma excursión. Para hacerle sufrir, Felicia tenía que mortificarlo hasta privarlo por completo del placer que pudiera causarle pensar en el periódico. Si esto no era posible, se empeñaba en imponerle alguna carga adicional, complicándole las cosas que quería de las tiendas. Además, aunque por naturaleza intentaba enviarlo en sus expediciones lo más lejos posible, para fastidiarlo, como viera que estaba impaciente por comprar el periódico, muchas veces lo retenía en el último momento con el pretexto de repasar la lista de la compra. Era un motivo de queja para ella que Christopher disfrutara del consuelo de la prensa cuando hacía esas salidas matinales, aunque la dualidad de sus impulsos fuese beneficiosa para los dos. De no haber podido aprovecharse de esta afición de su marido, es posible que Felicia hubiera caído en aquel estado de apatía final siete años antes.

Cuando terminaba de lavar y secar los platos, Christopher Homm envolvía un momento las manos en un paño y las desenvolvía húmedas aún. Había secado las tazas con el rigor y la precisión de un alpinista y, ahora que había llegado a una cornisa y estaba contemplando la tierra prometida, su concentración se debilitaba. Iría a comprar su periódico.

Salía de la cocina de lado, como si no quisiera dejar la espalda expuesta a la mirada de su mujer. Felicia le dejaba alejarse hasta que llegaba al vestíbulo y ponía un dedo en la cerradura. Al primer chasquido, con una voz que salía de la despensa, gritaba:

—¿No irás a salir a por el periódico?

Christopher Homm esperaba, en lugar de negar su delito.

—Y ¿qué pasa con mi compra? ¿Pretendes que la haga yo también, además de limpiar la casa?

Christopher cometía la estupidez de señalar que ese argumento era injusto.

—Creí que habías dicho que podías pasarte sin el cacao.

Felicia se aferraba con gusto a este detalle.

—¡Ja! Sin cacao, sí. Pero ¿qué pasa con todo lo demás? Aún no he terminado de ver qué necesito.

Pronunciaba las tres últimas palabras con una voz cada vez más apagada, como si desapareciera en un rincón del estante inferior de la despensa. Y Christopher tenía la obligación de quedarse en el vestíbulo, con la mano en la cerradura, hasta que Felicia terminaba la lista de la compra. Por recónditas que fuesen aquellas ratoneras en las que rebuscaba, como oyera que Christopher abría la puerta para ver qué tiempo hacía, Felicia le gritaba:

—No pensarás irte sin la lista, ¿verdad?

Él contestaba que solo quería ver qué tiempo hacía.

—Puedes verlo por la ventana.

Pero, si él se retiraba de la puerta para mirar por la ventana del cuarto de estar, antes de que hubiera apartado la mano de la cerradura su mujer decía alegremente:

—¡Ya he terminado!

Christopher volvía a tomar posiciones en la puerta. El anuncio era normalmente un simple amago. Felicia aparecía en el vestíbulo con una sonrisa. Abría los labios para enumerar la lista de las cosas que necesitaba y después, a veces, decía:

—¡Ah! Falta una cosa. —Y se iba a la cocina mientras su marido seguía esperando.

Christopher Homm tenía entonces permiso para salir. Al final nunca había más de un par de cosas en la lista de la compra, ya que en caso contrario sería superfluo comprar a diario, y ninguno de los dos habría podido soportar la situación. Gracias a este oportuno arreglo, que de hecho impedía hacer cualquier revisión en sus acuerdos, cada uno conservaba el poder de herir al otro. La vida no necesita alegría, pero necesita remedios más corrientes contra la insensibilidad.

A pesar de todo, estas escapadas eran lo más cercano a la alegría que quedaba en la vida de Christopher. Su salida era un acto de obediencia aunque también casi de liberación. Su cuerpo contraído no le permitía abrazar sus obligaciones con plena libertad. No respiraba el aire libre de Torrington Street a pleno pulmón por miedo a que no

quedase espacio en su corazón para albergar rencor contra Felicia. De todos modos, cuando dejaba que el rencor creciera poco a poco, lo hacía de una forma que, si hubiera sido un hombre más fuerte, habría podido llamarse euforia. Leía el tablón de anuncios; compraba el periódico; si el tendero estaba acodado en el mostrador y no enfrascado en una novela del oeste o en sus libros de contabilidad, incluso se atrevía a hacer un comentario sobre el tiempo.

—Qué viento del este tan desagradable, señor Richards.

El tendero era un hombre hosco y, si se dignaba responder, era para demostrar que el tiempo efectivamente causaba efectos adversos en la venta de periódicos pero nadie más que él tenía derecho a quejarse. El viento del este soplaba con especial fuerza a las siete de la mañana, cuando él iba a hacer su reparto; a la hora en que el señor Homm se aventuraba a salir soplaba con relativa suavidad. El buen tiempo, por otro lado, servía exclusivamente para recordar al señor Richards su incuestionable posición servil, mientras que en el caso de un jubilado las cosas eran diferentes. Para deleitarse plenamente en la diferencia y vengarse al mismo tiempo de sus penalidades, el señor Richards podía añadir:

—Y usted todavía es joven para disfrutar de la jubilación, señor Homm.

El tendero era un hombre incisivo y se apoltronaba un poco más en el mostrador, con una especie de vitalidad latente, mientras hablaba con Homm. Este se asustaba entonces y se alejaba hacia la puerta. Si el señor Richards estaba de buenas, escogía ese momento para ofender un poco más a su cliente, ofreciéndole sus postales.

—He recibido unas nuevas. Preciosas. Écheles un vistazo.

El ofrecimiento se hacía como un tributo a la reciente devoción de Homm y su supuesto rechazo de la carne. Homm no podía explicar su teología y, como en secreto seguía permitiéndose todos los placeres posibles, sufría con estas burlas.

La tienda de comestibles era el escenario de una esperanza tan desesperada que Christopher Homm apenas se permitía tomar conciencia de ella. Porque era allí, hasta que su marido se la llevó a Canadá, donde Christopher se encontraba con su hija Susan y sus dos nietos. Los identificaba a lo lejos, por el carrito aparcado en la puerta de la tienda. Al entrar, inspeccionaba la espalda de las clientas. Susan era fácil de distinguir, por su incapacidad de estarse quieta. Homm veía su cabeza en movimiento, con un gesto de fastidio y preocupación grabado en el perfil cuando daba media vuelta para reñir a alguno de los niños, al que estuviera ejecutando alguna fantasía imprudente en un mundo de faldas y rodillas.

—¡Estate quieto, Peter! ¡Cynthia, te voy a dar un azote!

Christopher Homm, sin formular ningún juicio, se ponía de parte de los niños invisibles a los que iban dirigidas estas amenazas. Su recóndito mundo, entre latas de galletas y cestas de la compra, le parecía un refugio de dicha. La inagotable energía de sus nietos causaba admiración en sus mermadas facultades. Le gustaba, si le era posible, agacharse a observarlos antes de que su hija lo hubiera visto. Hacía muecas cómicas con las que confesaba su desesperación sin pudor. Cuando ponía esas caras, los niños normalmente se escondían entre las faldas de su madre, y ella, adivinando la causa, decía sin volver la cabeza:

—¿Ya está ahí el abuelo haciendo el ganso?

Pero, cuando terminaban las compras y se reunían en la acera, ninguno de los cuatro dejaba de sentir un placer momentáneo. En esos momentos, Homm se imaginaba que dejaba de ser un pobre viejo para los transeúntes, ahora que estaba charlando en confianza con aquellos seres de su misma sangre por los que seguía fluyendo la savia de la vida. Vanidad aparte, la presencia de estos animales le hacía revivir. Incluso Susan, ligeramente crispada como de costumbre y con ganas de irse, era músculo vivo de los pies a la cabeza. A los niños les encantaba armar jaleo para subirse al carrito, seguros del consiguiente enfado de su madre y la secreta satisfacción de su abuelo. El momento más placentero para Susan llegaba cuando lograba restablecer cierto orden provisional y empujaba el carrito. Entonces por fin podía contarle a su padre cómo le iban las cosas.

La ocasión era propicia para el intento de venganza. Susan nunca había soportado la opresión de Torrington Street y huyó de aquel ambiente. Ahora podía hacer que su padre se arrepintiera de haberla criado con tanta tacañería. Se regodeaba en describir el esplendor de su vida.

No era gran cosa. Tenía una lavadora. Probablemente, pronto se compraría un televisor. Pero eso no equivalía a vivir en el West End, que era lo que le gustaba de verdad. No contaba cómo había decaído el entusiasmo de Bert por salir a divertirse; se limitaba a buscar en sus días agobiantes cualquier detalle que los diferenciara de la vida en Torrington Street. Cuando Bert decidió llevársela a Canadá, Susan se centró en la diferencia que había entre este país y Torrington Street:

—Se respira un aire mucho más limpio para los niños que en Torrington Street. Es una oportunidad.

—Allí no hay tanto humo como aquí.

—Y más cosas. Las casas no son tan diminutas como aquí.

Intentaba castigar y únicamente conseguía complacer. Christopher Homm veía que una de las cadenas que lo ataban se rompía cuando su hija describía, con continuas mejoras, alguna libertad o algún lujo recién adquirido o que esperaba disfrutar en breve. El día que le habló

de Canadá, el espíritu de Christopher Homm se hizo a la mar entre las brumas del inmenso Atlántico.

Quiso contarle a Felicia los planes de Susan cuando volvió a casa, pero su mujer no le dio oportunidad.

—He visto a Sue y a los niños —dijo tímidamente.

Felicia intuyó que tenía noticias. Y no estaba dispuesta a tolerar que nadie le robase una primicia.

—Sue debería hacer la compra más temprano. Con dos niños tan pequeños.

Dicho esto, se puso el sombrero y fue corriendo a averiguar de primera mano qué tontería estaba planeando su hija.

IV



Antes de jubilarse, Christopher Homm trabajaba en un almacén de zapatos, y fue en aquellas grandes cavernas donde encontró a Dios. Contaba solamente con la más tenue de las luces, suspendida de techos invisibles y altísimos, para guiarlo en su exploración, aunque la penumbra no dificultaba tanto su búsqueda espiritual como la búsqueda de los zapatos que necesitaba reunir para preparar sus pedidos. De hecho, fue en la penumbra y en los intersticios entre las altas pilas de cajas donde vio reflejado su vacío espiritual y se convenció de su definitiva dependencia. Echaba a andar entre las avenidas de existencias en stock, con las gafas ligeramente caídas en la nariz, el lápiz detrás de la oreja y las manos hundidas en los bolsillos de la bata larga y caqui. Se detenía a curiosear entre los números de las cajas y, si veía un hueco, metía un poco más la nariz y las gafas para asegurarse de que no había nada escondido en ningún resquicio. Si no encontraba nada, el momentáneo descanso de la monotonía de los números era motivo tanto de felicidad como de decepción. No debatía consigo mismo estas impresiones, pero siempre que tenía un rato libre dedicaba diez minutos a evocar estas pequeñas alegrías, hasta que alcanzaban en sus pensamientos el tamaño suficiente para formar una esperanza.

La esperanza jamás habría podido llegar a cobrar esta forma si Felicia, en parte para apartarlo de los caminos menos honrosos por los que había transitado en otro tiempo y en parte por darse importancia, no lo hubiera instado a frecuentar la capilla con la que años antes Christopher solo había tenido una relación superficial. Fue la única vez, en esos años, que Felicia elogió a su marido:

—Estoy segura de que puedes rezar tan bien como algunos de los

que van por allí.

Y cuando él se atrevió por fin:

—Tienes que levantar la voz un poco más. Si no hablas en voz alta, no te hacen caso.

Con esta enseñanza, Christopher Homm relacionó los pequeños misterios de su almacén con las prácticas oratorias de la capilla. Esto le dio la oportunidad de revivir su juventud, al despertarle recuerdos de sus luchas políticas. La única conversación lógica que había conocido en su vida era la política. Si un hombre se ponía en pie para hablar, tenía que ser para hablar de política. Si un hombre se enardecía por cosas que iban más allá de la carne, tenía que ser en cierto modo por esas cosas. Fue así como Christopher Homm empezó a rendir cuentas públicamente a Dios de todas las noticias que podían parecer moralmente edificantes.

El almacén de zapatos fue el escenario de largos años de vacilación diaria de su corazón y de su lápiz. Cuando se fue de allí, siempre contaba que se había jubilado, pero nunca llegó a quedar del todo claro en su conciencia que no lo hubieran despedido.

—Tienes que aguantar —le decía Felicia cuando hablaba de dejarlo —. Nos hace falta el dinero. Además, ¿qué iba a hacer yo contigo en casa todo el día?

Y así, por harto que estuviera, Christopher difícilmente se habría atrevido a dejarlo voluntariamente. En vez de eso, a lo largo de varios años y sobre todo los últimos meses, empezó a actuar con una creciente imprudencia que tarde o temprano lo llevaría a perder su trabajo. Parecía un hombre responsable, con aquella cara triste como su recia bata caqui, y esto hizo que sus errores al principio resultaran increíbles. Cuando el repartidor de la furgoneta entraba en la oficina, protestando porque ese viejo idiota le había dado tres docenas de pares del 39 en vez de dos docenas del 38, en la oficina se inclinaban a pensar, contra toda evidencia, que el repartidor estaba calumniando a Christopher Homm. Christopher tenía un aspecto penoso cuando pasaba trotando por delante de la mampara de cristal que separaba la oficina del almacén. Los montones de cajas que llevaba parecían demasiado grandes para él y siempre a punto de caer al suelo.

—Pobre Homm —decía el encargado de la oficina, un hombre bajito y regordete.

A Christopher Homm le sacaba de quicio verse convertido en objeto de tanta clemencia. Había dejado de ser un hombre expresivo, y solo acertaba a murmurar unas palabras en respuesta a los insultos del repartidor. Así, al señor Wilson, cuando miraba por la mampara de la oficina, le parecía que Homm se lo tomaba con una paciencia ejemplar. El señor Wilson, que era aficionado a la jardinería y nada religioso, incluso llegó a decirle a su mujer, un domingo por la

mañana, para retrasar un poco el momento de salir a cavar bajo el viento gélido:

—Me sorprende cómo se enfrenta Homm, el viejo del almacén, a esos repartidores que lo insultan y maldicen. Casi me lleva a preguntarme si no habrá algo de cierto en eso de poner la otra mejilla. Ya sabes que es un hombre muy devoto.

La señora Wilson, en vez de responder, le señaló las botas de jardín, y bien que hizo, pues como tantas otras veces no había ningún fundamento en la teoría que formulaba su marido. Con el tiempo, el señor Wilson no tuvo más remedio que reconocerlo.

Cuando Christopher Homm descubrió que un error en un pedido solo servía para despertar la compasión del señor Wilson, empezó a hacer cosas peores. Su primer ardid consistió en tirar la torre de cajas que llevaba en las manos justo cuando pasaba por delante de la puerta del despacho. El señor Wilson salió corriendo y le ayudó a recogerlas. No le hacía gracia que las cajas se hubieran estropeado, pero su primer pensamiento fue que eran demasiadas para Homm.

—No coja tantas, amigo. Ese puede esperar mientras hace usted dos viajes.

Christopher reaccionó con un desprecio que pareció sumisión, y la segunda vez pasó con un montón de cajas aún más grande y las lanzó por los aires. El señor Wilson estaba muy preocupado.

—De verdad que no hay necesidad de correr tanto, amigo. Le he dicho en serio que traiga solo la mitad del lote.

«Pobre hombre —pensó el señor Wilson—, tiene miedo de que crea que ya no está en condiciones de hacer su trabajo y le despida.» Pero Christopher estaba furibundo al ver que no conseguía enfadar a su jefe. Decidió volver al plan inicial, que consistía en equivocarse de número, y, cuando se descubrió el error, llevó varias veces los números cambiados. El señor Wilson empezó a pensar entonces que tal vez Homm no estuviera realmente en condiciones. Pero no podía ser cruel en un caso así. El domingo siguiente, un día lluvioso además de frío, intentó discutir el asunto con su mujer.

—¿Te acuerdas de lo que te conté del viejo Homm? Temo que ya no esté en condiciones.

—¿Te refieres al hombre que ponía la otra mejilla? —dijo su mujer —. Yo diría que sí.

El señor Wilson no quería que esta agradable conversación delante de la estufa de gas se viera interrumpida tan pronto por simple acuerdo. No hizo caso de las botas que su mujer le acercó con la punta del pie.

—Es muy triste cuando un hombre mayor empieza a fallar de esa manera —añadió. Y siguió enumerando los errores y accidentes de

Homm.

—Voy a pensar que tú también estás empezando a fallar si sigues por ese camino —contestó la señora Wilson—. A este paso nunca terminarás de cavar.

El señor Wilson suspiró, más por sí mismo que por Christopher Homm, y, mientras se calzaba las botas, dijo con aire importante:

—Es un problema que tendré que resolver.

Lo era. La semana siguiente Homm tuvo un comportamiento extravagante. Parecía un payaso que intentaba divertir cometiendo errores solemnes. Se subió a una escalera y dejó un montón de cajas en el aire como si hubiera un estante. Llevaba zapatos de niños en vez de zapatos de señora, contradiciendo las órdenes expresas y bien formuladas del señor Wilson. Fue esta última y descabellada confusión lo que finalmente hizo pensar al personal de la oficina que los errores de Homm eran deliberados. Parecía poco probable que alguien pudiera malinterpretar las claras órdenes del señor Wilson. Y, esta vez, todos oyeron las murmuraciones de Homm.

—A ver si se aclara, señor Wilson.

El señor Wilson no tenía nada que aclarar.

—¿A ver si qué? —dijo, con incredulidad.

Homm vio entonces la posibilidad de interpretar su escena final. Levantó la voz y sonrió.

—Tendría que ser más claro cuando da las órdenes. Tendría que decir lo que quiere decir.

El señor Wilson comprendió que pasaba algo. Cuando Homm se había presentado a pedir trabajo, unos años antes, la gente había advertido a Wilson.

—Es un mal bicho insolente. No hay quien haga carrera con él.

Y el señor Wilson llevaba años esperando vagamente una señal. Ahora que ya se había olvidado de lo que esperaba, por fin lo veía delante de sus ojos. Empezó a recordar, más con el cuerpo que con la cabeza, su propio pasado. Había tenido mucho genio, una aventura saludable y feliz, pero con el tiempo se quedó sin fuerzas para ese tipo de placeres. Y en ese momento sintió que la sangre circulaba por sus venas con pulso delicioso y firme. Miró a Homm con una paciencia infinita hasta reunir la emoción necesaria y luego gritó bruscamente:

—No tolero que nadie me hable en ese tono, ¿entendido? Me explico con más claridad que nadie.

Fue un auténtico placer subir tanto la voz. Christopher Homm decidió provocarlo un poco más, para darle el gusto de continuar. No cabía en sí de felicidad: ya empezaba a ver su liberación. Puso la cara que ponía para rezar y, como si se dirigiera a un público invisible, dijo:

—¡Vaya! Miente y engaña usted muy bien cuando le conviene. Los trabajadores de este país no tolerarán estas cosas eternamente.

—¡Salga de esta oficina, Homm! ¡Salga de esta oficina! —El señor Wilson se estaba mostrando benévolo y majestuoso. Vio lo que tenía que hacer. Homm no podía seguir en la empresa.

Homm se retiró con recelo, pues no estaba totalmente seguro de haber ganado la partida. Sin embargo, supo que todo había salido a pedir de boca cuando, a media tarde, el señor Wilson le ordenó que pasara por la oficina y le dio dos semanas de paga.

—Lleva usted mucho tiempo aquí, Homm, y aún le quedan algunos años por delante. Pero no quiero volver a verlo.

Se sonrieron, con el mayor placer que ambos habían experimentado en años. El señor Wilson era consciente de cómo se renovaba su fuerza animal. Christopher Homm disfrutó de su sensación de libertad sin saber que estaba a punto de conocer una servidumbre mucho peor que aquella.

Susan había pasado de visita cuando Homm llegó a casa. Esto contribuyó al esplendor y el impacto de su anuncio.

—Me he jubilado —dijo, sentándose en la butaca como un señor.

Felicia recogió el guante al momento. Había tenido una premonición.

—Y ¿cómo crees que me las voy a arreglar sin ese dinero? ¡Te sientas ahí como un rey, tan tranquilo!

Christopher Homm era un rey, pero su reinado fue breve. Felicia derramó sobre su trono un torrente de lágrimas.

—¡Eres un viejo egoísta! ¡Qué calladito te lo tenías! Yo me paso la vida escatimando para ahorrar y tú dejas el trabajo así como así.

Susan los miró con más indiferencia de la que nadie la habría creído capaz. No sentía simpatía por las rastreras pasiones de la gente mayor y de momento no veía que el cambio pudiera afectar a sus propios intereses.

—A lo mejor no ha podido evitarlo, mamá —dijo, un poco escandalizada, a pesar de su indiferencia, por el ataque de su madre ante lo que parecía una desgracia.

—No me había dicho nada —contestó Felicia—. Ese es su mayor delito. —Y le temblaron los pechos con los sollozos—. Con él nunca sé a qué atenerme. No te quedes ahí sonriendo, Chris.

No iba a poder seguir sonriendo mucho más. La sonrisa se volvió dolorosa y se borró poco a poco. Empezaba a darse cuenta de que ni siquiera era dueño de aquella situación.

—Se ríe de mí —gritó Felicia, dispuesta a acabar con los últimos restos de placer que veía en la expresión de su marido—. ¡Ay, Sue! Tú estás muy bien con Bert, pero ¡no sabes lo que he tenido que pasar

todos estos años! Si no fuera por mí, ni siquiera seguiría vivo.

Sue lo sabía, al menos vagamente. La mutua tortura de la vida de sus padres le había destrozado la infancia. Había oscurecido todavía más la penumbra arquitectónica de Torrington Street desde hacía dieciocho años.

—¡Calla, mamá! ¡Por Dios no empieces con eso!

Felicia se empeñó entonces en que su hija también estaba en su contra. Nadie, al parecer, le había dado nunca a aquella mujer y madre lo que en justicia merecía. Susan no soportaba estos reproches. Iba a marcharse, pero su madre empezó a quejarse con más fuerza que nunca. Dijo que terminarían todos con la cabeza metida en el horno. Evidentemente, ella no tenía ninguna intención de meter la cabeza en el horno y dejar que su marido triunfara. Susan se aferró confusamente a este argumento, pues de repente le pareció que la situación no era tan grave como la pintaba su madre. Pensó que podía dejar que sus padres resolvieran el caso a su manera si antes de irse les preparaba una taza de té. La ejecución de este servicio le brindó la reconfortante oportunidad de refugiarse en la cocina. Mientras llenaba el hervidor y sacaba las tazas, se sintió como cuando conseguía encerrarse en una habitación y alejarse de sus hijos.

Cuando volvió al cuarto de estar, Homm estaba murmurando sus explicaciones. Susan vio al instante quién era el contendiente derrotado. Y se alegró, porque sabía que ninguna pelea concluía hasta que su padre reconocía su derrota, y que la mayoría de las peleas se terminaban en ese momento.

—Tráeme un par de aspirinas, cariño. —Felicia ya se había tranquilizado—. No recuerdo haberme alterado nunca tanto —añadió la señora Homm cuando Susan volvió con las aspirinas. Su hija, sin embargo, no tenía dificultad para recordar escenas igual de tormentosas. Dejó a su madre con su té y sus pastillas.

—Volveré el jueves —dijo. Entretanto, la discusión entre sus padres había cobrado la forma más abstracta y duradera de un combate social. Su padre estaba refunfuñando en voz baja:

—Un trabajador tiene derecho a descansar un poco en sus últimos días, como todo el mundo.

Y su madre, no como respuesta lógica, sino como contrapunto, le contestó secamente:

—Para gente de clase media como nosotros va a ser muy difícil salir adelante con lo que tenemos.

V



Uno de los placeres de la vida de Felicia era que su hija le preparase una buena comida. Con el fin de que la ocasión resultara tan formal y desquiciante para Sue como pretendía su madre, era imprescindible que Christopher también estuviera presente. Esto significaba que, cuando aún no se había jubilado, la comida tenía que ser en domingo. De todos modos, el domingo era el día en que la escena podía desarrollarse en su máximo esplendor. Sue se pasaba toda la mañana cocinando, mientras Christopher y Felicia preparaban el estómago con prolongados rezos. Además, el domingo era el día de lucir las mejores galas, el día en que los abuelos impresionaban un poco más de lo normal. Christopher se ponía su traje gris y un cuello blanco que apenas le permitía moverse, de manera que, por humilde que fuese, tenía al menos el envaramiento de los majestuosos. Felicia llevaba su vestido azul marino. Su aspecto, en general, era el de una casa alta de este color. El tejado era la pendiente situada entre el cuello y el punto más alto de su pecho. La fachada era lo que caía en perpendicular desde allí. La cabeza de Felicia era la grotesca campana de una chimenea. Pero no era únicamente el ánimo de impresionar con su arquitectura lo que hacía que a Felicia le gustara lucir sus mejores galas cuando iba a casa de Susan. Había en esto un propósito más práctico: con sus mejores galas no podía ayudar a su hija. Tenía que sentarse, sonriente, en una butaca; y eso, además de ser más agradable, le permitía concentrar todas sus fuerzas en la conversación y enviar otro tipo de mensajes eléctricos con los que manifestaba su placer y los imperativos del buen gobierno de la casa. Christopher se despojaba de su majestuosidad para gatear con sus nietos en el universo de debajo de la mesa, que prefería al mundo de arriba.

Normalmente, las posaderas huesudas del abuelo asomaban entre las faldas del mantel cuando Bert entraba del jardín. Lo primero que hacía era lavarse las manos en la cocina. Siempre sincronizaba su llegada con el momento en que Susan estaba escurriendo las verduras. La pareja libraba entonces un combate feroz en el fregadero. En estas ocasiones, siempre se decían lo mismo el uno al otro: «¿Por qué te pones en medio?» y «Querrás comer verdura, ¿no?». Bert torcía el morro y se volvía todo él espalda y antebrazos; Susan se alteraba y se volvía toda ella dedos contraídos y boca apretada. Cuando, a ser posible, Bert desencadenaba la histeria definitiva de Susan, salpicando jabón en la salsa, se iba al cuarto de estar y tropezaba con los talones de su suegro.

Bert no se ponía su mejor traje para una comida con los viejos. Tenía a bien, como muestra de superioridad, vestirse los domingos con ropa informal. La chaqueta de cuadros y la camisa azul las reservaba para la tarde. A la hora de comer prefería ceñirse a su camisa y sus pantalones de trabajo, para demostrar que no se había pasado la mañana en la iglesia, canturreando y murmurando rezos. Bert era lo que podía llamarse un pensador progresista.

Cuando se sentaba en la butaca con el *News of the World*, enfrente de su suegra, le gastaba una broma siempre que podía. La broma consistía, sobre todo si había conseguido tropezar con los talones de Christopher, en decir antes de sentarse:

—¿Has dejado a papá cantando himnos?

Esta era la señal para que Felicia intentase razonar con su marido y le señalara lo impropio de arrastrarse por el suelo, en primer lugar con su mejor traje y en segundo lugar con los niños, sin siquiera darse cuenta de que Bert acababa de llegar. Cuando había conseguido que sus suegros empezaran a discutir, Bert abría el periódico y se perdía en sus fantasías. Aunque le gustaban las noticias sabrosas y siempre las leía en primer lugar, no se entretenía demasiado con ellas, porque era un estudioso del fútbol y tenía que leer la página de deportes para hablar luego en la mesa de asuntos de interés general.

Por fin intervenía Susan, secándose las manos en el delantal, y se ponía a gritar a los niños para que salieran de debajo de la mesa, o los zurraba tanto que no podían sentarse. Christopher se daba cuenta de que lo hacía por él, si no como amenaza física al menos como reproche, y salía de debajo de la mesa lo más deprisa posible, saludando con un «Hola, Bert», como si su yerno acabase de entrar. Felicia aprovechaba la ocasión para mimar a los niños, no directamente, sino escogiendo las palabras oportunas para corregir a su hija. Entonces, todos menos Bert se sentaban a la mesa, y había que rogarle que asomara de detrás de su periódico. Por fin lo hacía, con fingida sorpresa, y pasaba a ocupar su puesto en la cabecera. En

cuanto Sue empezaba a indicarle cómo trinchar el codillo, Bert contraatacaba con una disertación sobre lo que acababa de leer del partido de fútbol del sábado. La conversación se desarrollaba de la siguiente manera:

—Un poco de la parte más tostada para Cynthia. No, de ahí no, del otro lado.

—Los Spur jugaron muy bien ayer.

—Sabes que no es bueno darle grasa a Peter.

—Ya sabía yo que los Preston no tenían nada que hacer; están un poco flojos esta temporada.

Con estas elegantes manifestaciones, la joven pareja se abría mutuamente el apetito y se garantizaba una indigestión. No intercambiaban ideas, ni siquiera las más sencillas, sino que cada cual, por turnos o sin respetar el turno, disparaba su propio cohete a un punto central del suelo. Los dos pequeños formaban una pequeña comunidad salvaje, alentados intermitentemente en sus excesos por las violentas amenazas de Sue y los oídos sordos de Bert, hasta que también ellos acababan completamente aislados en sus propios gritos y alaridos.

Cuando el caos moral era total y nadie tenía ya ningún contacto con nadie, Bert decidía a veces que había llegado el momento de ejercer un papel portentoso. Mientras se limitaba a alterar a los demás, aunque fuera con idioteces, dudaba de sus derechos y de su autoridad, pero inspirado por la rabia se convertía en un juez implacable.

En esos momentos no necesitaba que su hijo hiciera nada especial para dar rienda suelta a su ira. La mera continuación del barullo y la torpeza habituales eran suficientes. Bert se inclinaba sin previo aviso, agarraba a Pete del pescuezo y lo tiraba al suelo. El niño chillaba entonces más, y también Susan se ponía a dar gritos, no por la brutalidad de su marido, sino por lo que consideraba una interrupción de la higiene alimentaria.

—El niño no ha comido nada. A ver si tienes más cabeza, Bert. ¿Para qué crees que me he pasado la mañana cocinando?

A esto, Felicia se ponía en contra de Susan. Eso ya era pasarse de la raya. O ¿es que no habían preparado la comida para *ella*?

—Somos cinco para comernos esto si Pete no quiere —decía con aire majestuoso.

—Si este gilipollas no sabe comportarse como es debido, se quedará sin comer. —A Bert le rondaba la cabeza una expresión, con cuyo significado no estaba de acuerdo en todas las circunstancias, sobre la gente que no trabaja. Pero ningún significado tenía importancia a estas alturas. Bert estaba calentando para entregarse a

una orgía que iba más allá de la superficie de las palabras. Necesitaba instigación para seguir actuando y Susan se encargaba de dársela en cuanto veía que volvía a sumirse en su letargo.

—¡No toques al niño cuando está comiendo! ¡No lo toques! Sigue con tu comida.

Esto era suficiente para Bert. Se levantaba de la silla y se llevaba a Peter del comedor. Los demás les oían subir las escaleras: a Peter suplicando clemencia.

Cuando se ponía en ese estado, Bert no era de los que se conformaban con darle un sopapo al chico. Lo suyo era un ritual.

—Sue, ¿dónde está el palo? —gritaba desde lo alto de las escaleras. Y Sue iba a la despensa y cogía una vara fina. Se la pasaba a Bert desde abajo y volvía a sentarse, tranquila y sonriente, como si se hubiera levantando para abrir la puerta al panadero.

—Es un fastidio que esto tenga que pasar justo a la hora de comer —decía.

En el piso de arriba se oía una leve refriega y tres o cuatro golpes de la vara. Pete empezaba a sollozar y Bert bajaba las escaleras despacio y se sentaba a la cabecera de la mesa. Era el momento más benigno de la reunión. Los padres se relajaban, como si se hubieran dado placer mutuamente. Se observaba en sus extremidades un hermoso equilibrio. Entreabrían los labios en una sonrisa.

Christopher Homm sonreía en este ambiente de relax general. No esperaba que el mundo fuese un lugar de ternura y agradecía los momentos de paz, aunque hubiera que pagarlos con maldad. Ahora podía preguntarle a Bert qué tal iba el huerto. Cuando terminaban de comer, salía a verlo con su yerno por la puerta de atrás, mientras las mujeres se quedaban admirando la violencia de Bert y despotricando en voz baja de los hombres y los niños.

El jardín era pequeño y estaba impoluto. Un sendero de hormigón lo dividía a lo largo, y un desmedido sentido del orden había animado a Bert a organizar los crisantemos y las rosas con orden militar, en cuadrados idénticos a ambos lados de la puerta. El resto del terreno, pulcramente trabajado, lo ocupaban los surcos de diversas verduras. Los hombres se detenían a contemplar con fascinación cada una de las hileras, y Bert explicaba cómo había mejorado en cada caso la naturaleza y la tradición.

Era después de este paseo cuando Christopher Homm alcanzaba su plena estatura. Por primera vez en su visita podía ejercer su magisterio. Bert, que en presencia de las mujeres tenía a gala tratar a su suegro con desprecio, le hablaba en esos momentos con agradables tonalidades masculinas y hasta con cierto respeto.

—Estoy un poco cansado de esta vida, papá —empezaba a decir

tímidamente. Christopher sonreía como quien ha pasado por todo eso y mucho más. Era el «mucho más» lo que impresionaba a Bert.

—Hasta hace poco estabas hecho un chaval —decía con envidia. Y la cara de Christopher Homm reflejaba primero vergüenza, por lo que se le atribuía, después placer al recordarlo y finalmente la sonrisa tonta y pérfida de quien reconoce el mérito por el mal que ha causado.

—No sigas el mismo camino que yo, Bert —decía—. No te alejes de Sue y de los niños.

Un mundo de maldad resplandecía como un lago ante los ojos de Bert. No había delito ni deleite en el que no quisiera zambullirse si fuera libre.

Christopher Homm podía haberle dicho que la libertad que él había escogido no le había llevado a ninguna parte. Pero con esta confesión solo habría servido para convertirse de nuevo en blanco del desprecio de Bert. Seguía, en cambio, sonriendo, hablaba poco y aceptaba el mérito de sus vicios con la esperanza de que Bert los imaginara aún más espléndidos de lo que habían sido en realidad.

—La verdad es que he visto unas cuantas cosas.

—De eso estoy seguro, papá.

Christopher Homm se sentía feliz. Como profeta y exponente del mal, en ese momento habría podido volver a la capilla y hablar sobre el mal hasta que nadie supiera decir si estaba a favor o en contra. Era un placer solitario, porque los pensamientos de Bert, elevados a sus propias cumbres, ya estaban en otra parte.

Fue después de una de estas actuaciones en el jardín cuando Bert, con la sensación de que en caso de que el mal le fallara podía al menos intentar distinguirse por hacer el bien, como segunda mejor opción, discutió por primera vez con Sue el proyecto de irse a Canadá. Se vio a sí mismo, dotado de una energía formidable, segando a diestro y siniestro con una hoz inmensas hectáreas de trigo, y vio los gigantescos rascacielos de las industrias millonarias. Sería ese tipo de demonio.

Y Christopher, cuando volvía paseando con su mujer a Torrington Street, decía:

—Qué buena comida nos ha preparado Sue.

VI



Había ocasiones en que la respetabilidad de Christopher Homm parecía impuesta por una astucia no del todo lograda. Nunca fue esto tan cierto como en la boda de Sue, cuando alternaba con los invitados, sonriendo y lanzando miradas lascivas. Llevaba su mejor traje; hasta se había prendido una rosa en el ojal. Pero cuanto más elegante era su fachada exterior, más indecente parecía su cara. Cuanto más se asemejaba su traje a un caparazón, más delataban sus facciones una incertidumbre moral que debía disimular o poner a raya. Felicia estaba a su lado como un centinela. También los recién casados parecían dos cautivos, prisioneros no tanto el uno del otro como de las complicadas circunstancias. Ninguna de ambas apariencias era falsa.

La ocasión, en conjunto, fue un triunfo de la respetabilidad. Era el gran día de Felicia. Habría sido capaz de aliviar personalmente la tensión de los músculos de todos los presentes y alisar las arrugas de sus trajes. Había construido este acontecimiento ordenado a partir del caos que había estado a punto de desintegrar a su familia. Christopher Homm vivía, aunque discretamente, en las mismísimas fronteras del orden. Fue exclusivamente obra de Felicia haber podido encontrar a Christopher en el lado bueno de esas fronteras, incluso encontrarlo físicamente en alguna parte cuando se lo necesitó para llevar a su hija al altar, posar y pavonearse un momento delante de la cámara con el ánimo de ofrecer a Susan y Felicia un trofeo de decoro que exhibir en la repisa de sus respectivas chimeneas. En cuanto a Bert y a Susan, que aunque no eran el centro de tan espléndida escena sí interpretaban al menos un papel del que no se podía prescindir, fue ciertamente Felicia quien se ocupó de llevarlos a esta celebración.

El asunto dejó de ser una posibilidad incierta y temida para convertirse en un objetivo desde el momento en que Felicia confirmó que Bert había estado haciendo travesuras con Susan. Felicia jamás dudaba de su capacidad para materializar un plan cuando se proponía algo en serio. En este caso tuvo la sensación de que, al final, había manejado a Bert a su antojo.

Susan había intentado huir del ambiente opresivo de Torrington Street. Era difícil encontrar una excusa para salir de noche sin que se cuestionara hasta dejarla despojada tanto de decoro como de verosimilitud. Cuando Susan volvía tarde a casa, Felicia tenía preparada una pregunta demoledora:

—¿Has vuelto a hacer horas extras? Nos vendrá bien el dinero al final de la semana.

Susan se dio cuenta de que no podía comprar su libertad con una mentira tan burda. Como su madre sabía dónde guardaba sus ahorros, vio que pronto tendría que reconocer que no había ganado ningún dinero extra.

—No lo entiendes, mamá. No nos pagan las horas extras hasta la semana siguiente.

Por fin llegó el día de paga. Susan había planeado ocultar su noche de absentismo haciendo horas extras de verdad dos veces la semana siguiente. Eso sí, para cuando llegaba el dinero, Felicia era toda una experta en el sistema de pagos. Sabía cuál era el día de paga, la tarifa por hora normal y la tarifa por hora extra. Susan se compró unos zapatos, con la esperanza de cuadrar los números mintiendo sobre el precio.

—Pero hiciste seis horas extras en total, y eso equivale a tanto.

—Sí, pero no estás contando los zapatos, mamá. Me costaron cuarenta y cinco chelines, y he puesto parte de las horas extras para comprarlos.

—No has pagado cuarenta y cinco chelines por esos zapatos —dijo Felicia, con desconfianza. Susan tuvo que afirmar que sí. Se vio en la obligación de decir dónde los había comprado.

—Ya hablaré con el encargado. Me parece un robo —contestó Felicia, para tantear el terreno.

Susan se asustó.

—Iré mañana a primera hora —añadió su madre—. Tengo que pasar por allí.

Era consciente de que estaba torturando a su hija y tenía la sensación de ir por el buen camino.

—Mañana a primera hora.

—Será interesante ver qué dicen.

—Yo diría que tienen zapatos igual de buenos por dos tercios de

ese precio.

Felicia le fue lanzando estas frases intermitentemente a lo largo de la noche. Cuando veía que las grietas de las defensas de Susan empezaban a cerrarse, elegía alguna de ellas para abrirlas de nuevo. Y Susan terminó por confesar.

—O sea, que me has mentido. Fuiste al cine. ¿Con quién?

A pesar de su tenacidad para mentir sobre los zapatos, el punto más débil de las defensas de Susan era su costumbre de decir la verdad. Reconoció que no había ido con ninguna de sus compañeras, sino con un chico de la fábrica del final de la calle. ¿Cómo se llamaba?

—Lo llaman Bert —dijo Susan—. No sé su nombre completo.

Felicia podía haber visto al menos que un chico al que llamaban Bert no era el yerno ideal para ella. Pero el hecho de que su hija reconociera que no sabía su nombre completo la llenó de indignación.

—No te vas a mover de ahí hasta que me lo digas. ¿Quién me iba a decir que viviría para ver a una hija mía convertida en una mujerzuela?

Felicia dejó de prestar atención a su hija y entró en un paréntesis de rabia y compasión de sí misma. Susan la había abandonado. Lo malo no era solo que su hija estuviera saliendo con alguien: ¡se iba con el primero que pillaba! Había salido a su padre. No había acusación más hiriente que esta.

Susan contestó que Bert jamás la había tocado y Felicia, que sabía que su hija tenía la costumbre de decir la verdad, se llevó un chasco. No iba a tener la oportunidad de dirigir su interrogatorio hacia los interesantes y deplorables territorios del sexo.

Sin embargo, no necesitó esperar demasiado para darse este placer. Viendo que le costaba demasiado mentir, Susan, a quien no se le podía negar su vanidad de chica joven, empezó a volver tarde a casa sin poner ninguna excusa. Eso hizo.

Felicia estaba tan convencida del buen resultado de su primera discusión por culpa de Bert que, a la siguiente deserción deliberada por parte de Susan, la incredulidad casi no le permitió abrir la boca. Esto envalentonó a la chica, que la noche siguiente llegó a casa a las once con el mayor descaro.

—¿Dónde has estado?

—He salido con mi novio.

—¿Tu novio? ¿Ese tal Bert al que ya habías pillado por ahí?

Susan contestó que, por supuesto, era Bert, y añadió con seguridad que no era solo un «tal», sino que también tenía apellido.

—Como todo el mundo —dijo Felicia, apretando los labios—. Eso no quita para que esté tonteando contigo. —Esta vez, Susan se quedó callada y Felicia no tardó en darse cuenta de que su hija no lo negaba

—. O sea, que es verdad, ¿es verdad? —Felicia sonrió con aire triunfal además de enfado.

—¿Qué es verdad, madre? No sé de qué me estás hablando.

Su madre dejó claro de qué le estaba hablando. Pero su lengua era más atrevida que las manos de Bert. Hizo tales acusaciones que Susan pudo negarlas de nuevo.

Y así, doblegando poco a poco la voluntad de Felicia, Bert terminó siendo aceptado como novio de Susan. Incluso fue a tomar el té varios domingos por la tarde y al final se quedaba con Susan en la penumbra del cuarto de estar cuando Felicia se marchaba a la capilla. El sofá duro, con los cojines y las telas que lo cubrían tirados por el suelo, fue el escenario de los combates que emprendió Bert para acercarse a su objetivo. Susan llevaba puesto un vestido de verano y ropa interior de lo más escueta cuando Bert la tomó finalmente. Desde ese día, los domingos por la tarde, cuando Felicia se iba a rezar, Bert asaltaba a su hija asiduamente. Un fallo en las precauciones del novio hizo que Susan tuviera que acudir a su madre, alarmada.

Felicia recibió la noticia del presunto embarazo con una calma inusitada. En realidad era un hecho ancestral. La rabia que debe de sentir una madre cuando deja a su hija por primera vez en brazos de otro se había agotado en el primer asalto. Felicia ya solo tenía que regodearse en la responsabilidad de ver a su hija nuevamente dispuesta a dejarse modelar por sus manos. Además, no tomó la costumbre de dejar a Sue a solas con Bert hasta que hubo catalogado al joven y llegó a la conclusión de que podía manejarlo a su antojo. Había llegado el momento de hacerlo, si es que era necesario.

No fue necesario. Bert, a su vez, había catalogado a Felicia y sabía que tendría las de perder en cualquier enfrentamiento directo.

—No te preocupes, cariño —le dijo Bert a Susan—. Dile a tu madre que vamos a casarnos.

Casarse en ese momento no entraba en los planes racionales de Bert, pero reconoció ante sí mismo que él se lo había buscado y no tenía defensa posible en el caso de que a la señora Homm le diera por indignarse. Lo cierto es que Bert no veía ninguna razón para que Susan no decidiera deshacerse del bebé, que en la primera etapa del embarazo en realidad no era nada. Intentó decírselo, pero al ver la mirada inocente de Susan no fue capaz: sintió un miedo que no supo definir pero que bien podía ser vergüenza.

Fue así como se reunieron para celebrar la boda. Y la celebración se hizo por todo lo alto, porque Felicia sabía que los vecinos no tardarían en rumorear que ahora entendían por qué Susan Homm había tenido que casarse. Pensó que sería posible evitar el escándalo por arte de magia si no había en los preparativos de la boda nada clandestino. Así, el día señalado, varios coches con lazos blancos se

pasearon arriba y abajo por Torrington Street. Hicieron la celebración en la salita trasera de la capilla, donde se ofrecieron sándwiches, limonada y canapés, además de bizcochos caseros, y té de un termo puesto en una mesa con borriquetas; y todos los asistentes tuvieron la perversa satisfacción de comentar lo incómodo que parecía el novio objeto de ese homenaje.

—Es que nunca se había acercado por aquí. Debe de sentirse extraño.

—No creo haber visto nunca a Bert en ningún oficio religioso.

—Ahora que os habéis casado tendrás que traerlo.

—Puede que ahora te veamos de vez en cuando por aquí con Susan.

Bert estaba tan desesperado que no se atrevía ni a tragar saliva. Le parecía que la recepción no iba a terminar nunca. Por aquel entonces no conocía a su suegro lo suficiente para acudir a él en busca de consuelo. Y el propio Christopher, que solo era vagamente conocido en la capilla aunque no admirado, tampoco estaba contento. Intentó relajarse, agazapado detrás del termo de té, y se entregó a las tareas de abrir la espita o inclinar el recipiente, que le permitían no mirar a los ojos a los invitados.

—Tu vida acaba de empezar —le dijo a Bert en tono amenazante cuando el muchacho se acercó para escabullirse con el pretexto de echar una mano.

Bert respondió con el murmullo atribulado de quien no se aviene a reconocer una verdad incómoda. Le disgustó el reproche, pero se sentía más seguro en compañía de su suegro y el termo de té que en la de su novia y el grupo de rapaces matronas. Al notar Christopher que el joven se acercaba, se envalentonó, y la angustia que lo había estado habitando como un espíritu salió de repente por su boca con estas fieras palabras:

—Más vale que cuides bien de Sue si no quieres que te parta la cara.

Bert se quedó atónito, ligeramente admirado de este súbito arranque de vitalidad en un hombre mayor al que tenía por derrotado y decadente. Christopher, por su parte, se vio en la necesidad de ser conciliador en cuanto se le escaparon estas palabras. Echó un vistazo alrededor, como si buscara sugerencias de cómo conseguirlo sin aludir de nuevo a la ocasión de su ofensa. Sus ojos dieron con la puerta lateral de la sala, que estaba abierta, y de pronto se sintió fuerte y lleno de valor conspirador.

—Bert —dijo—, ven un momento.

Salieron a un patio con cubos de basura y tuberías. Christopher formuló su formidable proposición.

—¿Qué tal si nos vamos a tomar una? Están a punto de abrir.

Unos metros más allá se encontraba el muro ciego de ladrillo rojo de la taberna. Podían salir por la puerta lateral y llegar a la taberna en un momento.

Bert pensó que el delito era enorme, no tanto por su parte como por parte de Christopher. Se le ocurrió que debía preguntar a su suegro si había pensado qué diría la señora Homm, pero se alegraba demasiado de salir de la capilla para permitir que esa consideración lo privara de la sed o del placer que le causaba asentir con una sonrisa pícara.

El camarero miró a Christopher con sorpresa:

—¡Vaya! Hacía tiempo que no lo veíamos por aquí, señor Homm.

Christopher se puso colorado, no por su delito, sino porque se hubiera advertido públicamente que había abandonado las malas costumbres cultivadas con honor a lo largo de tantos años. Quiso aclarar que seguía siendo un hombre libre.

—Bueno, me gusta tomar una copa de vez en cuando. ¿Qué te apetece, Bert?

Si Bert se hubiera acordado de que era el día de su boda, habría sido más listo y habría pedido una bebida cara, pero solo era consciente de que tenía calor y de que su cuerpo fibroso parecía haberse quedado sin una sola gota de líquido. Pidió una pinta y se la metió entre pecho y espalda como quien rellena el radiador de un coche. Solo cuando se estaba tomando la segunda empezó a reflexionar.

A su lado, apoyado en la barra, estaba su asombroso suegro, con la cara seca y triste algo colorada y el pelo lacio alborotado. En los labios que deberían ser los de un hombre sometido jugueteaba el destello de una pasión desdeñosa y cómica.

—Bueno, chico, pronto verás cómo es —dijo el viejo sin más explicaciones.

Bert cambió inquietamente de postura y se sintió joven. Tenía un esqueleto grande, vestido como el de un hipopótamo por una capa de carne que parecía una armadura, unos pómulos llamativamente planos y compactos y un bigote ridículo que descansaba en unos labios carnosos.

—¿Qué es lo que voy a ver? —preguntó, con una nota desafiante. Y el camarero, pensando que se trataba de un asunto más sencillo de lo que en realidad era, le guiñó un ojo.

El gesto de burla de Christopher Homm se volvió más patente y ofensivo.

—Vas a ver lo que es sudar sangre, hijo mío.

Bert murmuró que ya tenía cierta experiencia pero, lógicamente,

Christopher Homm no aceptó este argumento.

—Cuando lleguen esos cabroncetes, ¡se acabó ir al fútbol!

—¿Se acabó? Bueno, ya lo veremos.

—Sí, ya lo veremos —asintió Christopher—. De ahora en adelante serás un ciudadano respetable. Todavía no sabes lo que es eso.

Bert había vivido siempre encerrado en una jaula de mezquindad y apetitos carnales que él entendía como respetabilidad, y la amenazante ironía de su suegro simplemente le desconcertó. Comprendió mejor el siguiente cambio de expresión de Christopher y la repetición de su advertencia.

—Pero ¡no olvides lo que te he dicho de Sue!

Con este ánimo menos equívoco, Christopher Homm lideró la retirada del bar y el camino de vuelta a la capilla, donde Felicia, temblando de rabia, volvió a someterlo sin necesidad de decir palabra. Bert se fue a buscar a Sue.

—Tu padre es un tipo gracioso —dijo—. Me ha llevado a tomar una cerveza.

Sue seguía lo suficientemente cerca de casa de sus padres para fruncir el ceño al pensar en las iras domésticas que eso sin duda iba a desencadenar. Y, efectivamente, mientras la pareja se marchaba de luna de miel, Felicia se entregó a la reeducación de Christopher casi en régimen de jornada completa.

VII



No fue solo por las dos pintas de cerveza por lo que Felicia se propuso reeducar a Christopher. Se temía un recrudecimiento de males mayores. Llevaba en su pecho un temor histórico. La imperfección del amor de Christopher la tenía prisionera de un temor permanente a las aberraciones de su marido. La boda de Susan y Bert no solo había reparado, al menos temporal y superficialmente, el desorden familiar provocado por la deserción de Susan y sus ilícitas consecuencias; también le había brindado la ocasión de reanudar su demostración de lo que significaba el matrimonio. Y es que, para celebrar la boda, había logrado traer a Christopher Homm a casa después de un largo abandono.

Cuando tuvo la certeza de que el duro sofá del cuarto de estar había sido el escenario de la desfloración de su hija, tomó una decisión que la atañía personalmente. Puso toda su conciencia en el proyecto de que Bert reconociese la obligación de administrar sus apetitos carnales de una manera más formal. Al mismo tiempo, esa otra voluntad más lenta pero más firme que no necesita un propósito había tomado una decisión por su cuenta. Es posible que los secretos designios de esta otra voluntad la indujeran a ofrecer intimidad a los novios hasta el punto de convertir sus placeres en certeza.

Sea como fuera, esta concentración secreta de las fuerzas de Felicia la impulsó a salir a la calle un lunes por la mañana, con sus mejores galas y un gesto de indiferente certeza. Iba a buscar a su marido, que la había abandonado unos años antes, casi al tiempo que Susan empezó a trabajar.

Felicia había estado hasta entonces demasiado dolida por el abandono de Christopher para dar ningún paso con la intención de

recuperarlo, o, como quizá hubieran dicho sus vecinos y hasta su propia hija, demasiado dolida para darse cuenta de que su marido se había marchado. Sin dignarse siquiera indagar o prestar oídos a los rumores que circulaban sobre él, había registrado y retenido sin embargo hasta la más leve pista sobre su paradero. Sabía que seguía trabajando en la misma empresa y que no vivía más lejos de lo estrictamente necesario para perderla de vista, siempre y cuando ella se ciñera a sus desplazamientos de costumbre. Christopher sabía que su mujer era orgullosa y estaba seguro de que no se humillaría buscándolo. Hacía falta otro disgusto para que Felicia tuviera esa flaqueza o ese valor.

Ante la posibilidad de que su búsqueda fracasara, Felicia tomó incluso ahora ciertas precauciones para cerciorarse de que sus vecinos no sospechaban nada. Sus mejores galas no eran tanto para asombrar a su marido como para inducir a pensar a sus vecinos, y a ser posible a sí misma, que se iba al centro a mirar escaparates. Con el fin de dar un poco de color a esta ilusión, se encaminó a la correspondiente parada de autobús y compró un billete caro, lo suficiente para llegar hasta el centro. Pero cuando había recorrido la distancia equivalente a solo tres peniques, bajó del autobús y echó a andar por la acera. Estaba tan preocupada por deshacerse del billete que delataba su engaño como un asesino por deshacerse de un cadáver. Lo retorció y lo rompió en pedazos, pero no quería dejar rastro tirándolos al suelo. Por fin, en un momento en que creyó que nadie la miraba, los echó en una papelera. Después se desvió de la calle principal y siguió adelante por una lateral.

La arquitectura no era muy distinta de la de la calle de donde venía. Las casas parecían amontonadas, más que simplemente unidas pared con pared, y flanqueaban las aceras desiertas sin ninguna armonía. De todos modos, era evidente que allí vivían personas de menor constancia que las de Torrington Street. Las cortinas de las ventanas, además de mugrientas, estaban colgadas de cualquier manera y hasta tenían agujeros. A pesar de que era lunes por la mañana, se veía cierta actividad en los cuartos de estar. Vivía demasiada gente en aquellas casas para que sus inquilinos pudieran reservar un refugio vacío en aras de la respetabilidad.

Felicia iba con paso decidido pero sin un plan o una intención concreta. Giró en el primer cruce y continuó su camino en paralelo a la calle principal. Al cabo de un rato, se encontró de nuevo en la calle principal y cerca de su casa. Volvió discretamente y se cambió de ropa, para que Susan no le preguntara adónde había ido. El martes se quedó en casa, enfadada consigo misma, pero el miércoles emprendió su búsqueda una vez más. Se pasó el día entero deambulando por la misma red de calles en la que sabía que se ocultaba el escondite de su

marido. Empezaba a oscurecer cuando decidió preguntar a alguien. No quería entrar en ninguna tienda, porque sabía que quedaría paralizada de vergüenza si el tendero por casualidad adivinaba la situación y sonreía. Vio a un repartidor que estaba a punto de subir a su bicicleta y le hizo su pregunta:

—¿No sabrás por casualidad dónde vive el señor Homm, hijo?

La pregunta, por el tono y la timidez con que la formuló, parecía más propia de Christopher que de Felicia. Este fue su momento más humillante. Ella, que siempre estaba al borde de la indignación, no se habría extrañado si el repartidor le hubiera dado una bofetada o se hubiera subido a la bici de un salto y se hubiera largado burlándose de ella. Sí le habría extrañado que el repartidor hubiera pregonado a los cuatro vientos que allí estaba Felicia Homm, derrotada por su marido y suplicando clemencia. Pero el chico dijo:

—Sí, claro. El señor Homm vive en el número 29.

Pudo haberse ahorrado la humillación, pues en el mismo momento en que el chico se marchaba, Christopher Homm doblaba la esquina y se acercaba hacia ella. No había nadie más a la vista. El encuentro era inevitable.

Homm andaba despacio y con cuidado, como un ciego. Llevaba el uniforme del trabajo y una gabardina vieja. Cuando llegó donde estaba Felicia, ella creyó que no la había visto, hasta que se fijó en el leve rubor de sus mejillas y el azul evasivo de sus ojos.

Se levantó el sombrero al pasar, pero su expresión no se ablandó. Felicia no daba crédito. Sintió que un incendio se desataba en la gigantesca mole de su cuerpo. No quería llamar a Chris. Decidió irse inmediatamente, pero se quedó en el sitio, siguiéndolo con la mirada. Unos metros más adelante, en el número 29, Christopher se detuvo para abrir la cancela. En un momento habría desaparecido.

Pero entonces le tocó a Christopher hacer alguna modificación en su conducta automática. Su primera reacción, impresionado y aterrado al ver a Felicia, fue pasar de largo impulsado por su cuerpo. Ahora, un pensamiento empezaba a abrirse paso en su conciencia. Dio media vuelta y miró a su mujer. Al comprobar que ella no se había movido, le fue imposible seguir jugando al escondite. Tuvo la sensación de que estaban juntos en la misma habitación. Christopher, tan paulatinamente que la dirección de su movimiento resultó confusa al principio, retrocedió despacio por la calle.

Ninguno de los dos tenía preparado qué decir cuando se encontraron frente a frente. Christopher no era capaz de hablar y Felicia no quería, por miedo a hacer una confesión. Por fin, Christopher consiguió reunir unas palabras y desperdigarlas a continuación.

—¿Qué haces aquí, Lissy?

—Pasaba por aquí y te he visto por casualidad.

—¿Cómo sabías que vivía aquí?

—No lo sabía. Solo pasaba por aquí.

Hubo un largo silencio y Christopher empezó a buscar el modo de salir de aquel embrollo. Le parecía imposible recorrer la distancia que lo separaba del número 29. Entonces, como si cayera en la cuenta de que podía perderlo de nuevo, Felicia dijo:

—He venido por Sue.

Christopher Homm no contestó, pero Felicia vio que había captado su atención.

—¿Conoces a un chico que se llama Bert y trabaja en la fábrica del final de la calle? Pues ha estado tonteando con ella.

La cara de Christopher Homm cobró un color intenso y airado. La piel ajada que revestía los músculos cansados se tensó para permitir su funcionamiento rejuvenecido.

—Le voy a partir la cara.

Lo dijo con un acento inusitadamente grosero. No añadió nada más, pero tampoco se movió del sitio. A Felicia le gustó su reacción.

—Ha estado tonteando con ella los domingos y ahora está esperando familia.

La señora Homm observó con satisfacción el efecto de su propaganda. Cuando consideró que había llegado el momento, insinuó ladinamente:

—Hace falta un hombre para meterlo en cintura. Yo no puedo hacer nada.

Esta debilidad era fingida. Bert ya había sucumbido al terror que le inspiraba su futura suegra.

Christopher echó a andar hacia la calle por la que pasaba el autobús de Torrington Street. Felicia lo acompañó unos metros, satisfecha de su éxito pero acuciada ahora por otra preocupación.

—¿No deberías recoger algunas cosas, Chris?

Christopher Homm tenía la cabeza ocupada por un solo pensamiento. No se había parado a pensar dónde dormiría esa noche. No sabía que iba a cambiar de domicilio y, de haberlo sabido, el destino de sus cosas le habría traído sin cuidado.

—No necesito nada —contestó con terquedad.

Pero Felicia empezaba a recobrar la autoridad que ejercía sobre él.

—Será cuestión de un minuto guardar unas cuantas cosas en una maleta.

Era un riesgo que Christopher volviera al número 29. Felicia no sabía de quién era la guarida. Puede que de una mujer. Sin embargo,

le bastó con mirar una sola vez a su marido para constatar que había perdido tanto el color como la determinación. No tenía intención de desobedecerla. Le dejó que fuera a buscar su vieja maleta. Tardó menos de cinco minutos en aparecer con la maleta llena y atada con una correa.

Había sido facilísimo. Felicia apenas podía dominar su desprecio por el cautivo. No volvieron a hablar de Susan, y Felicia, dejándose llevar por su confianza, empezó a hacer planes para su propia luna de miel.

—Dicen que esa película es buena —comentó, cuando pasaban por la puerta del cine—. Podríamos ir, Chris.

Christopher Homm no contestó. Estaba vagamente preocupado por su hija, pero ese horror profundo empezaba a quedar desplazado por la conciencia de que Felicia había conseguido salirse con la suya. Aún seguía sin entender por qué se había ido con ella cuando Felicia sacó su llave y lo invitó a entrar en el 92 de Torrington Street. Dejó que él entrase primero y luego cerró la puerta.

—Sue —dijo en voz alta—. Vengo con tu padre. —Christopher Homm comprendió claramente en ese momento que no era el héroe que derrotaría a Bert.

Sue salió de la cocina, donde estaba preparando una tetera. Se sentía muy distanciada de su padre, no porque él le hubiera hecho nada malo, sino porque se había hecho mayor en los años que él llevaba fuera de casa. No sabía si su madre le habría hablado de lo ocurrido en el cuarto de estar. Christopher se quedó en el pasillo estrecho, mirando a su hija. Era una chica de manos y pies largos, con el cuerpo cortado por el mismo patrón y la carne prieta propia de su edad. Le pareció comprensible que la hubieran seducido, y no demasiado monstruoso. Hasta ese momento seguía pensando que era una niña.

—Voy a casarme, papá. —Sue ya no parecía avergonzada. Siendo ella misma quien daba la noticia, no necesitaba hacer ningún esfuerzo para arreglar su relación con su padre.

Christopher fue plenamente consciente de su rotunda derrota. La boda de su hija estaba acordada y él no hacía ninguna falta. Felicia ya había empezado a subir las escaleras despacio, quitándose el sombrero, como cualquier día normal y corriente de años antes. Sin embargo, cuando llegó al rellano, volvió la cabeza y miró a su víctima:

—Cuelga tu abrigo en esa percha. —Fue un permiso generoso.

En el comedor, Susan puso discretamente un tercer servicio para su padre. La taza que le ofreció tenía una grieta. Diez minutos más tarde, delante de la tetera cubierta con un paño, Felicia estaba hablando con su marido como si por fin hubiera podido regresar de un viaje

ineludible, emprendido en contra de su voluntad.

—Supongo que te resultará agradable haber vuelto, ¿no?

No estaba mal. Cuando terminaron de tomar el té, Sue recogió la mesa y su padre se sentó en la butaca, al lado de la estufa.

Felicia estaba tan asombrada del éxito de su empresa que tardó unas semanas en recuperar toda su maldad.

VIII



Aunque Felicia apenas se fijó en ese detalle el día que trajo a su marido a Torrington Street, Christopher Homm había envejecido mucho en aquellos años de ausencia. Su regreso marcó el comienzo de la época que desembocaría en su senilidad y su muerte final. Había dedicado supuestamente su período de deserción a depravaciones de índole más corriente, pero ni mucho menos fue este el caso en los últimos tiempos.

Aunque la casa en la que tenía su habitación no llegaba a ser del todo respetable, sus inquilinos eran en su mayoría personas tan viejas y marchitas que casi podían pasar por virtuosas. La inquilina principal era una viuda. Hacía las veces de casera para los otros tres residentes aparte de Christopher Homm. Solo una de estas personas seguía dedicada a cierto tipo de actividades oficialmente reconocidas como vicios. Se trataba de la señora Semelee, una mujer de cuarenta y cinco años que de vez en cuando dejaba su habitación vacía una noche, un par de días o una semana.

Christopher Homm no podía dejar de fijarse en la señora Semelee cuando la veía entrar y salir. Era su cuerpo, rellenito y amable, lo que miraba Christopher, más que su cara dominada siempre por una expresión dura, de codicia y miedo. Además, no era tanto consciente de mirarla como de que apartaba los ojos de ella, pues el debilitamiento de sus fuerzas había venido acompañado de la determinación de vivir libre de estos incentivos.

El cuarto de Homm no era precisamente un reflejo de grandes lujos. Estaba sucio, aunque sin llegar a ese punto de sordidez que simboliza la rendición permanente a la flaqueza. Su desorden era simplemente provisional y denotaba un propósito de orden postergado

más que un abandono al desorden. Este régimen de lenta evolución se había instalado en alfombras y tapicerías. Era evidente que Christopher Homm había luchado para no caer definitivamente en el oprobio.

A un lado de la chimenea vacía tenía una butaca con un muelle roto, cubierta con una tela muchas veces alisada, pero nunca zurcida o planchada. En el hueco de la chimenea había un hornillo de gas con una costra de herrumbre parcialmente cubierta por las capas pegajosas y brillantes de los guisos y los líquidos que allí se habían hervido, y las baldosas estaban salpicadas y manchadas por las mismas sustancias. El dibujo de la alfombra, colocada delante, era de rosas de color naranja que empezaban a oscurecerse y sumergirse en la penumbra general del cuarto. En la pared de enfrente había una cama turca, todo lo bien hecha que permitía la colcha gastada y rota. La mesa estaba cubierta por un mantel de un grosor casi comestible, aunque del verde brillante y venenoso característico de las habitaciones alquiladas, revestido por una capa de polvo salpicada en algunas zonas de manchas negras. En los estantes de la alacena sin puertas, pegada a la chimenea, se apilaban los platos blancos con los bordes desportillados, y debajo de la loza agrietada asomaba un dibujo de flores desparramadas y mustias pertenecientes a una antinaturaleza que no conocía la hierba.

De este cuchitril salía Christopher Homm todas las mañanas para ir a su trabajo en el almacén de zapatos. Se preparaba con esmero, aunque más que lavarse, alisaba y estiraba pacientemente la ropa, se afeitaba las mejillas y, cuando ya estaba casi vestido, se refrescaba la piel cansada de la frente y el cuello con una toalla humedecida en agua fresca. Justo antes de salir se tomaba una taza de té y un poco de pan con beicon frío.

No había sufrimiento para Christopher Homm en este ascetismo. Era casi feliz con la regularidad de su vida sencilla. Nada le perturbaba aparte de las ocasionales congojas de su espíritu, que el vacío de sus días le permitía disfrutar casi tanto como le había permitido disfrutar de sus alegrías. Por la tarde volvía a las mismas simplezas que había dejado por la mañana. Colgaba la gabardina detrás de la puerta y se arrodillaba en la alfombrilla de la chimenea para prepararse un té. Solo después de tomárselo sacaba del bolsillo de la gabardina el bocado que hubiera comprado en el transcurso del día. El forro del bolsillo de esta gabardina, que era su despensa diaria, estaba manchado de sangre, de las costillas que compraba de vez en cuando; lleno de la tierra que las patatas y las zanahorias traían de un mundo donde las cosas crecían. En el fondo del bolsillo se acumulaban las migas de los dos o tres pastelitos que tenía la costumbre de comprar para el fin de semana.

En cuanto a carne, se llevaba cualquier cosa que le diese el

carnicero, y fuera cual fuera el corte, una vez desenvolvía el papel de periódico, siempre terminaba en la misma cazuela en la que hacía sus guisos. Le añadía unas verduras y un pellizco de sal, y después ya era solo cuestión de paciencia hasta que tenía lista una comida pasable. Homm dedicaba este intervalo a hojear el periódico, removiendo el guiso de vez en cuando con un cuchillo o un tenedor. Saboreaba estos momentos de espera y estímulo más que el propio guiso, y era a menudo con un suspiro reticente como decidía que había llegado la hora de coger el plato de flores de la alacena y servirse unas cucharadas de la sartén.

A pesar del aislamiento en que transcurría su vida, no le faltaban a Christopher Homm preocupaciones morales, y hasta domésticas. En vez de cuidar de otras personas, siempre tan activas y molestas, su única obligación era ordenar unos cuantos objetos pasivos en forma de billetes y monedas. Había reducido sus últimos restos de humanidad al universo casi suprasensible de las matemáticas. El fin de semana, ponía encima de la mesa lo que había ganado. Aunque la cantidad nunca variaba, todos los fines de semana tenía la sensación de enfrentarse a nuevos problemas para su distribución.

Empezaba consigo mismo, con quien se complacía en ser frugal. En el margen de un periódico, o en el espacio en blanco reservado para las noticias de última hora, anotaba con un lápiz gastado todo lo que iba a necesitar: carne, pan, leche, patatas, zanahorias y demás provisiones de costumbre. Las fluctuaciones del precio de las verduras según la época del año, que estudiaba minuciosamente, introducían una variable de incertidumbre en esta parte de sus cálculos. La repentina aunque rara intromisión de un gasto imprevisto, como la compra de una camisa barata o un par de calcetines, le planteaba problemas que tardaba horas en resolver. No era que los ingresos de Christopher Homm no alcanzasen para cubrir su modesto modo de vida. Era, en parte, que estaba ahorrando. Todas las semanas hacía un pequeño ingreso en la Caja Postal, y uno de sus esoterismos consistía en observar con íntima satisfacción cómo iba ascendiendo la suma total. Su mayor gasto semanal, sin embargo, era la cantidad que, a pesar de su abandono, enviaba todas las semanas a Felicia. Determinar esta cantidad representaba una tarea en la que invertía toda su capacidad de raciocino. Alguna vez, no tenía más remedio que tirar de sus reservas. Si una semana decidía enviar a Felicia una suma más bien alta y de pronto se daba cuenta de que necesitaba comprarse unos zapatos, se encontraba ante una complicación de difícil encaje. En estos casos, poseído de un placer torturador, iba a la Caja Postal y retiraba algún dinero. Cuando le devolvían la libreta con el apunte anotado, lo miraba con el orgullo de quien ha realizado un sacrificio enorme.

Determinar la cantidad que enviaría a Felicia era una modalidad de su fantasía. Nunca escribía una línea cuando mandaba el dinero, y tampoco indicaba ninguna dirección, para que su mujer no pudiera localizarlo. Se habría presentado en su puerta, o al menos le habría enviado interminables cartas polémicas. Al margen de lo que vagamente consideraba su deber, dedicada mucho tiempo todas las semanas a pensar cuáles podían ser las necesidades de Sue y de Felicia. Tenían que seguir llevando una vida digna. Felicia abría con manos ávidas el sobre semanal y le decía a su hija con impaciencia que su padre era tonto, por no enviar siempre la misma cantidad, para que ella supiera a qué atenerse.

—Un día no nos mandará nada y ¿qué será de nosotras?

Así discurseaba, aunque en el fondo no creyera que Christopher fuese a dejarlas sin blanca mientras tuviera algo que enviar. Difícilmente podía adivinar que, las semanas que recibía más dinero, era porque su marido había pensado que quizá necesitara una faja nueva y había calculado minuciosamente el precio de una prenda de razonable calidad recorriendo todos los escaparates de las mercerías de High Street. A veces se pasaba una mano por el pelo y lamentaba que Sue gastara los zapatos tan deprisa, seguro de que iba a necesitar un par nuevo para el próximo curso.

A veces, después de hacer la cena por la noche, y siempre los domingos, que estaban demasiado vacíos incluso para él, Christopher Homm salía a dar largos paseos sin rumbo fijo. Si pasaba en su trayecto por un sitio donde veía que se estaba reuniendo una multitud, se acercaba y se sumaba a ella. No lo hacía tanto por curiosidad como por la necesidad de compañía muda y discreta, que podía satisfacer entre el gentío congregado en una subasta o un mitin político.

De todos modos, Christopher Homm no andaba escaso de curiosidad o interés por los grandes asuntos del mundo. Cuando veía una reunión política, la observaba incluso con un punto de ansiedad por ver si conocía al orador o si alguno de sus antiguos camaradas se encontraba entre los asistentes. Y es que Christopher Homm había dejado la política. La dejó poco a poco, casi sin darse cuenta, participando cada vez menos hasta no participar en nada, y no le apetecía que la inoportuna aparición de un entusiasta viniese a perturbar la paz que había alcanzado.

Aun así, se quedaba con gusto a escuchar a un orador que no supiera nada de su historia. Se quedaba al borde de la multitud y, si el discurso era largo, al final terminaba justo debajo del borde de la plataforma portátil. Para entonces, la mayor parte del auditorio original se había ido y Homm estaba rodeado de recién llegados.

De lo que más le gustaba oír hablar en estas ocasiones era de la Justicia. Más bien era como si escuchara a escondidas con la intención

de enterarse, por boca de quienes ahora la acompañaban, de las hazañas de la que en otro tiempo había sido su dueña. Pero las relaciones de Christopher Homm con la Justicia nunca fueron indecorosamente íntimas. Se había limitado a brindar por aquella belleza reinante y a invocar su nombre. Y las relaciones que ella tenía ahora con los oradores parecían ser igual de abstractas.

Un hombrecillo cualquiera, con mucha labia, subía a la tribuna y empezaba a lanzar o escupir una tediosa retahíla de datos. Christopher Homm escuchaba con el escaso interés que se presta a un simple preludio o a una introducción de la gran cuestión o afirmación final. Escuchaba apáticamente, sin parpadear ni sentir escalofríos por el énfasis y el fingido entusiasmo del orador. Solo cuando este terminaba su discurso, se sentía Christopher Homm tembloroso de esperanza. A menudo, el orador pasaba entonces a soltar otra retahíla de datos, y Homm se sumergía de nuevo en su apática aunque tenaz atención. A veces, sin embargo, el asunto principal iba seguido de una pregunta:

—¿A eso llamáis Justicia? ¿Eso es Justicia para vosotros?

Estas alusiones a su dueña suprema estremecían el corazón de Christopher Homm. Y tampoco se le escapaban las amargas alusiones a la naturaleza esquiva de esta dama que a veces se hacían.

—No hay ninguna justicia para los trabajadores. Eso no existe. No es más que una palabra que dicen los patrones cuando quieren engañarnos. No los creáis.

Christopher Homm entendía estas afirmaciones como una mera constatación de que a tan astuta señora no la encontraba uno a la vuelta de la esquina. La idea de que mediante cierta teoría de la historia era posible expulsar totalmente a la Justicia del tiempo, y de que cualquier eternidad en la que decidiera refugiarse en su huida podía destruirse mediante ese mismo instrumento, le resultaba ininteligible. Prefería oír cómo se proclamaba su naturaleza esquiva, porque eso dotaba de cierta distinción a su somera relación con ella. Además, cuando se hacía alguna alusión a esta característica que él conocía tan bien, tenía la sensación de compartir con el orador el secreto de la vida sublime.

Mientras que la oratoria de estos entusiastas de la política reavivaba en Christopher Homm recuerdos de un pasado que hoy parecía remoto, había otros salvacionistas que despertaban su inquietud por el futuro. En su deambular por las calles, a veces detectaba a lo lejos los tambores y los trombones de ese otro ejército y se sentía como el ciervo que oye el cuerno del cazador. Al principio se acobardaba, pero ya fuera por el celo de una providencia insoslayable o porque le fascinaba su propio miedo, normalmente, minutos más tarde, se encontraba cara a cara con aquellos soldados rebosantes de determinación y provistos de sus instrumentos plateados. El rojo de

sus gorras y sus bandas refulgía como el fuego del infierno y Christopher Homm no sabía si aquellos hombres uniformados eran una falange de las tinieblas o simples emisarios de un mundo de luz. Cuando, atrapado en la música, se inclinaba momentáneamente por lo segundo, alguno de ellos abría la boca y empezaba a proferir tales amenazas que Christopher Homm se veía envuelto en el humo del infierno.

Sin embargo, este mundo zoroástrico era apenas real para Christopher Homm. Su angustia nacía del temor de no haber comprendido debidamente la realidad situada más allá de los tormentos del mundo, y esta interminable batalla de lo negro contra lo blanco le parecía un espectáculo de títeres de cachiporra de proporciones aterradoras más que una respuesta a sus preguntas. Se alejaba después de haber escuchado un rato a los miembros del Ejército de Salvación.

Más que haberse salvado, Christopher Homm se había reformado. La muerte gradual de su ardor, y los dolores y las flaquezas ocasionales que le recordaban que su cuerpo iba camino ya de su disolución, se convirtió en restrictiva prudencia. Esta había pasado a ser su norma de conducta. Fiel a este principio, ahora apretaba el paso cuando las chicas lo miraban demasiado abiertamente por la calle, y apartaba los ojos de la señora Semelee cuando estos intentaban acariciar sus redondeces. Casi había dejado el alcohol, porque el contraste entre su euforia transitoria y su apatía habitual le hacía ver con demasiada claridad la nulidad de su estado predominante. En estas retiradas apenas había cabida para un vivo arrepentimiento.

IX



El encuentro de Christopher Homm con la señora Semelee había sido como todos los pecados de la lujuria que tanto lo desconcertaban en su vida de aislamiento. Volvía una tarde del almacén, a una hora en que la noche empezaba a tender sus tentáculos sobre las calles y aún no estaba claro si estas tendrían la determinación de encender todas sus farolas para resistir el ataque, cuando vio a la señora Semelee en la entrada de un comercio. Acababan de cerrar el local y ya habían retirado los montones de libros y periódicos expuestos en la acera. En el escaparate se exponían las novelas del Oeste impresas en papel amarillo, con vaqueros a caballo en la cubierta, blandiendo sus pistolas, y las novelas policíacas que empezaban con una joven de labios rojos tendida de espaldas, con el vestido desgarrado en un pecho, como para engastar en alabastro el reguero de sangre que brotaba de él. Christopher Homm pudo así detenerse sin confesar que no era ni al vaquero desesperado ni a la esbelta víctima de un asesinato, sino las carnes prietas que ofrecía la mujer parada en la puerta, lo que se disponía a contemplar. Con la cabeza vuelta hacia los libros, miró de reojo a la derecha, donde estaba la señora Semelee. Eran sus pantorrillas lo que veía con más facilidad, y observó que estaban bien modeladas y prometían ser suaves y firmes al tacto. La señora Semelee se había esmerado, en el momento de vestirse, para que un observador atento no tuviera la menor duda de que sus muslos estaban hechos de la misma materia y cortados por el mismo patrón. Christopher Homm levantó los ojos despacio y, después de detener la mirada un buen rato entre los pechos de la mujer, continuó su trayectoria ascendente hasta encontrarse con la cara risueña. Aun cuando la codicia y la miseria habían endurecido y vuelto sus ojos

fríos, la señora Semelee tenía una amabilidad física que ni siquiera en la búsqueda de comercio era posible borrar completamente. Tanto sus virtudes como sus vicios estaban bien tallados en su cuerpo. Christopher Homm no pudo resistir siquiera la posibilidad de una amabilidad. Se acercó a la mujer, sin haber llegado a formarse una intención, y ella, que no olvidaba sus propósitos, se volvió para ofrecerle el brazo.

—Hola, cariño —dijo.

Christopher Homm puso cautamente los dedos en el antebrazo carnoso y quedó cautivo en ese mismo instante. Echaron a andar por la acera. Aunque había sido instigado por un deseo puramente trivial cómo Christopher se había detenido cerca de donde se encontraba la señora Semelee, ahora que estaba con ella sintió la necesidad de compañía. No tenía prisa en proceder a la transacción.

—¿Qué tal si tomamos algo? —propuso.

Entraron en el salón del Dragon and Garter, donde Christopher pidió una pinta templada para él y algo más caro para ella. Parecían un matrimonio mayor cuando se sentaron en la mesita a tomar sus bebidas despacio, como si estuvieran hablando de los defectos y las aspiraciones de una familia cada vez más numerosa. Christopher Homm incluso llegó a pensar por un momento que las cosas podrían haberle ido bien con Felicia si ella no hubiera sido tan rígida en lo tocante a frecuentar los bares. Pero no resultaba tan sencillo ni entablar conversación ni estar en silencio con una mujer a la que acababa de encontrar en la calle como lo habría sido con una esposa experimentada.

—Me gusta tomar una cervecita después del trabajo —dijo por fin.

La señora Semelee tenía la teoría de que Homm era un marido agobiado, aunque normalmente virtuoso, que había decidido abandonar por una noche a su mujer y la prudencia. Y orientó sus comentarios a animarlo.

—Y ¿por qué no? —dijo—. No veo que tenga nada de malo. ¿Por qué no puede un hombre buscar un poco de consuelo?

El verdadero consuelo era la propia señora Semelee, que ya estaba lanzando una nueva invitación y predicando la doctrina de su propia inocencia. Christopher Homm disfrutó de aquel momento en que tenía delante todo lo que necesitaba en el mundo; su placer residía en el contraste que veía entre este lujo y el combate con las estrecheces de la vida que siempre había llevado. Tuvo la grandeza de ofrecer otra copa a la señora Semelee, que ella aceptó, y de pedirse otra pinta para él.

La conversación continuó un rato en torno a asuntos generales. Christopher Homm tenía mucho de filósofo, aunque de filósofo

callado, y esto animaba a la gente que estaba con él a formular sus reflexiones en forma de proposiciones generales.

—A una mujer le gusta que un hombre sea un poco descarado —dijo la señora Semelee.

Su compañero suspiró, porque la forma de la proposición no ocultaba que la señora Semelee estaba hablando en realidad de cosas concretas. Conocía bien este exasperante ardid de la retórica femenina que disfraza el deseo de declaración formal, pero le resultaba más fácil tolerarlo en una desconocida que en Felicia, más aún cuando el deseo de la señora Semelee, aunque algo precipitado, coincidía con el suyo de un modo —esa impresión tenía— que en su mujer era extraño.

—Entonces no te molestará que sea un poco descarado —dijo, con una suerte de galantería deductiva.

La señora Semelee apretó el muslo contra el de él para indicarle que había llegado a la conclusión exacta. No quería tardar demasiado en asegurarse de que su cliente tenía la firme intención de hacer negocios.

Por aquel entonces, la señora Semelee vivía en una habitación alquilada en el bajo de un edificio de líneas rectas, en lo que en su día debió de ser una calle noble. Fue allí donde llevó a su víctima. Mientras bajaban las escaleras, Christopher Homm se imaginó que estaba a punto de entrar, no ya en el pozo del infierno, sino en un pozo a secas, donde no tardaría en caer en las garras del animal. Fue así como vio a la señora Semelee mientras ella abría la puerta y entraba arrastrando los pies. A la derecha del estrecho pasillo se encontraba la puerta que llevaba al teatro. En él había una cama turca, colocada con disimulo para que el espacio pareciese el dormitorio y cuarto de estar de una mecanógrafa, y un hornillo igual que el de Christopher Homm, aunque más limpio. Los últimos resquicios de luz cargada de polvo iluminaban el escenario en picado desde la calle.

La señora Semelee encendió la lámpara y cerró las cortinas. Después besó juguetonamente a Christopher, que, a pesar de las ganas de sellar aquel contrato temporal, tenía el aire desfallecido de quien está estupefacto. Su oso, o su Circe, decidió entonces, con la habilidad de un médico que selecciona un fármaco entre varios de uso corriente, que el caso exigía crear una ilusión de vida doméstica más que de pasión desmedida. Había revisado la teoría de que estaba en compañía de un marido fugado por una noche: ahora se inclinaba a pensar que tenía que vérselas con un hombre soltero y solitario.

—Está fuera, por si lo necesitas. —Con estas palabras recordó amablemente las dos pintas de cerveza que su cliente se había tomado. Y, en la sórdida penumbra de un váter que se limpiaba muy de tarde en tarde, Christopher se liberó del estorbo del líquido y volvió al

cuarto donde la señora Semelee estaba arrodillada delante del hornillo, donde ya había puesto un hervidor.

—¿Te apetece una taza de té antes de empezar?

Pasaron el rato, mientras hervía el agua, en sobria y virtuosa conversación. El tiempo seguía siendo un tema socorrido para un hombre al borde del adulterio. Llegaron a un acuerdo sobre cuál de las cinco descripciones conocidas por ambos era la más exacta para el tiempo que hacía, y a continuación la señora Semelee sirvió el té.

Habría sido peligroso, además de inconveniente, que los protagonistas intentaran cualquier tipo de acercamiento amoroso mientras tenían en la mano una taza de té hirviendo. Tampoco era prudente dejar las tazas en la cama, a menos que siguieran sentados sin decir ni pío. Así, el espectáculo que ofrecían mientras se enfriaba el té era el de un viudo envejecido que se disponía a hacer la más solemne de las proposiciones a una señora pechugona unos años más joven que él. La señora Semelee saboreaba la situación con no poco deleite: le daba una respetabilidad provisional en absoluto desagradable. Para el señor Homm, la demora era placentera, porque sabía que podía ponerle fin cuando quisiera y porque, como filósofo, prefería ante todo la inacción.

Fue su anfitriona quien se levantó y le quitó la taza, que tintineó como la llamada del clarín al combate. Christopher también se levantó y abrazó a la señora Semelee cuando ella se volvió hacia él.

Nada ahuyenta más deprisa al espíritu filosófico que el roce de la carne, y, en el mismo instante en que apretó aquel cuerpo carnoso entre sus brazos, Christopher Homm perdió su desagrado por la acción. Cuando vio que él estaba a punto de desnudarla, la señora Semelee se separó un momento para encender la estufa de gas. Estos breves preámbulos con los que pospuso el encuentro con los dedos de su camarlengo no iban tanto dirigidos a encender su pasión como a dar a la estufa la oportunidad de caldear el cuarto frío. Como la ropa que llevaba puesta era de lo más sencilla, hacía falta un poco de inventiva para aplazar el momento de que la desnudara. La señora Semelee se aseguró de que el corchete del sujetador se enganchara en la enagua y de que las ligas necesitaran un poco de persuasión. Cuando por fin se quedó desnuda delante de Christopher Homm, su cuerpo no fue ni mucho menos una decepción para él. Ocupaba muchísimo más espacio que el suyo, y su superficie era suave pero no distendida, como un odre lleno de agua. Las manos de Christopher Homm lo acariciaron con satisfacción desde los hombros hasta los muslos.

No parecía esta Eva una persona fácilmente mutable. Tenía un aspecto marmóreo bajo aquella luz calculadamente tenue. Las plantas de sus pies musculosos podían transportarla sin pudor a un mundo

inundado por la luz del sol. O, en un entorno de trabajo, bien habrían podido pisar un lagar. Pero la señora Semelee no estaba llamada a ninguna de estas posibilidades. Christopher Homm la acercó a la desvencijada cama.

Ella se metió debajo de las sábanas, para entrar en calor, y Christopher Homm empezó a desnudarse. Con mucho cuidado, se quitó la chaqueta y el chaleco y los colgó detrás de la puerta. Después se quitó el sobrecuello y la corbata y los dejó al lado de las tazas de té. Sus tirantes amenazaron con resistirse tanto como las ligas de la señora Semelee. No fue por renuencia suya por lo que dieron esta sensación, sino por el ligero temblor que le causaba la perspectiva de arrimarse a aquella belleza. Por fin consiguió desprenderlos, se quitó los pantalones y los dejó doblados en el respaldo de una silla. Parecía un noble, con los faldones de la camisa colgando y los calcetines subidos hasta las espinillas. Cobró un aspecto aún más grotesco mientras forcejeaba para sacarse la camisa por la cabeza, exponiendo al hacerlo lo que habría sido mejor que siguiera oculto. Sin embargo, una vez terminado el forcejeo, el cuerpo completo tenía todas las articulaciones y recovecos de un modelo que Rodin hubiese fundido en metal. Si alguna indignidad se apreciaba era en la boca, incorregiblemente caída, y en el continuo movimiento de la nuez con el que Homm intentaba tragar la nada de su garganta.

Se metió en la cama con la señora Semelee y se quedó quieto, moviendo solo una mano de vez en cuando, como para orientarse. La señora Semelee apagó la luz con un interruptor que solo podía alcanzar desnudando un momento los hombros y un pecho para estirar el brazo como si fuese a empuñar a Excalibur. Justo cuando Christopher Homm empezaba a entrar en faena, a oscuras, se oyó un traqueteo y un golpe en la puerta del sótano. La improbable explicación que dio la señora Semelee al salir de la cama fue que debía de ser el hombre del gas. Se echó un albornoz sucio y viejo sobre la piel desnuda y metió los pies en unas zapatillas antes de salir. Christopher Homm oyó el murmullo de una discusión que le pareció muy larga. Se le ocurrió que el visitante pudiera ser un marido o una persona inoportuna, pero la idea no llegó a calar en su cabeza. Solo era consciente de la interrupción de su placer y del deseo de reanudarlo.

El cuerpo de la señora Semelee le pareció suave y fresco como la harina cuando volvió a acostarse a su lado.

—Es una hora muy rara para que venga el hombre del gas —dijo—. No entiendo por qué ha tenido que venir a estas horas.

La señora Semelee no tenía derecho a quejarse. Christopher Homm no creyó que con estas palabras pretendiera transmitir la verdad; no dijo nada y reanudó su obligación voluntaria como si le hubieran

interrumpido la comida. En su placer, se hizo la ilusión de que estaba recibiendo cariño. Se habría sorprendido mucho si hubiera visto la cara de aburrimiento y fastidio de la señora Semelee al abrigo de la oscuridad. Se habría sorprendido también si hubiera visto sus propios labios, babosos y ávidos.

Christopher Homm se quedó a pasar la noche, pues no vio ningún motivo para marcharse. Cuando se despertó, se sentía tan domesticado que hasta empezó a pensar en desayunar con la señora Semelee. Pero ella estaba preocupada y dio por hecho que el cliente se iría inmediatamente. Sus carnes parecían más corrientes a la luz del día y no estaban exentas de defectos, incluso de síntomas de envejecimiento. Se vistió deprisa y lo acompañó a la puerta con el aspecto de una criada desaliñada.

En los dos años siguientes, Christopher Homm siguió encontrándose con la señora Semelee, y llegó a acostumbrarse tanto a lo que a él le parecía una casualidad que no se sorprendió cuando supo que ella había alquilado una habitación en la misma casa que él. Pero para entonces Homm se había vuelto casto, estaba en retirada, y desde la llegada de la señora Semelee hasta el día en que Felicia fue a rescatarlo no hizo más que seguir a su vecina con la mirada.

X



Los encuentros amorosos de Christopher Homm se caracterizaban porque buscaba en ellos una pequeña imitación de la monogamia. También buscaba compañía en la bebida. Cuando deambulaba por calles en las que se sentía solo, le agradaba saber que podía entrar en cualquier bar y sumarse a la pequeña compañía de quienes lo aceptaban como a uno más de la familia. En uno o dos locales hasta lo llamaban por su nombre. En otros sabían lo que tomaba y se lo servían con una sonrisa sin que tuviera necesidad de pedirlo. Era como encontrar las zapatillas en la puerta de casa al volver de noche.

—No necesito preguntarle qué va a tomar, señor Homm.

Christopher Homm irradiaba una sensación de aislamiento que impedía a los camareros y las camareras dirigirse a él con mayor confianza. Asentía y agradecía esta pequeña muestra de respeto.

Lo que más le gustaba era sentarse en un taburete, en la barra, e inspeccionar atentamente su cerveza antes de bebérsela. Se la ponía delante y la observaba como un loco o un experto. Pero nunca hacía ningún comentario, más allá de un gruñido, si el camarero le preguntaba si estaba bien.

—¿Todo bien, señor Homm?

—E e e e h…

Eso al menos denotaba supuestamente tolerancia. Era digno de ver cómo, después de un comienzo tan dubitativo, levantaba la pinta por segunda vez para vaciarla casi de un trago. Esta manera de beber se interpretaba como un remedio para un hombre deshidratado. Bien regado entonces, Christopher Homm abría los párpados pegajosos y se ponía a mirar a su alrededor.

—¿Otra, señor Homm?

Christopher Homm recibía la pregunta con desdén. No le hacía gracia que se diera por sentado que quería una segunda pinta. Era con la segunda cuando empezaba a disfrutar de verdad. Cuando se había tomado la cuarte parte, buscaba con los ojos a alguien con quien hablar. Si no había nadie desocupado y solo, el camarero se le acercaba instintivamente.

—¿Qué, señor Homm, dando una vuelta?

—Puede ser —contestaba Christopher. En una de sus veladas peripatéticas, semejante pregunta era capaz de evocar al instante las largas calles entrecruzadas entre las que elegir la tortuosa ruta con la que satisfacer sus fantasías.

—Seguro que gasta lo suyo en suelas de zapatos.

Esto lo mismo podía tomarse como un cumplido que como una provocación. Homm prefería dejarlo en el terreno de la ambigüedad. Sus largos e inquietos paseos eran conocidos por todos los camareros de los distintos bares que visitaba en el trayecto. ¿Sería un hombre de costumbres saludables, que daba aquellas caminatas animado por una especie de virtud física, o un tipo destrozado e impelido a recorrer las calles por un toque de locura? El camarero del Dragon and Garter era un irlandés bajito, demasiado cercano a la locura y a la religión para asombrarse de lo que en su cliente parecía casi milagroso. Los efluvios del bar rancio y el aroma a turba de los remotos páramos de los que venía combinaban igual de bien con una estupidez que le permitía entregarse a sus más bajos instintos. En compañía de aquel hombre, Christopher Homm se sentía reconfortado. Era como encontrarse en la silenciosa compañía de las bestias: del caballo que corcovea con exquisita previsibilidad cuando se lo lleva de un lado a otro del establo; de la vaca que muge suavemente cuando se le palpan las ubres. En el Crown, sin embargo, se sentía menos cómodo con las preguntas que le hacían. Allí, un *cockney* muy listo le guiñaba un ojo a otro cliente mientras le servía a Homm su cerveza. Allí se gastaban bromas que sumían el ánimo de Homm en un estado de amargura y deshonra más sensiblero.

—¿Otra vez de Londres a Brighton?

—Puede que dé un paseo —decía Homm, como si respondiera a una observación hecha por cortesía. Se protegía lo antes posible pidiendo otra pinta. Cuando bebía demasiado, se encontraba como en el fondo de un pozo desde el que podía mirar con un mínimo de benevolencia al camarero asomado al borde. A veces lograba reunir en las profundidades la fuerza necesaria para salir de un salto y hablar al camarero con condescendencia—. Hijo —le decía, aunque nunca antes de tomarse la cuarta o la quinta de la noche—, a ti tampoco te vendría mal un poco de ejercicio, para no parecer tan esmirriado.

Esto podía suscitar alguna carcajada contra el camarero, que era

astuto y cetrino como un ser que jamás ha visto la luz del sol. Christopher se sentía victorioso cuando el que estaba a su lado en la barra se reía humanamente y señalaba: «Te lo has buscado, y lo sabes». Y el camarero se acobardaba entonces. Cuando cosechaba una de estas victorias, Christopher se tomaba otra pinta, por magnanimidad, antes de marcharse. Después se veía convertido en un héroe hasta que cerraba la puerta y salía a la calle.

La calle parecía una esperanza y un problema al mismo tiempo. Con la cantidad de cerveza que había bebido, en realidad no tenía dificultades para andar en línea recta por la acera o por la calzada, según le apeteciese. Si la calle estaba desierta, hacía alternativamente las dos cosas, para demostrar que podía elegir. Sin embargo, a pesar de lo familiar que esta ruta se había vuelto para él, siempre tenía la sensación de que podía llegar a un sitio nuevo, y también de que el secreto de esta esperanza residía en la decisión de girar a la derecha o a la izquierda en el cruce oportuno. Intentaba no elegir los cruces racionalmente. Apretaba el paso y dejaba que un tropismo espontáneo lo llevase a girar en la esquina conveniente. Así, al menos a veces podía perderse, y eso era una felicidad. Cuando la oscuridad era intensa y las sombras lo asaltaban por todas partes, se sentía en el fondo del mar y correteaba como un cangrejo de refugio en refugio. Un árbol que se hundía en la negrura era un alga grande y oscilante. El súbito destello de unos faros era un pulpo que se le acercaba. En aquel mundo marino no debía perder sus precauciones, sino pegarse al suelo arenoso hasta que veía la posibilidad de escapar de las amenazas que lo acechaban. Y de estas humildes profundidades emergía de repente al encontrarse delante de otro bar familiar. Podía ser el Thistle.

El Thistle era un compendio de indulgencia y dulzura femeninas. Gobernaba allí una mujer a la que nadie se atrevería a tocar pero a la que todos podían admirar. Su rostro amable reconocía una necesidad universal que ella se encargaba de mitigar negándose rotundamente a satisfacerla. Sus pechos y su vientre, las nalgas a la vista en el espejo que había detrás de la barra, eran de una enormidad que descartaba la posibilidad de que fuesen reales. El vestido fino y brillante que casi ceñía sus contornos era la frontera más remota del mundo. Ningún hombre soñaba siquiera con cruzarla. Christopher Homm se apoyaba en la barra y pensaba en aquellos pechos velados como si fueran las columnas de Hércules. No había, para quien había llegado tan lejos, nada mejor que la certeza de haber topado con una frontera.

—Sería bonito estar a la orilla del mar —decía la camarera cuando entraba Homm, una noche de lluvia cegadora, y cerraba la puerta deprisa por miedo a que una ráfaga de viento barriese los vasos de la barra—. Una bonita noche de verano, quiero decir, mientras sube la

marea. Saldría a remar —añadía, con aire soñador. Y Homm veía los montañosos dedos de sus pies como si fueran cabos azotados por el oleaje—. Luego me quedaría sentada en la barca, sin hacer nada. ¿No sería precioso?

Se reía para romper el hechizo que hubiera podido ejercer en sus clientes y permitirles que pidiesen otra copa. Entonces volvía a sonreír, a nadie en particular, y era posible que dijese:

—Siempre he pensado que no me importaría vivir en un circo. En una caravana… —Y continuaba pintando el cuadro hasta que a ella misma le parecía ridículo y llegaba el momento de servir otra ronda.

A veces, Christopher Homm se rendía a estos encantos hasta el punto de esperar a la hora de cierre, y volvía luego a su cuarto con una tranquilidad que le permitía dormirse fácilmente. Pero de vez en cuando aparecía un intruso que no respetaba la magia del Thistle. Malinterpretaba las fantasías de la camarera, tomándolas por una invitación a responder con alguna obscenidad o a provocar una discusión. Esas noches, Homm volvía a sumergirse en el mar de la calle con la esperanza de encontrar un refugio más apacible.

Pero no lo encontraba. En cuanto sus ojos hechizados perdían de vista las columnas de Hércules, se veía arrastrado por una pesadilla de aislamiento. La cantidad de alcohol que a esas alturas llevaba en el cuerpo era suficiente para producirle cierta ceguera o, mejor dicho, un abotargamiento de los sentidos que le hacía ver las casas altas como torres, el tráfico pasando a toda velocidad o a la gente lo más escondida posible en sus abrigos, pero ninguna de estas imágenes pasaba de tener algo más que un vago significado superficial. En aquel estado, su propia angustia podía desbordarse totalmente y obligar a las formas de la realidad a ponerse a su servicio. Era un hechicero, pero sus formidables poderes no le daban ni una pizca de felicidad, porque esos mismos poderes que tenía sobre aquellas imágenes significaban que estaba solo.

Andaba como un hombre sobrio, aun siendo víctima de este encantamiento maligno. No era de los que se caen indignamente en una alcantarilla, sino de esa otra raza más orgullosa que, en su embriaguez, persigue algún gesto de insólita nobleza. La poca o mucha grandeza que tuviera Christopher Homm era fruto de la inspiración más pura, porque ningún tipo de plan o de complot podía cobrar forma en aquella cabeza tan espesa.

La única indicación que Homm le daba al héroe en que se había transformado consistía en un movimiento ocasional del brazo para componer el gesto de un hombre que, de haber sido capaz de articular palabra, habría dicho cosas muy nobles. Quien lo observara con atención quizá hubiera visto también una furia reprimida en sus andares, pero no la habría atribuido al heroísmo. Cuando Christopher

Homm llegaba al Acorn ya estaba borracho.

Había una buena razón para que no entrase en el Acorn antes de alcanzar aquel estado. Este bar se encontraba al final de Torrington Street, y, cuando Homm estaba sobrio, tanto el decoro como la prudencia lo invitaban a no acercarse por allí. Era la taberna que lindaba con la capilla.

«Aunque la gente de la capilla no viene mucho por aquí», reflexionaba quizá, cuando tenía un rapto de lucidez.

Christopher Homm abría la puerta del Acorn con tanta violencia que todos los que estaban en la barra se volvían a mirarlo.

Los clientes se apartaban para dejar que aquel hombre inspirado pidiese su bebida.

—Que sea una pinta, y ponle un poco de ginebra. —Cuando llegaba a estos extremos, Christopher Homm ya había tomado la decisión de internarse en el último rincón de las cavernas que se abrían delante de él.

—¿Sigue viviendo en Torrington Street? —le preguntó una noche el camarero.

Homm lo miró como si fuera a estamparle la jarra de cerveza en los dientes, hasta que la prudencia del borracho acudió en su rescate, y sonrió con amabilidad.

—Ahí seguimos —dijo, sin especificar quiénes. Y a continuación añadió—: Sobre todo la mujer y la chica. —Aunque era vago en su respuesta, daba la impresión de que ya no vivía allí.

El camarero no se atrevía a cometer tamaña descortesía, pero un cliente, que sabía más cosas de Homm que los demás, lo provocó diciendo:

—¿Por qué no vas a verlas a la puerta de al lado? Ve y cántales un himno.

Christopher Homm, que rezumaba cerveza y estupidez, empezó a murmurar blasfemias e indecencias hasta que el dueño del bar se acercó y le dijo:

—Eh, tranquilízate un poco, amigo. Aquí no queremos líos.

Para demostrar que no se amilanaba, Homm siguió soltando juramentos, como si se tratara de una tarea que no podía dejar sin terminar. Pero esta vez blasfemó en voz más baja, hasta que, quizá temiendo que alguien pudiera tomarlo por cobarde, estampó la jarra contra la barra y dijo que iba a ver qué estaban haciendo en la puerta de al lado.

No estaban haciendo nada. Ni siquiera estaban allí. Si había habido alguna reunión aquella noche, los fieles ya se habían dispersado y recogido en su píos hogares. Christopher Homm aporreó con los antebrazos la puerta pintada de verde oscuro.

—Se van a enterar esos cabrones por dejarme fuera —vociferó.

Y únicamente la lenta percusión de los cascos del caballo de un policía que bajaba por Torrington Steet le impidió ejecutar el plan que ya empezaba a formarse en su cabeza: arrancar los textos del tablón de anuncios que había al lado de la puerta.

El policía se acercó a él como a una presa.

—¿A qué viene ese escándalo? Váyase sin hacer ruido.

Christopher Homm adoptó de inmediato una actitud tan refinada que el policía empezó a dudar si de verdad estaba hablando con un borracho.

—Parece que se han ido a casa —dijo Homm—. Ah, veo que tienen la luz apagada.

El policía no podía importunar a un transeúnte tan razonable. Como un feligrés, Christopher Homm echó a andar por Torrington Street. En el número 92 había luces en el piso de arriba. Felicia estaría cepillándose el pelo antes de acostarse. La chica estaría dormida en la habitación de atrás. Christopher tenía una llave y se sintió tentado a utilizarla. Subiría y agarraría a Felicia del pelo suelto.

Esto, sin embargo, no fue un movimiento físico, sino mental. Christopher Homm no se aventuró a pasar un centímetro más allá de la cancela a la que seguía agarrado. Incluso temía moverse, no fuera a ser que lo oyesen desde dentro. Se imaginó que la cortina se retiraba y Felicia aparecía en el marco de la ventana, con su camisón blanco, el pelo suelto y un cepillo en la mano como un cetro de justicia. Sabía que si esto ocurría se quedaría clavado en el sitio mientras su vengadora bajaba las escaleras. La puerta se abriría y se haría luz. Se llevaría las manos a la cabeza para protegerse de los golpes del cepillo que seguramente le lloverían. Con este temor, se quedó quieto hasta que vio apagarse pacíficamente la luz del dormitorio de Felicia, y se deslizó entonces como un hombre en una selva, acechado por una pantera que pierde de improviso el interés por su presa. Emprendió el camino de vuelta a su guarida como si algo lo persiguiese, cuando lo cierto es que el mundo podía prescindir por completo de él.

XI



No hubo una razón más sólida para que Christopher Homm decidiera marcharse de Torrington Street que la que, en sus noches de embriaguez, a veces lo llevaba a acercarse a la puerta de su casa. Una semana como otra cualquiera, Felicia lo arrinconó y descargó toda su ira contra él, y él enseñó los dientes como una rata acorralada. Un domingo a última hora de la tarde, cuando Felicia volvió de la capilla, donde había pasado frío, encontró a su marido cómodamente instalado en casa. Aquello era una ofensa. Christopher no solo estaba cómodo, sino que había disfrutado de la ausencia de su mujer. Los periódicos abiertos y los ceniceros llenos eran la prueba fehaciente de la orgía a la que se había entregado. El lunes, Felicia decidió no preparar el desayuno de Christopher. En cuanto su marido volvió del trabajo, lo puso a arreglar los zapatos de Susan. Hecho esto, cuando él esperaba la cena, Felicia estaba enfrascada en alguna tarea y se ofendió muchísimo cuando él insinuó que quería comer. El martes, Christopher volvió a casa, desplegó el periódico encima de la mesa y le gritó a su mujer que le sirviera la cena inmediatamente. El miércoles por la tarde, Felicia no estaba. El jueves, Christopher no volvió a casa hasta que cerraron el Acorn. Convertido en un hombre poderoso, tiró las cosas de Felicia de la silla que estaba al lado de la cama para poner las suyas. Felicia dejó la luz encendida tres horas para observar en las facciones cansadas de su marido, que fingía dormir, los estragos de sus continuos reproches. El viernes, Felicia no dejó de vigilar a Christopher mientras él desayunaba, y no se sirvió el desayuno hasta que él se marchó. Esa noche organizó una reunión de amigas, para fastidiarlo. Le dejó un plato frío en la cocina y se fue a cenar y a chismorrear con las señoras en el comedor. Cuando las

visitas por fin se marcharon, Felicia se pasó una hora diciendo que estaba visto que ella nunca tenía derecho a hacer nada. El sábado, después de comer, mandó a su marido a hacer la compra a High Street. Christopher volvió de morros y con la compra mal hecha. Su mujer lo mandó a comprar de nuevo y él no regresó de esta expedición.

Puso con cuidado la cesta de la compra en el mostrador de la pescadería. Tenía intención de dejarla allí, como el soldado que, en la plaza de armas, arroja su fusil y declara que no está dispuesto a seguir sirviendo. Luego se le ocurrió que era una lástima desperdiciar la caballa. Sacó las dos caballas del paquete y se las metió en el bolsillo de la gabardina. En un rapto de lucidez, sonrió al pensar cómo se tomaría Felicia esta afrenta. Pero dejó de sonreír cuando, en el momento en que echaba a andar por la acera, vio a su mujer que venía de frente. Felicia, como una madre que se abalanza sobre un niño culpable, notó al instante que algo le pasaba.

—¿Qué has hecho con la cesta de la compra? —fueron sus primeras palabras.

Christopher sintió una rabia sumamente placentera.

—La he tirado —dijo, y esperó a ver qué efecto causaban sus palabras.

Felicia no daba crédito a semejante insubordinación.

—No seas idiota. ¿Dónde está?

Christopher repitió que la había tirado.

—Puedes ir a por ella si quieres —añadió—. Está en el mostrador.

Felicia no entendía qué estaba pasando, pero la prudencia pudo más que el deseo de saber. Entró en la pescadería con la intención de recuperar la cesta antes de interrogar a su marido.

Christopher no quería desperdiciar su rabia. Era como si una masa se estuviera horneando a fuego lento en su corazón. Sería una lástima no descargarla y sembrar la ruina a su alrededor. Dio media vuelta y siguió a Felicia, que ya volvía con la cesta de la compra colgando del brazo.

—Está vacía —dijo—. Si no has comprado el pescado, ¿dónde está el dinero?

—Sí que lo he comprado —contestó Christopher con una risotada casi tosca—. Ya no estás a tiempo de recuperar tu dinero.

Felicia se tensó de exasperación. Tuvo una sensación como si le estiraran los ligamentos de las vértebras.

—Te di media corona. ¿Dónde está? No creas que vas a gastártela en cerveza. —Y le hirvió la sangre al pensar que su marido podía estar ganando ventaja—. Si hay para caprichos serán para Sue y para mí. —Al ver que Christopher no contestaba, añadió—: Muy bien, hoy te

quedas sin cena.

Resolver el enigma de la conducta de Christopher no tenía importancia para Felicia, pero la sacó de sus casillas ver que estaba presenciando una sublevación.

—Mira bien y dame el dinero —resumió al cabo de un rato—. Lo has sacado de los gastos de la casa y quiero que me lo devuelvas.

—Te doy demasiado para los gastos de la casa. —La voz de Christopher no era la de un hombre que hace una afirmación general, sino la de quien da una explicación concreta, y Felicia detectó esta sutileza. No obstante, respondió con una disquisición sobre el precio de las cosas.

Christopher seguía preparando su sorpresa despacio. No se atrevió a pensarlo abiertamente hasta que se creyó preparado, y fue en ese mismo instante cuando tomó conciencia de lo que acababa de decirle a su mujer.

—No te daré más trabajo con la cena. Ni con el desayuno. De ahora en adelante yo me ocupo de mis cosas.

—Ya me gustaría ver cómo te ocupas de tus cosas —contestó Felicia, que no había captado la gravedad del caso—. ¿Puedo irme al cine con Sue y dejarte haciendo la cena?

No se trataba de eso en absoluto.

—No me refiero solamente a hoy. Me voy a vivir por mi cuenta.

Felicia seguía sin creerse que hablara en serio. Lo miró un momento casi sin preocupación, como si fuera él en vez de ella el que iba a pasarlas canutas.

—Me voy de casa. —Empezaba a preocupar a Christopher que, si no daba una explicación clara, su empresa perdiera de golpe toda su realidad y él acabara por volver a Torrington Street.

Buscó una acción incuestionablemente solemne, capaz de comunicar sus intenciones mucho mejor que las palabras. Tenía el plan de darle una bofetada a su mujer, pero la lucidez lo llevó a descartarlo, ante la posibilidad de enzarzarse en una pelea que le hiciera perder su libertad. Después se le ocurrió quitarse la gabardina y dársela a Felicia, como quien dice: «Me voy desnudo y sin necesidad de llevarme nada». Desechó la idea, pensando que el significado no quedaba del todo patente. Entonces se metió la mano en el bolsillo y palpó las caballas frías. Las sacó del bolsillo y las balanceó en el aire delante de la atónita Felicia.

—Aquí tienes tu cena —dijo, poniéndole una caballa debajo de la nariz—. Y esta es mía. —La cogió de la cola y volvió a guardársela en el bolsillo.

—Muy bien, llévatela. —A Felicia le gustaba la caballa, pero no parecía interesada en quedarse con aquella. Christopher la agarró

bruscamente por el escote y le metió la caballa entre los pechos. Dos o tres tenderos que estaban cerca empezaron a murmurar, escandalizados, mientras Felicia se sacaba la caballa y Christopher se perdía entre la gente.

Christopher supo escoger muy bien este gesto final para su mujer. Consiguió transmitirle, como no habría sido capaz de hacer con palabras, que aquel era un momento extraordinario y decisivo. Además, con esta barbaridad, la dejó aturdida mientras él se fugaba. Y quién sabe si su fuga no sería posible en última instancia únicamente porque, mientras Christopher subía a un autobús para largarse cuanto antes, el lado cómico de la escena le impidió tomar conciencia de las consecuencias de sus actos, que en aquel momento quizá no hubiera podido afrontar.

Pasó el resto de la tarde protegiéndose de la verdad de lo que había hecho. A la primera oportunidad, cogió un periódico para escudarse en la irrealidad de las noticias. Dejando que el asesinato de dos muchachas calara en su conciencia, consiguió recorrer varios kilómetros en el autobús sin darse cuenta de lo que había hecho. Le asistieron en su huida unas palabras con las que el periodista insinuaba que las chicas eran guapas e iban ligeras de ropa. Estuvo en peligro de volver de golpe a la realidad cuando la crónica de un divorcio lo transportó a un mundo de batas y anticonceptivos. Con ayuda de un accidente que había dejado los cuerpos de las víctimas inusitadamente destrozados, consiguió llegar al puente de Westminster.

Allí bajó del autobús y se quedó mirando el río, en cuya superficie brillante se reflejaba algo que prendió en su pensamiento y cobró por unos momentos la forma de una aspiración de futuro. Tuvo la ilusión de que iba a ser libre. Las grúas que veía a lo lejos evocaban grandes barcos y mares remotos. Recordó una vida de servidumbre que, con la perspectiva, cobraba un engañoso aspecto de dominio. A pesar de lo inútil y torpe que siempre había sido en realidad, creyó que en otro tiempo habría sido capaz de recoger un cabo en un cabrestante o hacerse a la mar con un remo. Un hombre así hacía muy bien en marcharse de Torrington Street y ocupar nuevamente su lugar en un mundo de músculos ágiles y de acción libre de preocupaciones.

Con esta falsa determinación viró de rumbo y continuó andando por el muro de contención del río. Pronto, sin embargo, tuvo que reconocer que no iba a ninguna parte y aflojó el paso. Decidió que si no podía ser un héroe de acción sería al menos un filósofo. Pero los filósofos no soportan quedarse ociosos cuando sopla un viento frío. Christopher Homm cruzó la calle, rodeó la plaza del Parlamento y dio un paseo por el barrio de Millbank. Los edificios altos oscurecieron su camino hasta que llegó a la explanada en obras de la Tate Gallery.

Subió las escaleras del museo, pero su esplendor le hizo sentirse vulnerable como una estatua desnuda sobre un pedestal. Cuando volvió la vista hacia el río no lo hizo con aspiraciones, sino con soledad. Los espacios vacíos parecían demasiado grandes para un hombre, encogido como él, que se había pasado la vida refugiado detrás de las gruesas cortinas de Torrington Street, o entre las hileras de cajas de un almacén de calzado. Además, no se sentía seguro en compañía de la gente que merodeaba a la entrada del museo. Había un par de señoras muy elegantes y un grupo de hombres y mujeres tan desarrapados como él, aunque en el caso de estas personas parecía un acto deliberado y radical, y eso denota un tipo de pobreza distinto.

Christopher Homm sabía que el museo albergaba cuadros y estatuas. Había subido las escaleras sin ningún plan preconcebido de cultivar su intelecto pero, al sentirse solo, pensó de nuevo en Felicia y se dijo que, ahora que era libre, tendría tiempo para estas cosas. Había enterrado esta ambición hacía tanto que ya no significaba nada para él. Tuvo el buen juicio de no ponerla a prueba entrando en el museo. Hizo el esfuerzo, en cambio, de disfrutar de una fantasía de cultivo futuro. El esfuerzo no fue gran cosa, y no tardó en abandonarlo cuando cayó en la cuenta de que el museo estaba a punto de cerrar. Esta fue una razón de peso para no hacer nada ese día.

Bajó las escaleras despacio y fue en busca de otras formas de libertad. Las encontró cuando empezaba a caer la noche, en las tentaciones no demasiado limpias que merodeaban entre las sombras de Pimlico. Estuvo hablando debajo de un pórtico inmenso con una chica que no sabía si él era un posible cliente o un pobre hombre con el que charlar un rato sin necesidad de encandilarlo. Christopher Homm, que se sentía moralmente obligado a pasar una noche de orgía, olvidó su inclinación natural a la virtud y trató de aclararle torpemente que era un cliente. Pero antes de dejarlo claro se acordó de que llevaba solo treinta chelines en el bolsillo y, si quería ceñirse a la decisión de no volver a casa, se quedaría sin blanca hasta el siguiente día de paga. Decidió entonces dar por terminada la conversación. La chica no se lo impidió, pues tenía la facultad de leer los bolsillos como otros leen el pensamiento. Empezaba a hacerse tarde y no quería desperdiciar la noche.

Christopher Homm se acercó paseando hasta el muro de contención del río. Tenía frío, le molestaba el viento y no encontraba ni un puesto de café donde echarse algo caliente al estómago. Los últimos autobuses pasaban por el puente de Westminster cuando se vio de nuevo allí, y habría puesto sus pensamientos en el innoble calor del hogar si el orgullo que le inspiraba su nuevo papel en el mundo no le hubiera prohibido dar la vuelta. Se quedó tanto tiempo en el borde del puente que varios policías empezaron a acecharlo como cuervos a

la espera de ver muerta a su presa. A su vez, avergonzado, Christopher Homm hizo los movimientos despreocupados y formales que, según se imaginó, haría cualquier vecino respetable de un barrio de las afueras cuando, después de haber pasado una velada sobrio, piensa en volver a la seguridad de su hogar. Echó entonces un vistazo al Big Ben y se subió el cuello de la gabardina. Pero había una pregunta que ninguna fantasía le permitía eludir: ¿dónde iba a dormir? O ¿iba a pasarse la noche deambulando por las calles frías? No sabía a qué atenerse, y ya empezaba a sumirse en una desesperación que habría podido ocasionar la intervención de la policía cuando tomó una primera decisión y enderezó la espalda. Tenía algo que hacer. Cruzó el puente con paso decidido hasta el centro del río y, acercándose al pretil, se sacó del bolsillo la caballa ceremonial y la arrojó a la oscuridad.

XII



Las condiciones que Christopher Homm terminó por encontrar intolerables eran los placeres que desean los hombres sensatos. Torrington Street, aunque un paraíso servil, había sido uno de estos placeres. Allí contaba con un buen fuego en invierno, butacas en las que hundirse más o menos cómodamente entre los muelles rotos, una mesa con mantel blanco en la que, por lo general, había comida a las horas previstas. En conjunto, Christopher Homm podía decir que allí se le servía como a un señor. Sue ya tenía edad suficiente para ocuparse de muchas tareas de las que su padre se había ocupado hasta entonces con escasa eficacia. Y Felicia, harta de la incapacidad de su marido para cumplir órdenes, puso todo su empeño en la materia más moldeable que le ofrecía su hija. El problema estaba en que en la organización de estos servicios, no menos que en los intentos de enseñar a Christopher lo que tenía que hacer, no figuraba ninguna referencia a las necesidades del propio Christopher. Es cierto que disfrutaba de algunos privilegios, y cuando Felicia se lo recordaba él no podía negarlo. Pero tenía la sensación de que incluso estos privilegios eran incómodos. No los había elegido él, a pesar de que se hubieran calculado expresamente para complacerlo. Eran los que a juicio de Felicia le harían bien. Cuando Christopher protestaba por alguna deferencia, su mujer a menudo podía demostrar que era él quien había manifestado el deseo que la deferencia en cuestión pretendía satisfacer. Christopher no tenía respuesta, aunque había una: había manifestado ese deseo en circunstancias muy distintas, cuando se le intentaba imponer alguna otra deferencia del todo superflua. No podía explicarlo, porque él mismo no llegaba a entenderlo, y de haberlo entendido no se habría atrevido a abrir la

boca, ya que eso equivalía a impugnar el criterio de Felicia. Fue así como acabó convirtiéndose en un monstruo de ingratitud.

Su evolución en esta bajeza fue firme y consistente. Cuanto más ganaba su hija en sabiduría y destreza doméstica y más lo liberaba de diversas tareas, menos valoraba Christopher las deferencias que se tenían con él. Se sentía, al contrario, víctima de un complot intolerable que sin duda desembocaría en su aislamiento. La casa funcionaba perfectamente sin más intervención de su parte que la de aportar, los viernes por la tarde, un sobre con dinero. En el fondo era un hombre inquieto y entregado a la busca de una realidad física que se ajustara a sus percepciones, y así fue inevitable que, al final, optara por construirse un mundo propio y se abstrajera de la organización doméstica en la que no se sentía necesario.

Había ciertas tareas que aún podía desempeñar sin permiso y también sin ordeno y mando. Pero no podía elegirlas. Se enmarcaban en la reducida gama de ocupaciones que Felicia, porque a ella no le gustaban, definía como más cosa de hombres. En realidad, no entraban en la idea corriente que se tiene de estos asuntos; lo que Felicia quería decir es que eran más cosa de *su* hombre que suya.

La primera de estas tareas consistía en preparar la tetera por las mañanas. Esto era más cosa de hombres por la sencilla razón de que a la delicada Felicia no le gustaba salir de la cama cuando hacía frío. Christopher bajaba las escaleras sigilosamente, porque Sue estaba en edad de crecer y no le convenía despertarse demasiado temprano, y esperaba en la cocina hasta que el agua rompía a hervir. Daba pena verlo, enclenque y con el pelo ralo caído sobre la cara de idiota que le ponían la tristeza y el sueño, incluso en verano, cuando la escasa luz dorada que alguna vez daba en la casa entraba por la ventana de la cocina. En el largo invierno, que duraba la mayor parte del año, se ponía los pantalones y un jersey antes de bajar, para no pasar frío. En cualquier época del año, se quedaba en la cocina como un hombre a medio hacer, como la obra de un escultor que ha perdido el interés en seguir modelando. Cuando empezaban a salir las nubes de vapor, abandonaba su postura de estatua, como quien vuelve en sí de mala gana. Calentaba la tetera como una obligación minuciosa. En el momento de tirar el agua que había usado para calentarla era un alquimista que manipulaba el más exquisito brebaje. Pero cuando se acercaba a la cama por el lado de Felicia, con una taza de té humeante en la mano, era una criada temerosa de atosigar o importunar a una señora que se despereza con una lentitud insolente.

Otro trabajo que podía hacer Christopher Homm era limpiar el umbral de la puerta. Esto era más propio de un hombre, porque Felicia se sentía un poco por encima de la humillación pública de fregar arrodillada. Además, el hombre que cumpliera con estas

funciones en Torrington Street estaría rindiendo a su mujer un homenaje público nada habitual. Felicia no valoraba más que Christopher las deferencias que se tenían con ella, pero sí apreciaba las que se hacían en público y presumiblemente podían elevarla en la estima de sus vecinos. Christopher ya no necesitaba que nadie se lo pidiera. Con este castigo voluntario comenzaba el *sabbath*, mientras Felicia y Sue aún seguían en la cama. Por el umbral de su puerta limpio, un poco más tarde, salían la madre y la hija para asistir al oficio en la capilla. Si la entrada no hubiera estado limpia, Felicia se habría sentido privada de una alabanza o una santidad.

Había una tercera obligación impuesta a Christopher Homm a la que su mujer, cuando hablaba con sus vecinas de los servicios que le prestaba su marido, se refería diciendo: «Yo ni siquiera lo intentaría». Esto sí era cosa de hombres. Consistía en arreglar los zapatos de la familia. La operación cobraba la forma de un breve drama en tres actos. En el primero, los zapatos que había que arreglar se juntaban como una amenaza en un lugar visible. Tras este desafío daba comienzo el segundo acto, y Christopher Homm iba entonces a los almacenes Woolworth's para comprar el caucho o el cuero necesario. En el tercer acto, cortaba, remendaba y lustraba hasta que los zapatos que estaba tratando cobraban el mayor parecido posible con los que dormían tímidamente acurrucados en las cajas de su almacén. Esta labor de artesanía habría podido ser incluso placentera, pero el mezquino rencor que le causaba el hecho de que fuera impuesta desplazaba cualquier otro sentimiento más agradable. El rencor crecía desmesuradamente en estas ocasiones, que empezaban a ser frecuentes, cuando detectaba la mano de Felicia en la organización de aquel ejército de zapatos, y aún más cuando, impaciente al ver que él no reaccionaba, iba ella misma a Woolworth's y tenía la deferencia de comprar los materiales. Esto a Christopher lo sacaba de quicio, porque no solo significaba que Felicia se estaba entrometiendo en una misión que él terminaría por cumplir tarde o temprano, aunque fuese a regañadientes, sino que además lo privaba del pequeño vicio de entretenerse mirando las chucherías y las baratijas expuestas en los mostradores de Woolworth's. Le encantaba pasear entre los relucientes artículos metálicos y seleccionar los productos fabricados en serie como si fuera un acto de discriminación elegir entre unos y otros.

Los pequeños servicios que prestaba Christopher Homm se recompensaban con creces, eso le decía Felicia muchas veces, con los que ella y su hija le prestaban a él. Él, que se sentía totalmente excluido de los planes domésticos, era en realidad el regulador pasivo de la mayoría de ellos. Tal vez no estuviera en su mano fijar la hora de una comida en particular, o el día en que se hacía la colada o la plancha, pero estas cosas se fijaban por referencia no a un antojo que

él hubiera expresado, sino a las necesidades que revelaba un estudio atento de sus actos inconscientes. Los menús se organizaban con el ánimo de ofrecerle la mayoría de los platos que en alguna ocasión hubiera disfrutado con burdo placer. Contra esta objetivación de sus apetitos y contra la traducción de un capricho en costumbre, Christopher protestaba íntimamente y hasta lo demostraba de vez en cuando con un gesto de repugnancia. El placer con que saboreaba un par de tomates fritos y triturados para acompañar sus lonchas de beicon era tan manifiesto que Felicia lo utilizaba como cebo, y lo mismo hacía Susan, siguiendo el ejemplo de su madre. La sorna que esta preferencia alimentaba en las dos mujeres a su cargo convertía la presentación semanal de este plato, cuando Felicia por fin se decidía a salir de la cama los domingos por la mañana, no tanto en un capricho como en un reproche o una tortura. La manera en que Felicia se inclinaba sobre la sartén con descuido, mientras charlaba con Sue y le dictaba todo tipo de órdenes insignificantes, no era en realidad del todo cruel y, aunque a Felicia le gustaba mucho criticar, también confiaba en que la salsa de tomate se recibiera con cierta satisfacción. No se paraba a considerar en ningún momento la cuestión para verificar su hipótesis, porque prefería las conclusiones sin verificación previa, pero también abrigaba la esperanza o la teoría de que Christopher supiera apreciar este agradecimiento por haber limpiado el umbral de la puerta.

—El umbral de la puerta está muy limpio esta mañana, ¿verdad, Sue?

Sue, que para protegerse del mal humor de sus padres recurría al método de envolverse en un manto de enfurruñamiento, asomó entre los pliegues de esta envoltura para responder que no había notado nada especial cuando había salido a recoger la leche. Felicia estaba a punto de reprochar a su hija esta falta de apreciación de lo que se le había ordenado admirar. Se lo impidió, sin embargo, la llegada de Christopher, que, a un ritmo más lento, había tenido el tiempo justo de desarrollar su propia objeción a este comentario de su mujer.

—El umbral de la puerta está como siempre que lo limpio. Cualquiera diría que es la primera vez. Lo limpio todos los puñeteros domingos.

Felicia montó en cólera y puso los platos encima de la mesa a golpes. Susan levantó la silla hasta columpiarla innecesariamente en el aire antes de ocupar su sitio y se apoltronó luego con insolente alboroto. Christopher se sentó con cuidado y fulminó con la mirada el plato que tenía delante. En vez de bendecir la mesa, rezaron, por así decir, tres plegarias individuales al diablo. Felicia se alteró y se vio en el deber de dictar ciertas normas. Adoptó un tono de súplica que a los otros dos les pareció especialmente ofensivo.

—Comed antes de que se enfríe —dijo.

Y la respuesta de Christopher fue un grito:

—¡Otra vez los malditos tomates!

Felicia se sintió dolida. Contestó que era el desayuno favorito de su marido y que lo había hecho exactamente tal como a él le gustaba.

—Estoy harto de los malditos tomates —dijo Christopher.

Felicia pensó que lo mejor que podía hacer era tranquilizarse y moralizar.

—No hables así delante de Sue.

Y la manera de acatar esta petición por parte de Christopher fue recurrir a la extravagancia. Cogió el plato y tiró al suelo los tomates y el beicon.

—Que se los coma el gato —murmuró, en un tono que más que una frase articulada era un pensamiento en voz alta.

El esplendor de la ira de Christopher le recordó a Sue su obligación. Se sometió y se puso a desmigar el pan con una mano. Luego vio una forma fácil de cobrar una legitimidad superior a ojos de su madre, y empezó a tomarse el desayuno metódicamente.

Felicia escogió este momento para soltar unas lagrimitas. También ella había renunciado a la esperanza de comunicarse a través del lenguaje, aunque ya tendría que saber por experiencia que derramar agua por los ojos no le reportaría ningún beneficio. Su marido no interpretaba esta actuación como una señal de sufrimiento, sino de perversidad. Había en el llanto de Felicia un esfuerzo consciente, y Christopher se creyó inteligente al detectarlo. Hizo caso omiso de la angustia involuntaria que acompañaba el esfuerzo, porque reconocerla habría equivalido a reconocer su propia crueldad, y él prefería verse como un inocente atacado por los tiranos. Ni el marido ni la mujer estaban dispuestos a poner a prueba el efecto de la humildad limpiando amablemente el revoltijo del suelo.

Al ver el desayuno en un sitio donde no podía tomárselo sin humillarse, Christopher se había quedado sin ocupación. Habría podido comer un poco de pan con margarina, claro, pero eso era mortificante para un hombre que había limpiado el umbral de la puerta. Esperó unos segundos sin moverse y empezó a entrarle pánico, en aquel estado de inacción, a hundirse en alguna modalidad de derrota. Así que retiró la silla y, sin decir palabra ni probar bocado, se marchó a la cocina. Allí se pertrechó con varias herramientas, subió las escaleras a pisotones y se encerró en el dormitorio que era el suyo y el de Felicia. Se le oyó arrastrar los muebles, para alarma de su mujer, incluso de Susan, a quien su madre mandó enseguida a ver qué pasaba.

—Sube a ver qué está haciendo tu padre.

Su padre, que había previsto esta indagación, había puesto el ropero delante de la puerta. Susan tuvo que conformarse con llamar y hablar a través del grueso parapeto de madera y ropa.

—Papá, mamá dice que qué estás haciendo y que bajes.

Como respuesta, Christopher arrastró la cama haciendo un ruido tremendo. Este gigantesco movimiento físico tuvo en Susan el efecto de la amenaza del trueno para alguien perdido en las montañas. Sintió como si el cielo se encendiera con la furia de su padre.

No entendía exactamente qué estaba pasando, ni por la cabeza de su padre ni en el dormitorio, pero la casa estaba llena de malos espíritus y ni siquiera la obediencia con que se había tomado el desayuno podía protegerla o purificarla. Cuando volvió con su madre tuvo la sensación de que tampoco en ella encontraba seguridad. Felicia se había convertido en un caldero en el que hervían extrañas pociones.

Madre e hija no pudieron ir a la capilla esa mañana, porque el mejor sombrero y el abrigo de Felicia estaban en el dormitorio atrincherado y no quería suplicar que se los diera. Decidió, pues, hacer limpieza a fondo en el piso de abajo, lo cual tendría la ventaja de que, cuando Christopher decidiera aparecer, ella podría aparentar razonablemente que estaba demasiado atareada para prestarle atención. Además, Christopher se encontraría la planta baja manga por hombro y no tendría dónde sentarse a leer el periódico dominical. Felicia trabajó con ahínco hasta ponerlo todo incuestionablemente inhabitable. Luego rebajó un poco sus esfuerzos. Sería un error ordenar demasiado pronto.

A eso del mediodía se oyó un nuevo movimiento de los muebles, y Christopher salió del dormitorio. Cuando Felicia, con un pañuelo en la cabeza, se encontró con él, se llevó un chasco al ver que también su marido tenía pinta de haber estado trajinando. Así, se vio privada de la gloria de su laboriosidad superior. Christopher dio media vuelta y subió de nuevo las escaleras. Felicia lo siguió. Christopher había cubierto la cama con una de las mejores sábanas de su mujer y había raspado la mayor parte del papel de las paredes. Todo estaba cubierto de trozos de papel mezclados con pegotes de yeso.

—Pero ¡bueno! —Felicia se quedó perpleja ante aquel indignante buen trabajo. Entró en el dormitorio y empezó a recoger y a sacudir prendas de ropa, hechas un asco, que no eran aptas para que nadie las viera.

Christopher disfrutó del escándalo que había provocado.

—¿No era lo que querías que hiciera? —dijo.

XIII



El hogar que era el escenario de tanta dicha había estado, antes de la deserción de Christopher, a punto de irse a pique, no por falta de amor o de paciencia, sino por falta de dinero. No quedó claro si fue más un triunfo o una derrota el hecho de que Christopher, al principio como prueba y experimento y después con todas las trazas de un acto deliberado o al menos constante, se asentara en su empleo del almacén de calzado. De este empleo dependía el sostén de la familia, y Christopher Homm experimentaba cierto orgullo reticente en el hecho de ser su proveedor. Por otro lado, desarrollar un trabajo estable conllevaba el abandono de la tozudez natural en la que tenía por costumbre pensar que residía su libertad, incluso su vida. Pero, tanto si Christopher Homm era en esta paz un vencedor o uno de los vencidos, Felicia tuvo la oportunidad de subirse a un coche triunfal en el que confiaba desplazarse hasta el fin de sus días.

Era el temor al triunfo de su mujer lo que durante tanto tiempo había impedido a Christopher Homm desempeñar este buen trabajo. Cuando, debilitado por las exhortaciones de Felicia, llegó al extremo de anunciar que iba a buscar un empleo estable, su primera medida fue instituir una visita diaria a lugares donde se anunciaban trabajos que tenía pocas probabilidades de obtener. Desdeñaba los tablones que, entre anuncios de pisos en alquiler y carritos de bebé en venta, ofrecían de vez en cuando un puesto para un hombre habilidoso. Su lugar predilecto era la biblioteca pública. Entraba en la sala de prensa con una mezcla de alivio y malicia. El alivio se lo daba en parte la sensación del deber, si no cumplido, al menos teóricamente a punto de ser ejecutado; y en parte el puro placer de encontrar un refugio tan tranquilo en comparación con el desorden de la calle. La malicia

residía en la íntima certeza de que no tenía intención, ese día, de cumplir con su deber, y en la sensación de que en cierto modo estaba engañando a Felicia.

Cuando entraba en la sala de prensa, se fijaba sobre todo en el suelo de madera, que parecía polvoriento a pesar de que la andrajosa mujer de la limpieza lo había barrido esa misma mañana. Al poner sus ojos en él veía igualmente en las patas barnizadas de las mesas y las sillas no tanto las marcas de patadas como las rozaduras de una larga sucesión de pies. Reparaba también en los bajos deshilachados de los pantalones de franela viejos y los zapatos agrietados por el uso y la falta de betún, y, a veces, las medias y las venas varicosas de las lectoras de mediana edad. Cuando levantaba la vista era para encontrarse con gente apartada del mundo del trabajo estable y el sueldo bien ganado mucho más a conciencia que él. La mayoría de los periódicos, al poco de llegar, cobraban un aspecto tan ajado como sus lectores.

Christopher Homm, en aras de apaciguar su conciencia tanto como en la persecución de su maligno placer, no perdía ni un instante en pasar a las columnas de anuncios. En su inútil rigor, no descartaba los periódicos importantes, donde se publicaban los anuncios dirigidos a los caballeros que organizaban, si no gobernaban, el mundo. De este modo podía asombrarse a diario de los sueldos ofrecidos por gente que jamás lo aceptaría en sus lucrativos chiringuitos. Cuando salía de su asombro, descendía al universo de los diarios vespertinos y finalmente de los locales, pero cada vez que veía una oferta a la altura de sus posibilidades le encontraba alguna pega que le impedía aspirar al puesto.

Cuando consiguió el empleo fue por uno de esos actos que parecen fruto de la decisión pero que en realidad representan el deshielo definitivo de la duda. Después de su visita a la biblioteca, volvió a casa deambulando por una calle secundaria en la que, a continuación de una hilera de ventanas diminutas, se alzaba una enorme tapia de ladrillo a lo largo y a lo alto. A medio camino, la tapia se interrumpía por un portón verde del tamaño suficiente para que un camión de reparto pudiera entrar en un patio adoquinado. Era la primera vez que Christopher Homm veía este portón abierto. Y a la vez que el portón vio también un anuncio, escrito con tiza en un trozo de cartón recortado de una caja de zapatos.

«Se necesita clasificador.»

Christopher no sabía qué significaba. Parecía como si aquel recinto tapiado, tras el esfuerzo de abrir sus enormes mandíbulas, solo acertara a hablar de una manera mínimamente inteligible. Uno entendía que allí se necesitaba algo, pero a nadie le quedaba claro de qué necesidad se trataba. Fue quizá la imperfecta formulación del

anuncio lo que atrajo a Christopher Homm y le hizo sentirse en presencia de una inteligencia no más lúcida que la suya. Sin dudarlo un segundo, entró en el patio.

El señor Wilson estaba mirando por la ventana de su despacho. Tenía unos ojos que, separados por el doble cristal de las gafas y la ventana, parecían caracolas o conchas. Y, en efecto, al verlo allí, la cara entera le pareció a Christopher una forma plana: una especie de caparazón o de liquen que crecía en la pared de la oficina. El recinto cobró entonces un aspecto submarino. Christopher era un pez venenoso y fosforescente en aquellas aguas tropicales, y transformado en este personaje fue como se acercó nadando hacia el señor Wilson. Al principio tuvo la sensación de que este se aplastaba un poco más contra la pared, como un organismo primario que intenta protegerse. Luego, sus ojos y sus labios se hincharon conforme el habla crecía dentro de él y, en el mismo instante en que empezó a emitir sonidos articulados, el señor Wilson se disolvió en mera humanidad y el agua se volvió aire.

—¿Qué hace mirando por aquí? —preguntó.

Christopher Homm respondió como el más digno y racional de los buscadores de tesoros, con la cantidad de recato justa para pasar por natural en un hombre que, normalmente acostumbrado a tener un trabajo estable, no sabía cómo ofrecer su mano de obra.

—Vengo por ese puesto que tienen —dijo.

El señor Wilson bajó al patio despacio. Por un momento dio la impresión de que iba a contradecir a Christopher Homm, a negar que allí hubiera ningún puesto vacante. Luego pareció que rastreaba en su pensamiento, como si algo de eso estuviera perdido en alguna parte. Por fin pareció que lo encontraba. Ni siquiera entonces abrió la puerta a un acuerdo. El siguiente impulso del señor Wilson fue contestar que Christopher no era en realidad la persona que buscaban, pero Christopher se había vuelto tan dócil que resultaba imposible alegar nada en su contra. El señor Wilson, siempre dispuesto a ceder a una flaqueza indistinguible de la bondad, dijo que le ofrecería un período de prueba.

—Pero hay que trabajar —añadió, con la pomposidad de quienes están en posición de pronunciar estas palabras insinuando que el trabajo es algo que solo puede confiarse a unos pocos. Los ojos redondos del señor Wilson siempre expresaban asombro por las cosas corrientes, y nunca se ponía tan enfático como cuando enunciaba una verdad tan obvia que casi sobraba decirla. Se imaginaba que los principios latentes de la realidad desaparecerían si no llamaba la atención señalándolos, como si de este modo dotara de huesos a un animal incapaz de ponerse en pie sin sus insignificantes observaciones —. Lo que tiene que hacer es llevar el registro de los zapatos que

entran y salen. Si se equivoca, no le cuadrarán los números. Eso significa que hay que poner la máxima atención.

Los labios de Christopher Homm empezaron a dibujar una curva de tremendo desprecio ante tamaño alarde de estupidez. Estaba a punto de levantar la voz y espantar a aquel hombrecillo, para que volviera a su despacho, cuando se le ocurrió que aquel era un trabajo que le permitía ser mejor que su jefe. Además, en los rincones del almacén, detrás de la oficina, vio un refugio que podía hacer suyo. Por eso, en vez de liarse a dar gritos, preguntó con mucha educación cuál era el salario.

Este era otro asunto con el que señor Wilson se crecía. A modo de preparación de su respuesta, aumentó varios centímetros de estatura, de anchura y hasta de profundidad. Pero su densidad disminuyó. De hecho, por un momento pareció como si esta inflación pudiera terminar por derribarlo como un objeto sin peso suficiente para sostenerse.

—El dinero no lo es todo en un trabajo como este —dijo—. Lo que quiero saber es si cree usted que puede hacerlo bien.

Christopher Homm echó un vistazo a las hileras de cajas y tomó conciencia de las numerosas posibilidades de error. Pero su respuesta, lo mismo que la pregunta del señor Wilson, fue una manifestación de voluntad antes que de la facultad que pudiera tener para detectar la verdad. Si el señor Wilson se crecía con sus amenazas, Christopher Homm lo atacaría en legítima defensa.

—Yo diría que es lo mío —contestó. Estaba decidido a conseguir el trabajo y vio que el señor Wilson era un hombre débil y que podía convencerlo si seguía hablando—. Tengo mucha experiencia en clasificar distintas cosas. Claro que usted podría decirme que estoy acostumbrado al trabajo de oficina. Pero no tengo ningún inconveniente en cargar y mover cajas. —Ahora era Christopher quien condescendía desde una altura inmensa.

El señor Wilson se mostraba cada vez más dubitativo cuanto más hablaba Christopher Homm y, no obstante, cada vez más alejado de la idea de negarse a contratarlo. Se dejaba seducir por cualquiera que supiera plantearle conclusiones previsibles.

—Y creo que también podría poner un poco de orden —añadió Christopher, mirando varias cajas tiradas en los pasillos que deberían estar despejados entre las pilas de zapatos.

Esta última frase fue un halago que el señor Wilson saboreó especialmente, y esa noche le contó a su mujer que su nuevo empleado había dado muestras de tener una inteligencia notable. La señora Wilson, que conocía a su marido, lo desconcertó con su respuesta:

—Supongo que te ha visto muy ocupado.

Eso era cierto, pero el señor Wilson tuvo que señalar, cómo no, que no hacía falta demasiada inteligencia para darse cuenta de eso. Le había ofrecido el puesto a Homm porque, a la larga, le resultaría rentable contratarlo. La decisión final había sido una violación más que un compromiso de matrimonio.

—Supongo que es un poco tarde para empezar ahora mismo —había dicho Christopher Homm—. Vendré después de comer.

Cuando Homm ya se había retirado, el señor Wilson se sentó en su despacho y no supo si se atrevería a rechazarlo cuando volviera. Incluso pensó en levantarse, cerrar las dobles puertas y quedarse de pie con el oído pegado, fingiendo que no oía la llamada de Christopher. Al fin y al cabo era un gasto. Pero el gasto no era nada comparado con la dificultad de revertir lo que ya parecía ineluctable. Wilson había puesto el cartel de «Se necesita clasificador» en un momento de inmensa autocompasión. Abrumado por este sentimiento, había dejado su enrevesada contabilidad en el despacho para poner el cartel en la puerta como demostración pública de que sus obligaciones eran muy superiores a lo que un hombre podía soportar. Y este gesto, meramente dramático, había cobrado ahora las aleccionadoras características de la vida real. Tenía consecuencias incluso para su bolsillo. Esta reflexión le sirvió para ocupar el tiempo hasta el regreso de Christopher Homm.

Christopher se sentía más intrépido que nunca, porque había estado presumiendo en casa y tenía ciertas dudas de cómo lo recibiría su jefe. Como póliza de seguro a todo riesgo, le había advertido a Felicia:

—Ten en cuenta que es un tío evasivo y nunca se sabe por dónde puede salir un hombre así.

Había hecho tanto hincapié en esto que Felicia no se creyó que hubiera encontrado trabajo.

Cualquier realidad se resentía si Felicia no era capaz de creérsela, pero pensó que el trabajo tal vez llegara a existir si lograba creérselo, así que apretó los labios y sirvió la comida en la mesa.

Christopher vio que sus comentarios sobre el señor Wilson se habían interpretado como un simple pretexto y fue de nuevo al almacén con la intención de que los acontecimientos se desarrollaran de tal modo que, cuando volviera a casa al caer la tarde, pudiera confirmar que su jefe era efectivamente evasivo aunque incapaz de enfrentarse a la fuerza moral de su nuevo empleado.

—¿Por dónde empiezo?

Christopher hizo esta pregunta como un hombre diligente y acostumbrado al trabajo. El señor Wilson se alarmó, al pensar que

tendría la incómoda obligación de parecer eficiente ahora que se codeaba con un tipo tan listo. Tuvo la sensación de que lo despertaban bruscamente y lo sacaban de la cama.

Se levantó y se puso el lápiz detrás de la oreja con el aire de quien ajusta un mecanismo fundamental antes de ponerse a pensar. Luego, se dirigió al almacén con desesperación, viendo que a pesar del ajuste que acababa de hacer el mecanismo no funcionaba instantáneamente. Después, como si tuviera una inspiración, se acordó de que, en teoría, las cajas estaban colocadas por tipos y tamaños. Aunque muy pocas habían encontrado su sitio exacto, en algún momento había trazado un pequeño plan para indicar dónde deberían estar. Y fue con esta disposición teórica, sin ninguna base real, como comenzó su disertación.

Christopher Homm seguía su elocuente ministerio entre las hileras de cajas sin prestar atención a las disquisiciones, dejando que le calaran como la llovizna. No las entendía, pero se daba cuenta de que no concordaban con el desorden del almacén. El señor Wilson siguió recorriendo los pasillos y creciendo en elocuencia mientras Homm, a su lado, esbozaba poco a poco una sonrisa de incredulidad y triunfo.

XIV



Encontrar un empleo estable en el almacén significó para Christopher Homm renunciar a una idea de sí mismo. Llevaba algunos años con trabajos informales y esporádicos porque había elegido creerse profeta. Denunciaba la sociedad no en nombre de Dios —a quien declinaba conocer—, sino de un conjunto de abstracciones que utilizaba como un velo interpuesto entre sí mismo y la Divinidad. Estas cualidades o simples sustantivos eran como pancartas tendidas de extremo a extremo del cielo. Humanidad, justicia, libertad: las palabras brotaban a borbotones de sus labios cuando subía a su tribuna para dirigirse a quien estuviera dispuesto a escuchar.

Los dispuestos no eran muchos. Se aferraba al atril de madera con los dedos largos y finos, de tal modo que el cuerpo parecía suspendido sobre la pequeña tribuna portátil, pero la cabeza que asentía por encima del atril no ponía el fervor suficiente para captar la atención del público demasiado tiempo. Más que arengar a su audiencia parecía expresar su propia angustia. Son pocos los entendidos en este arte romántico.

—La situación de la humanidad —y la gente que pasaba por delante le parecía un rebaño de ovejas— es un asco. Si no quieren hacer nada más que seguir como están —y los veía ir de un lado a otro, atareados en sus asuntos, sin apenas prestar atención a un predicador tan extravagante—, ¿qué esperan? —Su resentimiento crecía—. ¿Qué esperan? Se dejan pisotear —y las abuelas tranquilas, bien alimentadas, benévolas al menos consigo mismas, lo miraban, sorprendidas, cargadas con sus cestas de la compra camino de su batalla cotidiana—, y seguirán pisoteándolos si no están dispuestos a… —Era en el momento en que sus denuncias deberían ir seguidas de

un posible remedio cuando los discursos de Christopher Homm se volvían más vacilantes. Su pequeño grupo de colaboradores se había reducido precisamente porque Homm no era capaz de sostener por mucho tiempo la fe en ninguno de los remedios comúnmente preferidos y tampoco tenía el ingenio o la astucia suficientes para inventar los suyos propios—. Si no están dispuestos, como digo —proseguía a voz en grito después de una pausa—, a romper con eso, seguirán como ahora hasta que se pudran.

Uno de los seguidores habituales de Christopher Homm era un hombre de pelo ralo, con gabardina, que se ponía debajo del atril mirando en la misma dirección que el orador, de manera que el transeúnte que se detuviera un momento a escuchar tenía que armarse de valor para soportar no solo los vehementes movimientos de la cabeza del orador, sino la mirada de idiota del acólito. Normalmente, estos transeúntes no sabían si el que estaba en la tribuna era un político o un hombre religioso, y normalmente se veían impelidos a seguir su camino en cuanto lograban resolver el dilema. En la cabeza de Christopher Homm, sin embargo, no cabía la menor duda. Él era, eso pensaba, un reformista práctico.

—La humanidad no necesita palabras —decía en una de sus peroratas favoritas—. No necesita charlatanes. Ya hay demasiados en el mundo. Lo que necesita es hechos, y entonces la gente tal vez comprenda que es posible hacer algo. —Pero cómo, o quién o qué eran cuestiones que el orador callaba o al menos no especificaba—. Alguien tiene que empezar en algún momento, y, cuanto antes, mejor para todos.

De vez en cuando, alguien que sabía algo de la historia de Homm aparecía en ese momento y empezaba a interrumpirlo.

—¿Quién intentó pararlos cuando ya habían empezado?

Esta pregunta daba un nuevo giro a la perorata. Adoptaba una benevolencia asustada y agresiva. Los dedos que sujetaban el atril se volvían blancos. Intensificaba los movimientos de la cabeza para abarcar mejor al público.

—Amigo mío —respondía—, si alguno de tus compañeros hubiera hecho la mitad de lo que he hecho yo por la causa de la humanidad, ahora estaría a su lado. Pero, si un hombre me dice —(y algunos se lo habían dicho) añadía, en el tono de quien hace una confidencia vergonzosa— que nunca existirá la libertad hasta que ellos se salgan con la suya, ese hombre —y en la mente del orador el singular definía al semicírculo que lo rodeaba como una manada de lobos—, ese hombre es un embustero y lo digo delante de todo el mundo.

—¡Deja ya de babear y baja de ahí! Los trabajadores de este país saben cómo tratar a un traidor a su clase.

A veces, las proclamas de Homm llegaban a prender este fuego en

el rostro de un fanático que no sonreía, aunque lo más frecuente era que nadie se interesara gran cosa por lo que decía o llegara a discernir a quién podía traicionar o ser leal un orador tan vago.

Cuando por fin bajaba de la tribuna, Christopher Homm parecía agotado. Desmontaba la tribuna y el atril con ayuda de su acólito y se llevaban el equipo al local del comité, a la vuelta de la esquina.

Lo llamaban el local del comité porque esta denominación tenía cierta dignidad, aunque de hecho no existía ningún comité, a menos que Christopher Homm, el acólito y el zapatero en cuyo taller guardaban la tribuna constituyeran tal cosa. El zapatero rara vez salía con ellos, y, si lo hacía, era camuflado con su mejor traje y un abrigo, para que ninguno de sus clientes pudiera reconocerlo. Así, la vida que llevaba al margen de las relaciones que tenía a través del mostrador era una vida solitaria. El zapatero era un hombre reflexivo, con gafas de acero, y, como su aislamiento le había vuelto tímido, le gustaba creer que Christopher Homm era el emisario capaz de difundir sus pensamientos al mundo. Era consciente de que ninguna realidad se ajustaba demasiado a esta idea y de que el hombre que se llevaba su tribuna a la calle no tenía la capacidad de comprender, y mucho menos de reproducir, las ideas que se encendían intermitentemente en su cerebro mientras iba cogiendo uno a uno los clavos que se ponía entre los labios para clavarlos en el zapato que tuviera en la horma. Pero no por irreales eran las misiones de Christopher Homm menos objeto de emoción y preocupación para el zapatero. Seguían siendo una recreación ceremonial del envío de la paloma desde el Arca de Noé. Contra toda esperanza, el zapatero esperaba que, algún día, el carácter ceremonial de estas acciones se imbuyera de una realidad asombrosa. El Arca incluso quizá pudiera tocar tierra en el monte Ararat.

El zapatero apartaba la vista de su montón de zapatos cuando Christopher Homm entraba en el taller. Christopher cobraba su máxima relevancia en ese momento, aunque tuviera la sensación de que su relevancia no era más que un símbolo hueco. El mero hecho de representar algo importante, sin comprender exactamente qué, hacía soñar a Christopher Homm, y su relevancia especial se veía subrayada por la actitud del acólito que, en aquellos momentos, se detenía respetuosamente en el umbral de la puerta, con un aspecto tan vacuo que una ráfaga de viento podía llevárselo volando.

—¿Habéis tenido mucho público? —El zapatero estaba sinceramente impaciente por conocer el destino de su mensaje.

—Unos cuantos. —En un tono que daba pie a añadir—: Más de lo que esperábamos.

El zapatero tenía el hervidor a punto y, mientras Christopher Homm y su compañero guardaban el atril, puso el té en una tetera

rechoncha, de esmalte azul, y dejó tres tazas en una esquina del mostrador. Esta era la señal de que se estaba preparando para un debate filosófico.

A la vista de estos preparativos, Christopher Homm cobraba de inmediato un aire más importante y más inseguro. Le halagaba que se dirigieran a él como estaban a punto de hacerlo, pero ¿por qué le ocurría que, en presencia del severo y encorvado zapatero, se convertía siempre en un mero oyente?

—La mente —empezaba a decir el zapatero— se parece al cuerpo más que a nada. Si saliera a la calle desnudo —y el zapatero miraba por el sucio cristal del escaparate como si de verdad considerase semejante barbaridad—, al momento me agarraría un poli y me encerraría. Pero eso no es más que naturaleza. Lo mismo sucede con la mente. Si salgo ahí fuera, vestido con un montón de mentiras, nadie se dará cuenta. Pero si desnudo mi mente como…

El zapatero continuó esbozando la existencia de una conspiración social dirigida contra Homm y contra él, los supuestos vehículos de la verdad inefable. En cuanto un hombre lograba algo, dejaba de ser parte de la persistente no entidad en la que únicamente residía el valor. Todo lo logrado se lograba a expensas del protoplasma básico; todo lo expresado se expresaba con una voz que, por ser la de una persona, no podía dar cuenta fiel de algo tan impersonal. Las gafas del zapatero parpadearon: cobró la apariencia de un destello en un mar por lo demás homogéneo. Su cabeza y sus hombros sobresalían del agua y, poco a poco, levantaba su ondulante forma completa. Entonces comprendía que, con semejantes reflexiones y elocuencia, también él se volvía falso y, con un gesto levísimo, volvía a sumergirse en la masa gris, y Christopher Homm se encontraba entonces delante de un hombre tan quieto que bien podía ser un simple trozo de cuero.

La elocuencia de Christopher Homm, por una larga costumbre política, se orientaba siempre a alguna acción que pudiera arreglar el mundo. No tenía un especial afán de notoriedad, pero la elocuencia se caracteriza por su capacidad de enardecer al orador. Escuchando las serenas palabras del zapatero, se sentía acusado.

En el momento en que Christopher Homm bajaba de su tribuna en la esquina de la calle, se abría una brecha en el tiempo, porque sus vibrantes palabras chocaban con el silencio subsiguiente. Sin embargo, el silencio que seguía a las palabras del zapatero parecía una conclusión lógica además de temporal.

Christopher Homm encajaba difícilmente esta conclusión, pues, aunque esperaba encontrar su dicha en la paz, esta paz se parecía demasiado al vacío. Se marchaba inquieto y se alejaba del filósofo como de un gigantesco ente impersonal. El acólito se esfumaba como si fuera evanescente y Christopher Homm emprendía su camino de

vuelta a Torrington Street.

—¿Otra vez has estado soltando peroratas por ahí? —Felicia no veía que esto contribuyera gran cosa a liberarla de las preocupaciones que la asaltaban. Un fajo de libras, pensaba con mezquindad, sería más útil para el espíritu humano.

Era un alivio para Christopher Homm verse envuelto de nuevo en una batalla personal. Los espacios vacíos de la filosofía del zapatero se llenaban de pronto con el cuerpo grande de Felicia y su espíritu poderoso. Parecía que su mujer levantara una frontera física en cuyos límites él podía moverse y luchar, a la vez que respiraba en el universo de sus propias percepciones una sustancia ineludiblemente humana. Sabía que no podía formular sus abstracciones en presencia de su mujer. En vez de eso, se enzarzaba en un combate de orgullo.

—Tú las llamas peroratas —contestaba—. Solo piensas en qué vas a comer y qué sombrero ponerte.

—¿Es que a ti no te preocupa la comida? Serías el primero en quejarte. Es un milagro que consigas traer a casa el poco dinero que traes.

Las acusaciones de Felicia eran injustas, porque Christopher Homm estaba tan perdido en sus estupideces que casi le daba igual lo que comiese.

—Y eso de los sombreros —añadía Felicia, con la sensación de pisar un terreno más firme y llena de legítima amargura—. ¿Cuánto hace que no me compro un sombrero nuevo? ¡Años! No tengo más remedio si no quiero que Sue vaya al colegio como una pordiosera.

Esto lo decía con intención de herir. Felicia sabía que la filosofía no significaba nada para Christopher al lado del destino de su hija, y no paraba de buscar qué era lo que él seguía no obstante predicando mientras la niña se pasaba sin ello. Sucedía que Christopher se había adherido tanto a su filosofía que no estaba dispuesto a ofrecer nada superfluo, ni siquiera a su hija. En esta época, su vida era de un puritanismo estricto.

Christopher y Felicia pasaban horas discutiendo y alimentando mutuamente su rencor. Reanudar esta larga disputa reconfortaba a Christopher, pues en ella encontraba objetivos más concretos y su mundo se volvía temporalmente inteligible.

XV



Antes de descubrir los placeres de expresar sus pensamientos o de sentir el escalofrío de la confrontación filosófica, Christopher Homm se había permitido participar en comités y conspiraciones. El «local del comité» que frecuentaba por aquel entonces estaba poblado por auténticos profesionales de la intriga. Se sentaban alrededor de una mesa de cocina grande y cubierta con un mantel verde, con las manos encima de la mesa, concentrados como un grupo que espera la intervención de un médium. Las figuras oscuras se individualizaban únicamente cuando hablaban, y volvían a sumirse después, por así decir, en la sustancia de la conspiración.

El presidente era un hombre que había sido guapo pero ahora tenía la piel hinchada y caída, como llena de un líquido denso, y esto daba a la cara y al conjunto de su cuerpo sentado la forma de una pera. La boca era de las que se complacen en denunciar las opresiones. Cuando introducía un tema de debate, su semblante parecía casi inmóvil; reservaba su vitalidad para el desprecio con que debía responder a las intervenciones de sus compañeros de conspiración.

Con las manos entrelazadas delante, apenas abría los labios para decir unas palabras. Estiraba las manos hasta el centro de la mesa y allí las dejaba, como ratones para cinco gatos a la espera de jugar con ellas. Los demás se quedaban un momento callados; hacía falta valor para ser el primero en tomar la palabra después del presidente. Luego, un hombre calvo, con postizos de pelo crespo encima de las orejas, cobraba visibilidad y levantaba la cabeza grande y tosca. La máscara reflejaba la inconsciente determinación de la vanidad. No señalaba una convicción firme, sino una ambición personal. Los titubeantes comienzos del orador no eran más que la duda de cómo golpear con

más fuerza. Con este truco ocultaba que iba a atacar al presidente, porque él no podía sentarse a una mesa con ningún superior. El presidente se pasaba la punta de la lengua por el labio superior como señal de que captaba la amenaza sin inmutarse. Ese era el momento en que estaba más cerca de sonreír.

El contendiente recogía las palabras del presidente y las lanzaba amablemente al aire. No había en este movimiento un ánimo asesino ni definitivo. Era el primer movimiento formal de una partida de ajedrez, como gambito de rey. Después de esta apertura se detenía. Aún era pronto para cantar victoria, pero quería dejar claro a los demás conspiradores que la cuestión estaba zanjada. El hombre sentado a la derecha del presidente se acercaba imperceptiblemente a su superior para declararle su lealtad. El vecino de este hombre echaba en la misma dirección una mirada que, de no haber sido fugaz, habría parecido insolente. El que había lanzado el reto parpadeaba con un solo ojo para darse por enterado: él también tenía un aliado. Los ojos de los cuatro hombres se volvían de repente hacia Christopher Homm. Era su voto el que inclinaba la balanza.

Las articulaciones flojas de Christopher Homm ya habían empezado a estremecerse. La piel manchada y clara que las cubría se tensaba entonces, y labios y párpados temblaban un instante mientras su dueño elaboraba una idea. Tenía la debilidad de un hombre que únicamente puede ejecutar semejante hazaña bajo el estímulo de una emoción. En ese momento se encontraba a merced de una indignación del todo inútil.

Cuando sus compañeros de conspiración detectaban que estaba simplemente indignado, se relajaban y se daban el lujo de despreciarlo. Con independencia del bando al que Homm decidiera apoyar, lo que se decía con superioridad moral no contribuía a avanzar en el debate. Los demás veían que cualquier discurso que pudiera pronunciar serviría solo para darles tiempo de preparar la batalla final de todos contra todos. Christopher Homm, sin embargo, no era consciente de su irrelevancia. Se le alargaban y se le afilaban todos los huesos longitudinales del cuerpo. Estaba a punto de permitirse un acto de heroísmo y tenía miedo. Sus manos, cuando las movió en el aire, se dividieron en dedos hasta la muñeca. Debajo de la chaqueta traslúcida se le marcaban las costillas que enjaulaban un corazón palpitante.

Era este corazón, más que su lengua inoportuna y torpe, la sede de la elocuencia de Christopher Homm. Su discurso era ardiente aunque insustancial. La poca o mucha certeza que tuviera no se correspondía con el tema en discusión sino con un mundo que vislumbraba tan vagamente como sus compañeros. Sobre las cuestiones que allí se dirimían, Homm solo podía ofrecer errores, tergiversaciones y

vituperaciones. Era consciente de su nobleza en esta confusión. Gesticulaba con las manos, asentía con la cabeza, sus ojos parecían inyectados de sangre. Sus compañeros de conspiración se tranquilizaron mientras Homm hablaba. Al menos podían unirse para despreciarlo.

Cuando el presidente tomó nuevamente la palabra después de oír las atrocidades de Christopher Homm lo hizo casi de buen humor. La pasión de aquel ingenuo había alterado la maldad de la agenda. El mal no podía ser perfecto hasta que se desalojaba, y eso sería una operación en sí misma grata.

El presidente no respondió a ninguno de los ampulosos argumentos de Christopher Homm. En vez de eso, optó por formular una comedida denuncia en el tono de quien comienza a oficiar una misa negra. Sus murmullos pasaron por diversas fases, en perfecto orden, y crecieron casi imperceptiblemente hasta convertirse en una rabia fría con la que derramó de golpe sus palabras directamente en la garganta de Christopher Homm. El héroe se atragantó y movió las manos con impotencia. El presidente le volvió la cara con desdén y otro de los conspiradores tomó la palabra. También este empleó palabras amables que al instante se cargaron de ira, y también terminó estremeciendo el cuerpo inepto y débil de Christopher Homm.

Cuando concluyó su discurso hubo un silencio y Christopher Homm tuvo que elegir entre rendirse o enfurecerse más todavía. No fue valor ni cálculo, sino el simple placer de dejar que le hirviese la sangre, lo que le incitó a plantar cara. Por un instante cobró un aspecto casi majestuoso. Se incorporó a medias en la silla y levantó una mano por encima de la cabeza. Se acordó de un artículo que había leído, sobre un incidente de la Revolución francesa, y este acartonamiento aniquiló su poder. Una mera ebullición de la sangre puede ser una convicción, pero una acción dramática es política. Inmerso de nuevo en aquel mundo de maniobras, Homm restableció de inmediato su inferioridad. Era poco más que un cadáver que retirar de la arena.

Era, sin embargo, un cadáver con cierto ánimo de pelea. Cuando los conspiradores se le echaron encima para sacarlo del local a palos, devolvió los golpes a diestro y siniestro hasta que le sangraron los puños. No fue fácil inmovilizarle los brazos en la espalda. Su expulsión parecía incierta hasta que alguien tiró del mantel verde y se lo echó por encima de la cabeza. Forcejeó unos momentos y luego se quedó callado como un loro cuando le cubren la jaula.

Al verse en la calle, Christopher Homm no sabía si lo que acababa de experimentar era una derrota o una victoria. Se inclinaba en conjunto por lo segundo. Había vapuleado a unos cuantos y eso era de por sí un placer. Esta euforia le imprimió la convicción de que seguía

siendo capaz de hacer que la gente le escuchara. Se acercó al primer grupo de conocidos que vio en una esquina y empezó a hablar con ellos.

—Esos hijos de puta se han puesto violentos. —Esperaba apoyo. Pero el grupo de dudosa reputación lo miró con recelo por debajo de las viseras de las gorras.

—¿Qué andas tramando? —preguntaron. Y Christopher Homm tuvo la sensación de vivir en un mundo de demonios.

Vio a otro grupo de condenados al infierno en la acera de enfrente. Se encaminó hacia ellos y trató de incitarlos con algo más de cautela.

—¿A que no sabéis lo que andan tramando ahí?

Los integrantes de este grupo, con el pelo sudoroso, lo miraron sin decir ni mu. Cambiaron de postura sin moverse del sitio, y fue un pequeñajo moreno quien lo aniquiló con su respuesta:

—Por la pinta que traes te han mandado a hacer puñetas.

Los demás se echaron a reír, contentos de prestar su atención a una broma antes que al desaliñado entusiasta que tenían delante. La rata que había hablado vio entonces su ventaja y añadió, con ganas de hacer más daño:

—Saben reconocer a un lameculos cuando lo ven. No te acerques por aquí, amigo, si no quieres seguir recibiendo.

Los demás no pudieron neutralizar el ataque. Se removieron inquietos como conciencias sumergidas en el sueño. Christopher Homm no podía ser acogido en este grupo, porque un hombre custodiaba la entrada con una espada de fuego. Se apoyó con una pierna en el bordillo de la acera y el otro pie colgando sobre la alcantarilla. Por un momento, cobró el aire de un hombre reflexivo. Pero era vencible y cuando volvió a apoyar el pie en el suelo fue para seguir andando calle abajo.

Pasó por delante de una casa de comidas que tenía las puertas abiertas. Del interior salían ligeros vapores, como un fragante día de colada. Entró y se sentó en el banco de una mesa casi vacía. El respaldo del asiento era un tabique que lo protegía de los demás clientes. Desde allí solamente veía la calle y al hombre sentado enfrente de él. Al volver la cabeza, se dio cuenta de que estaba debajo del baluarte de un mostrador coronado por una vitrina con anuncios y sándwiches. Adivinó que el vapor venía de algún aparato apoyado en la pared del fondo.

—¿Aquí sirven comida caliente? —le preguntó al hombre que tenía enfrente, no tanto por ganas de saberlo como de transformar en conversación la mirada fija del desconocido. La pregunta tuvo un éxito inesperado. El adversario de mirada penetrante se convirtió en un padre de familia afable y tranquilo acostumbrado a cuidar de los

demás.

—Lo mejor que se puede pedir aquí, si le apetece algo caliente, es la empanada de carne —dijo.

Christopher Homm tardó un poco en demostrar su gratitud, pero se sintió obligado y contestó al cabo de un rato:

—No quiero gran cosa. Una taza de té y algo de comer.

Su asesor no era de los que se dan fácilmente por vencidos.

—La carne no siempre está comestible —añadió—, pero la salsa es buena. Yo lo pido siempre cuando me apetece algo caliente.

En ese momento, una cara carnosa y unos pechos grandes se inclinaron sobre el mostrador y dijeron:

—¿Qué va a ser, señor?

El «señor» tenía un deje de hostilidad más que de respeto. Indicaba que Homm no era un cliente habitual.

—Solo quiero una taza de té —dijo, con desesperación, como antes de que su compañero de mesa le hubiera tranquilizado.

—¿Nada más? —La camarera casi estaba afirmando que no era suficiente, y no tenía pinta de que fuera a moverse de allí hasta que él pidiese algo más.

—Tomaré una empanada de carne —contestó Christopher.

—Patatas fritas. —La camarera le anunció que también tomaría eso, y desapareció.

—Yo no pido las patatas fritas —señaló el compañero de Christopher Homm. Y empezó a hacer un análisis de su economía—. Me traigo unos sándwiches, porque sale más barato, y pido solo la empanada de carne para tomar algo caliente. Me los preparo antes de salir por la mañana, porque mi mujer no se levanta mucho últimamente. Y con eso y la empanada como por diez peniques.

Christopher Homm se hizo cargo de los apuros domésticos que se le sometían a examen.

—Hay muchos que no reciben un salario digno —dijo—, y esos hijos de puta no lo concederán hasta que se vean forzados.

Este comentario no hizo mella en el ensimismado administrador.

—Cuando calculas lo que gastas en comida y lo que gastas en tabaco, ya sabes lo que te espera. Pero mi mujer necesita algunas cosas especiales que le ha mandado el médico, y he tenido que reservar un poco para eso. —El hombre parecía orgulloso de esta hazaña.

Christopher Homm ya tenía delante la empanada de carne con patatas fritas y la taza de té. Su vecino miró el plato con aire crítico.

—Tendrían que haberle puesto más salsa. Debería pedir que le pongan más.

Christopher Homm clavó el cuchillo y el tenedor en la empanada

chorreante. Al principio, la carne se hundió sin llegar a romperse y luego, cuando Christopher retiró los cubiertos, recuperó poco a poco su forma original. El hombre que le había recomendado esta delicia observaba sus movimientos con interés. Estaba impaciente por ver si la empanada se correspondía con el informe que había dado de ella.

El cuchillo y el tenedor de Homm se hundieron de nuevo en la carne. Esta vez consiguió atravesar la corteza, y la empanada empezó a rezumar sangre marrón. Los dos espectadores lo miraban con curiosidad. Aumentando la presión, Christopher Homm hizo un corte limpio y provocó un leve escape de vapor salado. Abrió la boca, preparándose para saborear el festín, y pinchó con el tenedor un trozo de carne sangriento. Tenía un regusto a sal y a pimienta y un extraño olor a basura.

—Tenga un poco más de salsa si quiere. —La camarera había vuelto a aparecer y le estaba ofreciendo a Christopher un bote. Homm agitó el bote, echó un poco de salsa en el plato y siguió comiendo. Su compañero de mesa se había quedado callado, como un miembro de la familia cuando ya no queda nada más que explicar o de lo que quejarse. Christopher Homm se allegro.

XVI



Si Felicia no admiraba la elocuencia con que Christopher había aprendido a hablar de política, aún menos admiraba las actividades de tiempos anteriores, cuando había sido útil sin ser útil para ella.

En el trabajo que tenía por aquel entonces ganaba, además de su sueldo, un pequeño complemento con el que podía sentirse importante. Se hacía la ilusión de que su jefe lo reconocía por cómo desempeñaba sus funciones y sus compañeros por cómo defendía sus derechos mejor que ellos mismos. La primera valoración despertaba una sonrisa en Felicia, pues siempre cabía la posibilidad de que el reconocimiento se convirtiera en billetes o al menos en medias coronas. La segunda le parecía no tanto una vanidad de su marido como una crueldad dirigida, por supuesto, contra ella. Christopher se estaba fortaleciendo para librar una batalla en la que ella no tenía arte ni parte y por tanto se sentía engañada.

Homm trabajaba en esta época en un negocio de confección de prendas de señora y caballero al por mayor. La fábrica contaba con dos talleres de techos altos y lámparas amarillas. En uno de ellos, las cabezas de las mujeres y las muchachas pálidas se inclinaban sobre las máquinas de coser o las agujas entre un mar de telas estampadas. En el otro, un grupo de hombres delgados, armados con cintas métricas y grandes tijeras, trabajaba en torno a una mesa en la que extendían los cuerpos inanimados de sarga azul. Christopher era el único de los empleados con derecho a circular libremente por estos dominios y a entrar en el garaje del fondo. A veces conducía la furgoneta que aparcaban en aquel refugio y se ausentaba del trabajo varias horas con el pretexto de poner el vehículo a punto. Empaquetaba las prendas que iban a distribuirse y comprobaba las entradas de los lotes de tela.

De vez en cuando se ganaba la libertad de dar un paseo por la calle para entregar mensajes íntimos del señor Samstag.

El señor Samstag podía dar a los talleres con su presencia el ambiente de un bazar oriental. Su sonrisa de poli y sus manos enormes surcaban el aire a su paso. Cuando se detenía a hablar con alguien, se inclinaba desde la cintura, porque estaba nervioso, y parecía halagado por las respuestas poco coherentes que recibía de sus empleados, cohibidos y sin apenas abrir los labios. Los trabajadores de ambos talleres respondían a estas visitas de cortesía del señor Samstag como el ganado reacio a levantar la vista de sus pastos silenciosos. Cuanto más ingenio o amabilidad irradiaba el patrón, más callados se volvían sus empleados. Era capaz de pastorearlos como a un rebaño pero difícilmente les sacaba una respuesta más concreta.

Y fue Christopher Homm quien se convirtió en el guía de este desconcertado pastor. Cuando el cuerpo del señor Samstag se inclinaba hacia delante, y la sonrisa y las manos trazaban una especie de gran inicial en el aire, Homm se paraba a su lado con gesto dubitativo. Parecía que toda comunicación entre el señor Samstag y sus trabajadores pasaba por aquel intermediario cuya actividad consistía en titubear.

—Trabajen deprisa —conminaba el señor Samstag a sus empleados — o nos quedamos sin negocio. —Y el ruego se perdía en las regiones más altas y oscuras del taller, a menos que Christopher lo capturase con una leve sonrisa. Los obreros se decantaban por hacer caso omiso de una orden tan directa. La recibían sin apartar la vista de su tarea y dejando las manos prácticamente quietas. Un secreto honor los impelía a desobedecer. Su humillación crecía un poco más cuando el señor Samstag, con el ánimo de ofrecer simultáneamente una explicación a su orden y una prueba de su generosidad, añadía:

—Les pagaré. No tengan duda de que les pagaré si trabajan deprisa. Todos salimos ganando.

Como si eso tuviera importancia, parecían responder los trabajadores con receloso desprecio. El mero hecho de que se insinuara siquiera esta posibilidad era indecente y el soborno ofrecido, un intento de condenarlos a su insignificante posición. En aquellos momentos casi estaban a punto de dejar las agujas y replegarse inmediatamente, por miedo, en la quietud y la libertad. Era Christopher Homm quien, con un leve gesto y una sonrisa, les daba a entender que les convenía aceptar las inciertas ofertas del jefe, que en todo caso no las rechazasen hasta que él hubiera considerado si podían sacar alguna ventaja. Y era en el taller de las mujeres donde la actuación de Christopher Homm se volvía más electrizante. Se presentaba ante aquellas rudimentarias criaturas como un hombre cargado de un poder sedante. Esperarían; estarían a salvo; él las

protegería en caso necesario. El señor Samstag y Homm se retiraban, y las mujeres reanudaban su tarea.

A veces, más por poner a prueba su seguridad que por verdadero resentimiento, las mujeres fingían un malestar incurable. Dos de ellas empezaban a murmurar en un rincón, y el murmullo se transmitía de unas a otras. A veces, la misma queja o el mismo rumor se adormilaba y soñaba entre las mujeres varios días seguidos, y despertaba después convertido en murmullos más fuertes que terminaban por volverse estridentes. En esos momentos, el señor Samstag salía de su despacho con un gesto que ya no brillaba, frotándose las manos no con fruición, sino con preocupación. Temía estar perdiendo beneficios además de afecto, y lamentaba ambas pérdidas con la misma desesperación.

En aquel estado de angustia, el señor Samstag no podía dirigirse a las mujeres. Se limitaba a observarlas, como a punto de echarse a llorar. Se retorcía las manos y buscaba a Christopher Homm con la mirada.

Ese era su gran momento. Samstag lo miraba, como pidiéndole consuelo, y el papel de Homm consistía en agasajarlo con una inmensa demostración de desprecio. Las mujeres se agolpaban, erguidas como mazorcas, y se decían las unas a las otras que Homm no tenía miedo.

—¿Qué dicen que quieren? ¿Qué dicen que dicen? —En momentos así, el señor Samstag reconocía sin disimulo que la comunicación entre él y sus empleados era imposible.

Era raro que en estas ocasiones Christopher Homm no recibiera alguna instrucción. Si no la recibía, se acercaba a las mujeres, deteniéndose e inclinándose en sus puestos de trabajo, y escuchaba sus quejas hasta que reunía la información necesaria. Volvía entonces a grandes zancadas con el señor Samstag y exponía sus exigencias.

—Se niegan a seguir trabajando con este material. Es demasiado duro para las manos.

O bien:

—No les da tiempo a almorzar en diez minutos, y no piensan seguir intentándolo.

Fuera cual fuera la contestación del señor Samstag a estas demandas, Christopher Homm se mostraba implacable. Fingía tanta virilidad que el señor Samstag se ablandaba y adoptaba una actitud femenina.

—Usted verá lo que hace, señor Samstag. No están dispuestas a tolerarlo. O eso o se van.

El patrón se retiraba miserablemente a su despacho y Christopher Homm volvía a aconsejar a las mujeres.

—No regateéis con él. —Esto era esencialmente lo que les decía. El señor Samstag convertiría el taller en un mercado y engañaría a las

mujeres con alguna oferta convincente.

En estos casos, al señor Samstag le gustaba enviar a Christopher Homm a entregar un mensaje fuera del taller. Confiaba en que el asunto se hubiera zanjado antes del regreso del campeón. Pero ni él ni las mujeres depositaban ninguna confianza en el acuerdo hasta que este recibía el beneplácito de Homm. El señor Samstag lo interrogaba con sincera preocupación.

—¿Ya están conformes? No puedo hacer más por ellas.

No dependía de los méritos del caso, sino de de qué humor estuviera Christopher Homm en ese instante, que aceptara el acuerdo o incitase a todo el mundo a poner pegas.

—Alguien tiene que dar la cara por ellas —le decía a Felicia por la noche—. No están organizadas.

El significado de esta observación no quedaba claro para Felicia, que lo interpretaba como un desaire a las mujeres en general.

—Vamos, que no se pueden arreglar sin ti —contestaba con sorna. Le parecía improbable que su marido pudiera ser de alguna utilidad para aquellas mujeres. Para la suya no era de mucha utilidad.

Pero Felicia se preocupó cuando Christopher le habló del caso de una de las chicas. Estaba embarazada.

Felicia soltó la taza de té en el platillo.

—¿Has estado tonteando con ella? —Su tono reflejaba una inquietud meramente superficial, pues no se imaginaba a Christopher confesando con tanta osadía un pecado tan grave.

Christopher respondió como la nobleza personificada.

—Solo estoy *actuando* en su nombre.

—A una chica así —rebatió Felicia— puedes dejarla que actúe por su cuenta. Seguro que sabe perfectamente lo que hace.

Christopher tenía una jugosa historia que revelar.

—El problema es que el niño es de Samstag.

Felicia no veía que tuviera importancia de quién fuese. Siempre había pensado que Samstag debía de ser un viejo verde. De todos modos, algo raro había en él si sentía por Christopher la mitad de respeto que él aseguraba.

—Andan todos muy revueltos —explicó Christopher. Esa era la razón de su intervención. Le daba un cariz amable. Felicia sabía que su marido debía de tener algún motivo abyecto para interesarse tanto. Le costaba creer que el mero hecho de dar la cara por los demás le produjera la ilusión de ser un hombre justo. Y fue así como su preocupación superficial fue en aumento.

La muchacha que era la causa y el centro de este alboroto no llamaba la atención por su belleza. Era una chica delgaducha, con el pelo rubio rojizo y las piernas tan torcidas que parecía como si

anduviera de lado. Tenía los ojos claros, sin un ápice de amor. Ni siquiera intentaba dar a sus labios un falso erotismo. De no haber sido por la barriga rellenita, que no se molestaba en disimular con la ropa, nadie se la habría imaginado jamás en una cama para dos. Parecía retraída y resentida por la fealdad.

Marcy era una chica taciturna, y su silencio alimentó el escándalo. Las mujeres la evitaban y se inventaban chismes con los que satisfacer su lujuria y su maldad. La insulsa y afligida muchacha se volvía astuta y pérfida en estos cuentos.

—Ya ves cómo es. Una ladina que las mata callando. Siempre anda buscando alguien con quien liarse.

La miraban con odio y la desnudaban en su conversación.

—No sé qué guapura le ven, con lo flaca que está. Debe de ser un poco retorcida.

—¿Sabes quién dice que ha sido?

—Sea quien sea, no creo que haya sido el único.

—¿Sabes que dice que ha sido el señor Samstag?

La mujer que pensaba en esto disfrutaba de una satisfacción casi insoportable. Las demás cuchicheaban y se reían encantadas.

—¿Eso ha dicho?

—¿Sabes que ha sido Samstag? Yo no le dejaría que me tocase un pelo.

—Parece mentira que se respete tan poco a sí misma.

Con la llegada del señor Samstag, las mujeres volvieron a sus mesas y pusieron la vista en su trabajo y el corazón en este vergonzoso secreto. Christopher Homm, que había estado atareado en los alrededores del taller y se había enterado de lo suficiente para esperar un escándalo de órdago, miró a su jefe con una admiración inédita. ¡Quién se lo iba a imaginar! Después comprendió que su único papel posible era el de defensor de la decencia y cambió su mirada de admiración por otra de desprecio puritano.

El señor Samstag cometió la estupidez de pedirle que le explicara la causa del revuelo. El desprecio de Christopher Homm se volvió más frío. Era un perverso placer ser tan venenoso. El veneno lo derramaba en su corazón un grifo abierto, a la vez que otro grifo derramaba fervor justiciero. El señor Samstag esperó con la vaga conciencia de que esta vez iba a recibir algo más que una simple transmisión de descontento.

Christopher Homm era en cierto modo el emisario de las encorvadas conspiradoras que apenas levantaban la vista de su labor. Sin embargo, la indignación que habían acumulado hablando unas con otras no era más que una medicina de la que Homm tomó una cucharada antes de ponerse a bailar con la idea de destruir al señor

Samstag. Los humores que encendieron su ira definitivamente eran de su propia cosecha.

El señor Samstag estaba en la puerta de su despacho, pálido, y Christopher Homm se encaminó hacia allí rodeando el taller a plena vista. Cuando estaba lo suficientemente cerca del jefe para que este pensara que iba a dirigirse a él, retrocedió y, después de recorrer quizá la circunferencia completa de la sala, se acercó a él por el otro lado. Habría ejecutado varias veces esta seductora danza de amenaza si el señor Samstag no hubiera tenido la presencia de ánimo de llamarlo la segunda vez que lo vio venir por la izquierda.

—Venga un momento, Homm. Quiero hablar con usted.

Esto era un desafío que Christopher Homm, a la vista de todos los empleados, no podía pasar por alto, por vanidad. Le concedió al señor Samstag obediencia física, acercándose a él. Luego, aterrorizado, se armó de valor, se irguió todo lo alto que era y dijo:

—Yo también quiero hablar con usted, no se preocupe.

El señor Samstag captó en parte la insolencia y contestó rápidamente con dignidad:

—No me preocupo. Es usted quien está preocupado. Y ahora dígame, ¿qué le preocupa? Y ¿a estas señoras?

—Verá, señor Samstag, es mejor que no hablemos aquí.

El señor Samstag se alegró de retirarse a su despacho para tener su conversación con Homm desde el otro lado de una mesa. Homm nunca se había sentado en el despacho, pero en ese momento se vio invitado a tomar asiento. La invitación equivalía a una confesión de culpa.

Se acomodó y miró a su jefe con desconcertada presunción. Se imaginó que era tan poderoso que incluso podía compadecerse de él. Como el señor Samstag no decía nada, por fin se decidió a animarlo:

—Bueno, señor Samstag, ¿qué piensa hacer por Marcy?

El señor Samstag lo miró un momento, sinceramente confundido, y optó por resolver la desagradable situación enfadándose.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué voy a hacer por Marcy? ¿A usted qué le importa? Es usted un impertinente.

Christopher Homm, sumido en un sueño de grandeza absoluta, se inclinó hacia su jefe con espléndida caridad.

—Verá, señor Samstag, usted sabe que tiene que llegar a un acuerdo decente con ella.

—¿A un acuerdo? ¿Yo? ¿Qué quiere decir? ¡Ya le pago el sueldo!

Christopher Homm no perdió su amabilidad pero se puso más insolente.

—Verá, hijo, usted sabe que tiene que hacer algo más que eso.

El señor Samstag seguía sin captar el mensaje.

—¿Por qué tengo que darle un aumento?

Homm estaba en ese momento más gordo y jovial que nunca. Se vio a sí mismo, apoyado en la esquina del escritorio del señor Samstag, a punto de cosechar un éxito formidable. Pero su gordura y su grandeza eran únicamente posibles porque estaba rodeado de incomprensión. Fue como si se hubiera expandido para llenar un vacío. En el mismo instante en que el señor Samstag comprendió lo que le estaba diciendo, Christopher Homm se volvió una vez más flaco y desaliñado. El hombre de bronce se puso en pie y resplandeció. Homm acababa de deshonrar la imagen que tenía de sí mismo, la de un hombre entregado religiosamente a su familia.

—Coja su dinero y lárguese de aquí. ¡Fuera!

Christopher Homm no daba crédito a lo que acababa de oír.

—¡Fuera! ¡Fuera!

El señor Samstag le dio más billetes de los que le correspondían por su paga. Eso era señal de que estaba muy afectado.

Christopher Homm no encontraba palabras con las que defenderse. Se dio por vencido, mientras el señor Samstag lo conminaba a marcharse, gesticulando con las manos, hasta que llegó a la puerta de la calle. Era casi la hora de cerrar. En la acera de enfrente, Felicia esperaba el momento de llevarse a su marido en custodia. En un portal, un poco más adelante, un hombre contrahecho y apoyado en unas muletas aguardaba con ojos ardientes la salida de Marcy.

XVII



Christopher Homm no confiaba solamente en las quejas y las desgracias de sus compañeros de trabajo para darse importancia. También se servía de su hija Susan, que pasó su infancia a la sombra de esta magnificencia. El cuerpo hueco y torpe de Homm, tan vacío de certezas, podía cobrar solidez y determinación gracias a la ilusión de que actuaba en defensa de su hija.

Había días en los que la campaña de Felicia se centraba exclusivamente en hostigar a la niña. En cuanto Susan se despertaba, Felicia le decía:

—¡Levanta, holgazana! Vamos, rapidito o te doy en el culo.

La niña, adormilada, se quedaba cavilosa en la alfombrilla de la cama, mirándose los dedos de los pies como si tuvieran vida propia. Estaba preparada para recibir los ataques.

—¡Vamos, espabila!

Susan, por toda respuesta, sacaba el otro pie de debajo del camisón para examinarlo.

—¡Ponte algo, deprisa! —le gritaba Felicia, parada delante de Susan y moviendo los brazos como las aspas de un molino a punto de derribarse sobre ella.

La niña, que en ese momento solo quería que la rabia se apoderase de ella, se acurrucaba en la alfombrilla como si fuera a dormir. Felicia la pinchaba fieramente con un dedo del pie.

—Muévete, holgazana, si no quieres que te zurre.

Entre un sinfín de gritos y altercados, la familia por fin se sentaba a la mesa preparada para el desayuno. En la penumbra del comedor, marido y mujer se miraban ferozmente por encima de las tazas desportilladas. Susan se apoltronaba en la silla con arrogancia y se

enfurruñaba por cualquier cosa.

Al cabo de un rato, Felicia empezó a decir:

—Desayuna, y el doble de rápido. ¿Quieres que vuelva a darte en el culo?

La niña probó un bocado sin prisa y miró a otro lado. Justo cuando la ira de Felicia se disponía a lanzar un nuevo ataque, Christopher, que hasta ese momento seguía flotando en un lago de sueño y abatimiento, decidió insultar a su mujer con la pretensión de ser justo. Aun sabiendo que carecía de méritos propios, pudo armarse de valor para defender a Susan. Movió su caparazón vacío hasta que adoptó una postura más rígida y le habló a su mujer en tono castrense:

—Ya está bien. Déjala en paz.

Felicia no soportaba toparse con una voluntad tan pretenciosa como la suya propia. Esperó unos momentos, con la esperanza de no haber oído bien. Esto animó a Christopher. Notó que su cuerpo cobraba vigor, y tuvo la sensación de que la rabia le sentaría mejor que el desayuno.

—Alguien tiene que dar la cara por la chica. —Y se levantó para indicar que era él.

Con el fin de demostrar su desafío, Felicia alargó un brazo y trató de agarrar a Susan. Sin más dilación, pretendía poner a la niña boca abajo, en sus rodillas, para ilustrar su propia idea de la justicia. Pero en el mismo momento, Christopher cogió el brazo de Felicia y le derramó la taza de té por encima del vestido. Felicia se puso a gritar, como si una jauría intentara morderle en el cuello, y forcejeó para liberarse. Susan se escabulló por detrás de su madre y consiguió salir del comedor.

—Suéltame —dijo Felicia—. ¡Cómo te atreves a tratar así a una mujer! ¡Debería darte vergüenza!

—No voy a quedarme sentado viendo cómo pegas a mi hija sin ningún motivo. —Christopher fingía la máxima indiferencia.

—¡Sin ningún motivo! —protestó Felicia—. Ya has visto cómo se porta. Ya va siendo hora de que alguien le baje los humos.

Christopher recurría a un dogmatismo frío:

—No le pongas la mano encima a menos que haga algo malo.

La puerta de la calle se cerró de un portazo. Susan, horrorizada por estas situaciones, se fue corriendo al colegio antes de tiempo con la esperanza de encontrar allí algo más parecido a un hogar.

La tensión entre marido y mujer se rebajó momentáneamente. Christopher tomó conciencia de la grata firmeza del brazo que seguía sujetando. Felicia se puso colorada al ver que él lo estaba mirando. El brazo tenía un aspecto más agradable, en esta situación de furia física, que cuando se tensaba para definir las sutilezas de alguna orden. Y

una amabilidad física pudo haber venido a desplazar el afán justiciero de Christopher si no hubiera tenido que irse al trabajo. Ya llegaba tarde.

Cuando echó a andar por la calle, la determinación de dar la cara por los débiles imprimió ligereza a su paso. Decidió que aquel no iba a ser un buen día para el señor Samstag. Resultó, sin embargo, que el señor Samstag había salido, y los débiles en cuyo nombre Christopher Homm se proponía presentar batalla se pasaron el día chismorreando y no estaban interesados en la justicia. Se disgustó tanto que tomó la decisión de ir en busca de algún mal que reparar. A media tarde, salió a la calle sin una intención más definida que esta, y se encontró pasando por delante de la puerta del colegio de Susan justo cuando las niñas estaban saliendo. Le conmovió ver el aire triste y angustiado de su hija entre tantas niñas risueñas. Se acercó a ella.

—¿Qué pasa, Sue?

Se sintió acobardado ante aquel sufrimiento que no comprendía. Sue, por su parte, se inquietó al ver la humildad de su padre. Como si adivinara qué tenía que decir para que él se convirtiera en un hombre, se quejó de una injusticia.

—La profesora dice que tengo que cepillarme el pelo y lavarme el cuello. No es justo. Las demás niñas se han burlado de mí, y eso que algunas iban peor que yo.

Christopher Homm miró a su hija y por un instante se debatió entre la compasión y la vergüenza. ¿Debía meterse en el mundo infantil por un problemilla así? Eso significaba renunciar a demasiadas cosas para un hombre que había salido a enfrentarse con molinos de viento. Recuperó a toda prisa los restos de su ira en reflujo. Se ceñiría al mundo superficial de la justicia ultrajada.

—¿Quién te ha dicho eso? —Su cuerpo se recompuso y sus ojos se iluminaron al dar con lo que llevaba todo el día buscando—. ¿Qué profesora ha sido? ¿Esa gorda con gafas?

Susan dijo que sí y entonces comprendió que su confesión había sido una temeridad. Su padre iba a entrar en el colegio para poner a la profesora de vuelta y media. Se llevó las manos a las mejillas, llena de angustia.

—¡No vayas! —le pidió, desesperada. No sabía qué temía más: que su padre tal vez no saliera de allí con vida o que ella no volviera a atreverse nunca a poner un pie en el aula donde él se había inmiscuido en el derecho de la señorita Mackerel a ser injusta.

Cuando Christopher Homm desapareció en el colegio, Susan se quedó quieta, como si esperase una explosión. Apretó el cuerpo menudo contra la tapia de ladrillo. Sintió que se avecinaba el fin del mundo.

Christopher Homm recorrió los pasillos del colegio sin titubear, como recorre la luz un fusible o el fuego una mecha. Encontraría a aquella mujer injusta y entonces se produciría la explosión. Pero el colegio desierto empezó a hacer mella en su ánimo. Sus botas resonaban en el suelo de hormigón y, cuando se puso a andar de puntillas, se sintió menos valiente. Se asomó a mirar en los roperos oscuros y recordó la angustia que puede uno llegar a sentir cuando lo empujan contra los percheros llenos de impermeables mojados y sudados. Apretó el paso al ver la luz del día en la sala de profesoras, un poco más adelante. Con las prisas, tropezó con una mujer que salió por una puerta a un lado del pasillo. En el momento de recibir el impacto, la mujer hizo como si no estuviera allí, porque salía del lavabo. Cuando se vio a una distancia prudente de tan vergonzoso lugar, dio media vuelta y le dijo con voz remilgada:

—No se permite entrar a nadie después de clase. ¿Está buscando a alguien?

Le habló en un tono autoritario, suavizado por una preocupación fingida. Así insinuaba que Christopher Homm era un intruso, tanto en el colegio como en la clase social a la que pertenecían las refinadas profesoras. Christopher Homm no se arredró del todo, pero no encontraba su rabia y tuvo que hacer un esfuerzo para no desviarse de su objetivo.

—Quiero hablar con la profesora de Susan Homm —dijo.

La mujer arrastró un pie hacia atrás y respondió con desprecio. Había trescientas cincuenta niñas en el colegio y aquel hombre no podía pretender que todo el mundo conociera a su hija.

—Bueno, es a su profesora a quien busco. —Homm decidió no ser complaciente.

La mujer abrió una puerta al otro lado del pasillo. De allí llegó una ráfaga de risas y conversación: era la sala de profesoras. Entró y dejó la puerta casi cerrada. Homm oyó que decía:

—Hay un padre aquí. Casi me tira al suelo cuando salía del lavabo.

La respuesta a estas palabras fue una explosión de risitas absurdas.

—¿Alguien conoce a Susan Homm? Dice que quiere hablar con su profesora.

—¿Es esa chiquitina asustada que nunca se peina?

—Sí, la flacucha. En ese caso busca a la señorita Mackerel. ¿No se ha marchado ya?

—Ah, bueno.

La puerta se cerró entonces y Christopher Homm creyó que allí terminaba todo. No sabía si las profesoras podían salir por otra puerta o si quedarse a esperar y encararse con ellas cuando apareciesen.

Al cabo de un rato, salió por la puerta una mujer bajita y gorda,

con gafas. Llevaba las carnes artificialmente sujetas y parecía un bolo rechoncho.

—¿Es usted el padre? —preguntó—. No es hora de recibir a los padres. ¿A quién quería ver?

Quedó claro que quería ver a la señorita Mackerel y que la profesora estaba en el salón de actos. El bolo llevó a Homm hasta la puerta correspondiente y anunció como una amenaza:

—Aquí hay un padre que quiere verla, señorita Mackerel.

La señorita Mackerel estaba clavando unas tiras de papel en una pizarra, al otro lado del salón de actos. Se volvió hacia Christopher Homm con los labios llenos de cabezas de alfileres. Lo desalentó lo mejor que pudo sin quitarse los alfileres de la boca. Christopher Homm no puso más que un pie en el salón de actos.

Se miraron como dos púgiles desde esquinas contrarias del ring. Christopher Homm sería probablemente más rápido con los pies, pero la señorita Mackerel tenía más peso. Era de las que se llenan en la tripa y las caderas más que en el pecho.

En lugar de lanzar los puños de inmediato, los contendientes se tomaron la medida desde sus respectivos rincones.

—No es hora de recibir a los padres —gritó la señorita Mackerel, y se puso de puntillas, como si buscara a un niño entre una multitud al otro lado del salón.

—Soy un trabajador —contestó Christopher Homm, y esta categoría devolvió cierta agresividad a una voz que se había vuelto peligrosamente sumisa—. No puedo venir a cualquier hora.

A la señorita Mackerel le molestó tanto que su oponente fuese un hombre, cosa que ella no era, como el atrevimiento de afirmar que había algún mérito en pertenecer al grupo conocido como trabajadores. Agrandó los ojos y enseñó una gran cantidad de córnea blanca alrededor de las pupilas.

—Aquí tenemos mucho trabajo. Descuide. —Le dio la espalda y siguió clavando sus trozos de papel.

Fue una defensa excelente. Como la de la tortuga que solo presenta a su enemigo la parte trasera del caparazón. Christopher Homm estaba furioso pero tuvo la sensación de que no podía hacer nada. Ya no estaba inspirado por el espíritu de justicia. Ya no estaba allí «en defensa» de su hija. Tenía la preocupación más elemental de salir con vida. Trató, como había hecho la señorita Mackerel, de echar mano de cualquier protección que pudiera ofrecerle la naturaleza. Adoptó el aire de un hombre despreocupado que no pretende presentar batalla. Apoyó la espalda en el escenario, que estaba en ese extremo de la sala, estiró las piernas y se miró las botas. En aquella postura informal quizá pudiera esperar, sin llamar la atención, hasta que el enemigo se

hubiera retirado y el colegio se quedara vacío.

Pero la señorita Mackerel no había renunciado al combate. Solo estaba esperando a ver que su enemigo se debilitaba. Se volvió hacia él tan por sorpresa que, Homm, al mover los pies en el intento de seguir erguido, se balanceó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Seguía balanceándose cuando la profesora se le acercó cruelmente.

—Bueno, ¿qué quería? —Adivinó con acierto que el deseo de Homm podía formularse ya en pasado.

Christopher Homm tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no gritar: «Nada, nada, no era nada». En vez de eso, dijo dubitativamente:

—No sé si es usted la profesora de mi niña.

La señorita Mackerel se detuvo y se echó a reír como si le goteara sangre por las mandíbulas.

—Doy clase a muchas niñas.

—Soy el padre de Susan Homm —acertó a decir Christopher. Y vio de inmediato que su afirmación no tenía mucha importancia.

—Bueno. ¿Cuál es esa? ¿Cómo es?

Christopher Homm pensó en la niña, aterrorizada y pegada a la tapia del colegio.

—Es una niña muy pequeña… —empezó a decir.

—En mi clase ninguna es muy grande. Ah, ya me acuerdo: es la que nunca se peina. Y también tiene que lavarse el cuello.

Sonriendo de oreja a oreja, la señorita Mackerel dio unos pasos hacia Christopher Homm. Buscó otros oprobios que decir sobre la hija de aquel hombre.

—Cómo son los niños demuestra cómo es la familia.

Esto fue aún mejor. Era un oprobio contra la niña y contra su padre al mismo tiempo.

Christopher Homm demostró por fin cierto ánimo de pelea.

—Es de buena familia —contestó—. Cuidamos de ella.

La señorita Mackerel soltó una risotada, como si todo estuviera en perfecto orden dentro de su cuerpo gordo pero en ninguna otra parte. Hecho esto, salió muy deprisa por una puerta situada en la otra punta del salón de actos.

Christopher Homm, dolido y asustado, se marchó por donde había venido. Cuando vio la luz del patio, dejó que sus botas resonaran y salió al galope.

Susan iba muy despacio por la calle. Al ver cómo andaba, Homm comprendió que no podía hacer nada por ayudarla.

XVIII



Aunque Christopher Homm se dejaba derrotar muy fácilmente, no debe suponerse que su vida estuviera exenta de gloria militar. Los domingos por la mañana seguía llevando un par de pantalones caqui, viejos, para hacer chapucillas en el patio de Torrington Street. Se los ponía con un punto de orgullo triste, como ordena sus medallas un jubilado de Chelsea. Felicia, que sospechaba las ilusiones que los pantalones representaban para él, recurría a un tono más salvaje que nunca para referirse a esa cochambre de sus tiempos en el ejército.

Felicia era el hostil espíritu de la verdad que todo hombre que se aprecie a sí mismo tenía la obligación de derrotar. Había muy poca dignidad en el atuendo de Christopher Homm. Los pantalones de talle alto, sujetos con sus viejos tirantes de colores, resultaban, a pesar de su deterioro, demasiado pomposos para su cuerpo flaco. Además, era evidente que no se los ponía para trabajar, sino para soñar.

El sueño se había vuelto tan tenue que ya nunca llegaba a cobrar ninguna claridad de palabra o de imagen. Se expresaba simplemente en una ocasional rigidez castrense de los músculos de la pierna o el hombro. Eso era todo lo que quedaba.

Pero, cuando Christopher Homm salió del ejército, su vida había sido más intensamente ambigua. Vestido de civil, podía pasear por la calle con un paso que a él, aunque a nadie más, le parecía marcial. A veces doblaba una esquina con un movimiento reconocible incluso para un espectador.

En aquella época, estos leves movimientos corporales apuntalaban una ilusión interior más suntuosa. Christopher Homm creía haber sido más útil que la gente que veía a su alrededor. Le asombraba y hasta podía llegar a molestarle el bullicio de las calles, ajenas a ese orden

disciplinado del que había formado parte. Las fulanas, a las que se alegraba de ver después de tanto tiempo en compañía masculina, se acercaban al dinero como las flores a la luz. Los chicos demasiado jóvenes para haber participado en la guerra merodeaban con el andar perezoso de quien jamás ha conocido la instrucción de un sargento, y se escabullían con las chicas en los rincones. Lo peor de todo eran los hombres que habían prosperado en las fábricas y dormido siempre entre sábanas blancas mientras él estaba muy lejos de allí, y que se atrevían a decir que también ellos habían pasado penalidades.

Christopher tenía la sensación de que al menos tendrían que reconocerle públicamente de alguna manera, si no su utilidad, las privaciones que había sufrido. Por algún tiempo después de su desembarco creyó que así sería, aunque no era tanto una acción civil como el contagio de una esperanza común entre la soldadesca que justificaba esta ilusión. El día que desfiló por las calles del puerto no parecía que la gente que observaba desde las aceras lo considerase un mero esclavo que regresa de una cautividad merecida. Una vez, en un autobús, la conductora se negó a cobrarle el billete, como si estuviera autorizada a hacer una demostración de generosidad en nombre del pueblo. Pero este tipo de distinciones no tardaron en diluirse en la igualdad de la gran ciudad.

Christopher Homm ocupó de nuevo su lugar en la competición de los apetitos. Mientras había vestido el uniforme esto quedó aplazado. Después fue como si profesara una religión que lo acogía en una comunión carnal. Si se paraba en un portal para cobijarse de la lluvia, el hombre que estaba a su lado, chorreando y vestido de caqui, era para él más que un hermano. Podía quedarse allí retenido por una conversación limitada aunque rica en respuestas. Daba igual que el individuo en cuestión fuese un hombre educado y con gafas. Fuera quien fuera, bajaba la voz y hablaba en el mismo tono tranquilo y monótono que empleaban todos.

—¿Adónde te destinan?

—¿Cuándo te incorporas?

El reconocimiento de la insignia de un regimiento daba pie a un intercambio más complicado.

—¿Cuánto tiempo has estado con esa panda de inútiles?

—¿Estuviste con ellos en ultramar? ¿Adónde fuiste?

A veces, para pasar el rato, un vecino paciente soltaba alguna de esas ligeras fanfarronadas colectivas:

—Yo estuve con la fuerza Z. ¡Panda de inútiles! Los llamaban los sifilíticos.

—La noche que supuestamente iban a embarcar casi destrozan el maldito campamento de tránsito. Los oficiales tuvieron que

desenfundar los revólveres para acabar con el escándalo. Un tío lanzó una botella de cerveza y dio encima del ojo a un oficial que era un gilipollas, pero por más que nos amenazaron a todos nunca llegaron a descubrir quién había sido.

—Uno de esos puñeteros oficiales se llevó a una fulana al comedor, y la tía se puso a bailar en cueros. Era un chaval.

—Si eso lo hubiéramos hecho tú o yo, nos habrían metido en el calabozo, joder.

—En volandas.

En estas conversaciones, el que hablaba tenía tan poca identidad que Homm podía llegar a imaginarse que era él quien pronunciaba las palabras de ese otro hombre mejor que tenía a su lado. Él no era, sin embargo, más que su propia esperanza.

En ningún momento era esta comunicación más íntima y la identificación con su propia esperanza más completa que cuando se veía marchando en una columna. Si la marcha era larga, se ponía en camino refunfuñando igual que sus compañeros, pero la conversación se agotaba con los kilómetros y la cabeza se quedaba en blanco. Luego, cuando echaba la pierna hacia delante, dejándose llevar por el peso de la bota en el extremo, se impulsaba con las cincuenta piernas extendidas delante de la suya. El fusil en bandolera, lejos de entorpecer sus movimientos, le añadía masa y poder. Hasta el macuto que le obligaba a erguir los hombros parecía cargado con una dinamo que lo empujaba. Cuando la columna viraba en redondo y los hombres que iban por delante aparecían entonces a su lado, lo que veía era un reflejo grandioso y multiplicado del héroe en el que imaginaba haberse convertido.

Mucho después de que estas filas se rompieran, cuando los hombres ya habían vuelto a casa, descontentos, para perderse en las superficialidades de la simple individualidad, Christopher Homm aún llevaba muy dentro el peso y la fuerza del ejército. De haberse topado con resistencias sólidas, gracias a esto habría sido capaz incluso de superarlas. Pero lo único que encontró fue una riada de apetitos a la que se vio invitado a incorporarse.

No estaba dispuesto a permitir que le robaran su gloria así como así. Salía tranquilamente del 92 de Torrington Street camino de High Street. Los tranvías que pasaban a su lado eran leviatanes. La gente que se apartaba para esquivarlos estaba a punto de arrollarlo. Pero Christopher Homm veía que, aun cuando todos seguían la misma dirección, la escena era un cúmulo de discordancias. Solo estaban unidos en la persecución de sus diversos apetitos. Aquella no era la sociedad que él, educado ahora en el orden militar, empezaba a soñar vagamente.

Fue así como Christopher Homm se convirtió en un hombre

reflexivo. A las falsas ilusiones de un entendimiento lento para olvidar, aunque incapaz de hacer observaciones claras, las llamaba sus ideales.

Fue en Felicia, absorta en su hija, en quien Christopher los puso a prueba en primer lugar.

—Debería haber más unidad. —Farfullaba estas palabras después de llevar cinco o diez minutos de pie con aire pensativo. Felicia no captaba el concepto—. Quiero decir —añadía, con el corazón a punto de estallar y las comisuras de la boca caídas en un gesto de agonía— que tendríamos que arrimar el hombro en vez de ir cada uno a lo suyo.

—Puedes arrimar el hombro fregando estos platos —le dijo Felicia —. Eso sería un buen comienzo.

A Christopher no le hacía gracia ver cómo las abstracciones de un filósofo se ponían al servicio de algo tan elemental. En sus momentos de mayor fortaleza, sus pies echaban raíces en el suelo que pisaba y Homm desarrollaba un espléndido follaje de pensamientos. En sus momentos de mayor debilidad, que eran más frecuentes, cedía y cogía un trapo para secar los platos.

—Estoy pensando en la unidad superior. —Esta era una frase magnífica y, para ilustrarla, sacudía el trapo en el aire sin dejar de ocultar parcialmente el plato, como un prestidigitador. La vida cotidiana de la familia… Eso eran trivialidades. Christopher Homm empleaba una escala de construcción menos manejable—. Por ejemplo… —Enumeraba las cosas que más le interesaban en ese momento—. La unidad superior te permitiría tener todo eso.

A veces, Felicia tenía la sensación de que una unidad superior era justo lo que ella necesitaba.

—Pues como no se dé prisa en darnos lo que sea, vamos a tener que vender lo poco que tenemos —decía.

Este giro particularista de su mentalidad impedía a Felicia captar los principios generales, más allá de agarrarlos como varas con las que azotar a su marido. Y esta manera de aplicarlos estropeaba para Christopher todo el placer de la filosofía. Él consideraba que un filósofo era ante todo un hombre ocioso. Con esta idea se iba a pasear por High Street.

Era evidente, por las pequeñas reuniones que se celebraban en distintas esquinas de la calle, que a otros miembros de la unidad superior también sus mujeres los habían echado de casa. Se congregaban para escuchar a los oradores que al menos tenían gestos de pasión y confusas reminiscencias de la desaparecida comunión de los soldados con las promesas de una era imposible. La unidad descrita por los oradores alcanzaba tal tamaño que, al contemplarla, ellos

mismos cobraban de nuevo una reconfortante insignificancia. No solo eran anónimos, sino que estaban amordazados y maniatados. Resultaba muy agradable. La Unidad Superior empezaba a avanzar. Había cobrado vida propia, y los oyentes aplaudían y vitoreaban al pensar que ya no tenían nada suyo.

Fue después de uno de estos momentos de éxtasis cuando Christopher Homm tomó la decisión de participar activamente. Le habló a Felicia de sus intenciones.

—Voy a participar más activamente. No es justo dejarlo siempre en manos de otros. Al fin y al cabo, es en beneficio de todos.

—¿Tú crees? —dijo Felicia. No sabía qué forma iba a tomar la actividad de su marido. Era tan impropio de él participar en algo que le produjo cierta curiosidad ver lo que hacía.

Tampoco Christopher estaba libre de curiosidad. Y, un buen día, cuando iba paseando por la calle principal, vio a un grupo reunido detrás de una pancarta. Al principio los tomó por miembros del Ejército de Salvación, pero luego se fijó en que no llevaban uniformes ni libros de salmos.

—Vamos hasta Trafalgar Square. —Esa fue la invitación. Había un buen trecho desde allí. Christopher Homm estaba a punto de pasar de largo cuando un ángel lo detuvo. El ángel iba sin afeitar y se había quitado el cuello de la camisa y la corbata, que asomaban en uno de sus bolsillos, para parecer más proletario. Puso una mano en el brazo de Christopher—. Esta es tu oportunidad de participar más activamente.

Christopher lo vio al instante. De todos modos, no tenía la impresión de que a eso pudiera llamársele actividad cuando se sumó al grupo. El que lo había instado a mezclarse con la multitud era sin duda un hombre activo, con una sonrisa falsa y rápida, y unos brazos que parecían exhortar a algo que, de haber estado quietos, le habría traído sin cuidado. El resto del grupo estaba formado por gente ociosa y desconsolada. Solo sus palabras reafirmaban una voluntad propia. El organizador movió los brazos y sus seguidores salieron como conejos de la chistera de un prestidigitador.

—¿Tú crees que servirá de algo? —le preguntó Christopher Homm a su vecino de filas.

Fue como si un hombre que recibe el más caro tratamiento médico se atreviera a cuestionar su validez.

—Pero ¿tú quién eres? —contestó el vecino—. ¿Para qué estás aquí?

Había un tercer hombre que comprendía perfectamente las dudas de los principiantes y no daba la menor muestra de estar sinceramente indignado. Tenía una expresión amable y postiza, como la de una

enfermera sin escrúpulos que se felicita de haber engañado a un paciente.

—Lo importante no es el resultado inmediato —dijo—. Van a traicionarnos de mil maneras distintas para quedarse donde están. Tenemos que seguir luchando y manifestándonos hasta que no puedan resistir más. Esta no es más que una batalla.

Sonrió y se fue, porque lo que había dicho era inapelable. Además, prefería repetírselo a otro antes que quedarse a oír las angustiosas dudas que veía reflejadas en la cara de Christopher Homm.

El grupo por fin se puso en marcha arrastrando los pies como quien se calza las pantuflas de cualquier manera. Christopher Homm tuvo la sensación de que, en lugar de emprender una marcha, iba a dar un paseo solitario rodeado de guardias. La cercanía y la vacilación del paso del hombre que tenía delante le impedían poner la vista en nada que no fueran sus talones.

—¿Qué tal si cantamos algo para dar a esto un poco de vida? —propuso alguien.

Aunque el organizador no respondió a esta petición de las filas, los movimientos superficiales de sus facciones indicaron que no era precisamente vida lo que él quería. Después de un intervalo que duró lo suficiente para suponer que el organizador había desarrollado una volición propia, por fin entonó:

El patrón quiere arrojaros sin piedad
a las fauces sanguinarias del capital.
Un niño descuartizado…

Y la imagen que vio Christopher Homm fue la de una agradable carnicería.

XIX



Fue una columna regulada de un modo diferente la que, unos años antes, había llevado a Christopher Homm hasta el muelle donde, un amanecer inusitadamente gris, embarcó para emprender sus aventuras militares. Los hombres aguardaban en silencio como un lote de esclavos; solo los marineros, atareados con los preparativos del viaje, parecían tener vida. Los oficiales y suboficiales responsables de los reclutas movilizados por el alistamiento obligatorio se encontraban en un estado entre la vida y la muerte, desmoralizados y sin más motivación que la de aferrarse al cumplimiento del deber.

Entre las filas de los esclavos, sin embargo, ya empezaba a instalarse el recelo, aunque en ese momento no se apreciara con ningún signo externo. Los hombres no apartaban la vista de la pasarela, custodiada por la policía militar, que los llevaría a un costado del buque. Por fin, una serie de órdenes corrió de boca en boca entre los reclutas. Por grupos, los hombres recogieron sus petates y sus fusiles y echaron a andar hacia la pasarela. Cada grupo se detenía un momento antes de sellar definitivamente su compromiso, y, a medida que los hombres iban subiendo a bordo, las filas parecían debilitarse como una virgen agonizante.

Cuando la quinta de Christopher Homm llegó a los pies de la pasarela, este recluta vislumbró un tenebroso infierno en las entrañas del buque. Vio luces demasiado tenues para perfilar nada con claridad y hombres de azul en desdibujado movimiento. Su quinta fue la última en embarcar. Le pareció que quienes lo antecedían en la fila iban cayendo abatidos como un solo hombre cuando los perdía de vista. Pero al poner el pie en la tolda, cargado con su impedimenta, se encontró en una cola, como otra cualquiera, que avanzaba de mala

gana hacia un destino desconocido. Al cabo de un rato tuvo que subir por una escalera de cámara. La cola seguía avanzando más arriba, esta vez entre la toldilla y la borda. Había agua y colillas acumuladas en los imbornales. Poco después comenzó el descenso. Los que iban detrás de él parecían impacientes por avanzar, pero los de abajo se lo tomaban con mucha calma. Llegó a un mundo iluminado e increíble de mesas y literas amontonadas, donde la desordenada tropa arrastraba sus petates como las hormigas sus huevos. Pero aún tenía que seguir bajando.

Por fin llegó a su destino. Le asignaron un sitio, en una mesa estrecha, apretujado entre dos hombres y rodeado por todas partes de petates y fusiles. Supuso que era allí donde comería el rancho. Después les ordenaron que guardaran los petates lo mejor posible en un altillo. Esperaron sin más instrucciones y más tarde se pusieron en otra cola para entregar las armas en la armería. Cuando volvieron al cubículo, Christopher Homm había comprendido, sin necesidad de que nadie se lo dijera, que aquellos pocos metros serían su único espacio vital durante el viaje que tenía por delante. En las cubiertas superiores, entre él y el cielo, se hacinaban mil hombres. Solo los finos mamparos retenían el mar en calma chicha.

El barco recorrió la costa parsimoniosamente, de puerto en puerto, como si Homm hubiera embarcado con el único fin de apartarlo de la tierra. Luego, una mañana de bruma, subió a cubierta y se vio en el centro de un convoy. Fue un instante casi feliz. Una flota completa se hacía a la mar con determinación.

El agua era gris como el metal, aunque inestable y reacia. De la proa llegaba una brisa húmeda, y el barco empezó a balancearse y cobrar vida. Aún faltaban unos momentos para que la costa se desdibujara. Christopher Homm se convirtió entonces en la garrapata de un monstruo marino que se zambullía en las profundidades.

Navegaron día tras día, arrastrándose por las cubiertas llenas de agua de mar y vómitos. El mundo mismo se mareaba cuando el inmenso Atlántico azotaba los costados del buque, que se levantaba y caía entre las escarpadas olas. De vez en cuando se oía el fogonazo de un cañón, y los navíos vecinos alcanzaban altas cumbres o se perdían de vista, según exigieran los aterradores contornos del mar. A diario, los hombres desfilaban en silencio por las cubiertas y pasaban al lado de las lanchas que supuestamente les salvarían la vida si aquel cascarón terminaba por partirse en dos y los arrojaba al agua. Christopher Homm se imaginó agarrado a uno de aquellos flotadores, los pocos minutos que lograra resistir antes de extinguirse cuando el agua gélida le cortara la respiración.

Había, en las cubiertas superiores, cuerpos que parecían dotados de humanidad y función, y los artilleros, en sus torretas, se reían y

tenían dientes en la cara tiznada. Pero Christopher Homm solo existía físicamente para marearse; por lo demás no era más que una simple articulación de aquella tropa de fantasmas indistinguibles unos de otros. Ningún recuerdo lo consolaba. Únicamente por confianza en un futuro imposible seguía siendo Homm.

Un día, algo explotó en aquellas tinieblas y Christopher Homm se quedó pataleando en el aire, con unas extremidades de tal tamaño que llegó a rozar con los dedos de los pies el destructor que lideraba la flota. Un resplandor tenue veló el mar y Homm lo vio a sus pies moteado como un mapa de la luna. Palos y cuerpos caían por el aire húmedo y, al acercarse también él más al agua, distinguió los bancos de peces hambrientos y de ojos redondos que acechaban bajo la superficie; y, debajo de ellos, un universo verde de grutas y algas. La masa de su cuerpo disminuyó imperceptiblemente, y convertido en una pequeña réplica de sí mismo se hundió en la envoltura sedosa de una ola. Se sumergió en el agua fría y burbujeante hasta un punto estacionario de enorme presión. Tuvo la sensación de que iba a reventar como un mamparo y de que el frío irrigaba todos sus canales, pero, sin esperanza ni temor, emergió a un aire ordinario y lleno de hombres musculosos que, entre maldiciones y brazada a brazada, intentaban alcanzar las balsas que cabeceaban en el agua. Aquí y allá, un cuerpo más quieto que los demás se hundía con resignación y desaparecía de la vista. Christopher Homm parecía disponer de tiempo infinito para considerar sus actos; al cabo de un rato, con movimientos débiles y grotescos, también él echó a nadar hacia una de las balsas. Cuando su avance se volvía más lento le parecía que sus brazadas tenían una potencia enorme y nunca le faltarían las fuerzas para continuar. De repente, todo se oscureció a un lado de él y, al volver la cabeza, se vio en el flanco de una ballena gigantesca. El animal lo arañó con la piel áspera al darse la vuelta. Homm estaba delante de unas incitantes mandíbulas, y hacia ellas se dirigió como a un puerto seguro.

Una vez dentro, descubrió la boca entera, revestida de una sustancia brillante, dura y roja, como la boca de los animales disecados de los museos. Se abrió camino como pudo por lo que parecía una lengua curva y descomunal que se perdía en la penumbra de una garganta. Sobre él se cernía un paladar cavernoso y festoneado por las estalactitas de los dientes, que eran inofensivos porque estaba tan lejos que no podían tocarlo. La lengua tenía cierto poder coercitivo y lo empujaba hacia la garganta con sus ondulaciones. Tenía que dejarse arrastrar a aquella oscuridad y lo aceptó con resignación. Se encontraba en un elemento muy suave y más denso que el aire. Allí no hacían falta paredes para encerrarlo: estaba en suspensión. Siguió avanzando despacio y descendiendo.

Aquella era una ballena agrícola, y, de pronto, Homm se encontró descendiendo entre un circo de montañas a un valle de prados verdes. Allí viviría y labraría la tierra. Ligeramente por detrás de él, a su izquierda, por eso al principio no lo vio, pacía un caballo junto a un arado que, como si quisiera dar ejemplo, ya había abierto dos surcos y parte de un tercero. Christopher Homm fue primero a abrazar el hocico del caballo. Miró en las profundidades de un ojo pensativo de color marrón azulado y apartó los mechones de crin negra que lo cubrían. La boca caída rezumaba duda y compasión, y el animal tenía unos bigotes, grises y rizados, como los de un jornalero viejo. Parpadeó, movió las mandíbulas y cambió mínimamente de postura. Christopher Homm lo acarició, le susurró y retrocedió por el surco adyacente para echar mano del arado.

Había más de una jornada de faena en aquel campo. Cada vez que llegaba a uno de los dos setos entre los que estaba arando, respiraba hondo, en parte satisfecho con la rectitud del surco que había abierto y en parte admirado del trabajo que aún le quedaba por hacer. Cada vez que daba media vuelta, el arnés tintineaba como si le apuntara un tanto.

Mientras seguía trabajando, el cielo pasó del azul claro, surcado de nubecillas brillantes, a una tonalidad incolora concentrada hacia el oeste.

—Vamos —animó al caballo—. Uno más y se acabó.

El animal salió adelante cabeceando y con paso lento, y, una vez terminada su tarea, Christopher Homm dejó el arado en el surco y echó a andar, con una mano tan ligera en la brida que apenas guiaba al caballo. Levantó la tranca que cerraba la entrada a un lado del campo y sus pies, lo mismo que los cascos del caballo, pisaron entonces el camino de grava. Era una senda estrecha entre los setos. De vez en cuando se encontraban con un conejo parado en el centro algo más adelante. Los estorninos volaban en círculos altos, como si estuvieran cansados. Alguno que otro murciélago revoloteaba entre las paredes de los setos.

Christopher Homm liberó al caballo del arnés y la brida y lo llevó a un prado. Cerró la cancela, dejó al animal debatiéndose entre comer o descansar, y continuó un trecho por la misma senda. Colgó los arreos en un cobertizo y entró por otra cancela en un jardín descuidado. En la ventana de la casita ya ardía una lámpara de aceite. Pasó por delante de la puerta principal, que nunca se abría, y rodeó la vivienda hasta la cocina.

Una mujer de unos sesenta años estaba trabajando en la mesa de madera arañada. Levantó los ojos y dijo:

—Has tenido un largo día de trabajo.

Christopher Homm contestó con una voz tan lenta y desganada

como su cuerpo cansado:

—No tanto.

—¿Has terminado? —preguntó la mujer.

Christopher Homm se acomodó en la butaca de madera.

—Le falta otra mañana, más o menos —dijo.

La mujer se quedó un momento pensativa y luego, como si se reprendiera por algo, dijo:

—Ah, vaya, ojalá.

Christopher Homm se desató las botas.

—¿Ya te vas a la cama? —preguntó la mujer.

Fue una especie de broma mezclada con reproche y sorpresa.

—Cena algo de todos modos.

La mujer puso en la mesa un trozo de queso y una hogaza.

—¿No vas a cortarlo? —dijo él.

—¡Qué impaciente eres! —contestó ella con tolerancia y buen humor. Trajo unas cuantas cosas más a la mesa y Christopher Homm arrimó entonces la silla. Había varias rebanadas de pan gruesas al lado del plato. Cortó una loncha de queso.

—Queda un poco de empanada fría si te apetece.

Christopher Homm no tuvo necesidad de responder: ni siquiera tuvo que levantar la cabeza. Los restos de empanada ya estaban delante de él, y se los comió directamente de la fuente.

Cuando terminó de cenar, se reclinó en el asiento y echó un vistazo a la repisa de la chimenea apagada. A pesar de la escasa luz de la lámpara, era capaz de distinguir con todo detalle el despliegue de cacharros. En un extremo había un jarrón de porcelana blanca, con astillas dentro. El jarrón tenía una capa de esmalte dura, recubierta de polvo en algunas zonas y decorada con un ramillete de rosas rizadas. A continuación había una jarra de cerveza agrietada, con forma de hombre sentado con sombrero negro y reluciente. A su lado había un reloj pequeño que ya no funcionaba. Por último había un spaniel de porcelana, de color beige, y una niña con sombrerito de visera acampanada, con el cuerpo echado hacia atrás para enseñar los volantes de los pantaloncillos.

La lámpara empezó a humear y la mujer la apagó en silencio y sin pánico.

—Buenas noches, madre. —Christopher Homm se levantó y se estiró antes de atravesar el sombrío cuarto de estar con paso lento y subir a la cama. No necesitaba una vela, porque la luna, posada en las copas de los árboles, iluminaba su dormitorio, en el que había una cama de hierro alta, una cómoda y, en una esquina, la silueta luminosa de un aguamanil y una jofaina. Christopher Homm se quitó la camisa y se metió en la cama. Las sábanas estaban frías. En la pared

de enfrente vio los contornos de un texto.

Se acostó mirando a la ventana y se imaginó que se encaminaba hacia el velo de gasa que cubría la luna. Sus ojos se cerraron en un sueño tan apacible como su despertar.

La luz que lo despertó era más amarilla que el oro del sol, y la voz del suroeste de Inglaterra que llegó a sus oídos fue la de un médico militar, bajito y moreno, obedientemente parado al lado de su cama. Oyó el zumbido de las máquinas. Estaba en las profundidades del barco, y a lo lejos, en cubierta, un clarín tocaba diana.

XX



Fue en un pueblo de suelo menos duro que el de Torrington Street donde llamaron a filas a Christopher Homm. La casa en la que vivía allí con Felicia daba directamente a la calle, casi enfrente del puente tendido sobre un río de tamaño considerable. En las aguas del río flotaban restos de aceite, y la basura se acumulaba en los muros de contención. En la otra orilla había grandes naves industriales de ladrillo y alguna que otra grúa. Los tranvías pasaban por delante de la casa de los Homm, camino del puente, mientras que por la cuesta que subía a mano izquierda, donde el tráfico era más ruidoso, circulaban los carros tirados por tranquilos caballos que aún conservaban el olor de los pueblos de los que venían, cargados de verduras. Los carreteros, cansados, giraban en la calle lateral que llevaba al mercado, detrás de casa de los Homm. La plaza del mercado quedaba más o menos a la altura del sombrerete de su chimenea, y esto daba al pequeño jardín trasero el aire de un patio de prisión. A veces caían por encima de la tapia las hojas desechadas de una col o un trozo de periódico húmedo.

—Siguen tirando basura en el jardín —dijo Felicia—. ¿Por qué no haces algo?

Christopher lo hizo una vez. Fastidiado y de mala gana, subió las escaleras por el lado de la casa que daba directamente al mercado. Una mujer que daba mucho miedo, gorda y con una pañoleta de colores en la cabeza, atendía el puesto pegado a la tapia, y en ese momento estaba clasificando las coles y lanzando a un lado y a otro las hojas que iba arrancando. El vestido que llevaba le sujetaba la piel tan poco como la piel la carne. Únicamente la concentración que su escaso cerebro ponía en los dedos le permitía seguir moviéndolos, y, si

este movimiento hubiera fallado, su cuerpo entero se habría vuelto líquido. Christopher Homm se fijó en esto y, además de temerla, se compadeció de ella. Pero Felicia lo había enviado y, con las manos blancas y abiertas caídas a lo largo de los costados, se acercó a la mujer, que seguía concentrada en sus dedos.

Christopher tuvo que echar la cabeza hacia atrás para canturrear su petición.

—¡Está usted tirando las hojas de col en mi patio!

Christopher Homm podía ponerse lo suficientemente furioso para hacer el ridículo pero no para intimidar. La gorda movió los ojos hasta que sus pupilas se fijaron en él. Por un momento, le dedicó toda su atención, y Christopher sintió que se le metía en la cabeza como un ciempiés. Luego, al ver que no era un cliente, arrancó la hoja de la col que tenía en la mano. Lo miró, como preguntando si era eso lo que quería decir, y lanzó la hoja por encima de la tapia. La rabia de Christopher Homm creció tanto como su impotencia.

—¡Una vez cayó una hoja en el cochecito de nuestra niña! —protestó.

—Su madre debería saber que ese no es sitio para poner a la niña —contestó la mujer, pero no volvió a lanzar otra hoja por encima de la tapia. Se estaba protegiendo, más que atacar a Homm o a su hija. Christopher pensó que podía conformarse con eso.

—Es una gorda enorme —le dijo a Felicia cuando volvió a casa—. Le he llamado la atención.

Fue una satisfacción poder informar de que la autora del delito era una mujer. Esto compensaba en cierto modo el hecho de que Felicia le hubiera obligado a emprender aquel viaje tan desagradable. Felicia miró a su marido como si no se creyera esa parte de la historia. Lo de ensuciar el patio le parecía un acto más propio de un hombre.

En aquella época, Christopher y Felicia estaban empezando a cultivar esa hostilidad que con los años acabarían perfeccionando tan bien. Felicia aún no se había vuelto enorme: tenía unos muslos largos y un pelo rubio rojizo que casaban bien con el físico de Christopher. Eran una pareja pasable, nada más; habrían podido presentarse como esclavos en la plaza de un mercado, desnudos y sin avergonzarse de su cuerpo, si a su lado hubiera estado su hija, que ya andaba, como excusa para justificar la pérdida de su lozanía juvenil.

Había una cancela delante de la puerta principal de su casa, y por ella se asomaba la llorona Susan a contemplar el ancho mundo. Lo contemplaba porque le interesaban las piernas que pasaban por la acera y porque allí tenía la seguridad de no haberse perdido a la vez que podía refugiarse en el último rincón de su mundo, donde siempre se cocía algún problema. Si Felicia dejaba en paz a su hija, para

variar, era porque estaba ideando junto a su marido alguno de los pequeños experimentos de odio que el matrimonio ponía a prueba de vez en cuando. Por aquel entonces, sus experimentos tenían la indecisión de una pareja todavía joven que está haciendo sus primeros progresos en el amor.

Christopher veía a la muchacha con quien se había casado preocupada por alguna obligación que le daba un pretexto para no hacerle caso. En esos momentos le asaltaba un levísimo deseo de cogerla para familiarizarse con ella, como si quisiera recuperar por la fuerza la juventud perdida de Felicia. Luego, consciente de que su mujer no recibiría de buen grado un acercamiento amoroso intempestivo, se permitía el lujo de ponerla nerviosa.

—Otra vez no le has limpiado a Susan la nariz. Estaba llena de mocos cuando he entrado.

A Felicia le traía sin cuidado que Susan tuviera la nariz sucia, pero le horrorizaba que la gente pudiera verla así.

—¿No ves que estoy ocupada, preparándote la comida?

Con esto justificaba su negligencia, aunque no tenía la menor intención de tolerar que ninguna palabra de su marido dirigiese sus actos. Por lo tanto, tenía que fingir que la tarea que estaba ejecutando era más importante que la que no había ejecutado.

Cuando Christopher Homm se sentaba a la mesa, Felicia se sentía con libertad de ir a limpiarle la nariz a Susan. Esto le daba cierta importancia, porque mientras estuviera tan atareada no podía ocupar su sitio en la mesa enfrente de su marido. Él comía a la vez que leía el periódico hasta que Felicia se paraba delante de la niña con un pañuelo. Entonces, sin necesidad de mirar, sabía que había llegado el momento de advertirla:

—No te olvides de que Sue sigue ahí fuera con la cara llena de mocos.

Esto era una tortura para Felicia, que no sabía si rendirse en un acto de obediencia o soportar la vergüenza de tener una niña sucia que aireaba la incompetencia de su madre a los cuatro vientos. Tomaba la decisión echando un vistazo a la calle. Si veía a alguna persona conocida, se decantaba por estrujar salvajemente la nariz de la niña y retirar luego el primer plato de su marido antes de que él tuviera tiempo de hacer ninguna pregunta. Pero, cuando volvía con el pudin, él, sin levantar siquiera la cabeza del periódico, le decía:

—Espero que lo hayas hecho.

Felicia se enfadaba tanto que se le atragantaba la comida, y esto era suficiente venganza para Christopher Homm, que atribuía el rechazo del alimento a su incipiente demanda de amor. Pero, si no había nadie conocido en la calle, Felicia podía volver con ventaja. En

ese caso le gustaba convencer a la niña hasta que conseguía que se sentara en el orinal, cerca de la puerta, y se llevaba luego el recipiente usado para que su olor y su presencia se mezclaran con la comida de Christopher. Christopher protestaba, aunque esta vez en el tono más débil de quien ha perdido una batalla.

—¡No sé por qué tengo que soportar esta peste mientras como!

Felicia acercaba un poco más el orinal a la nariz de su marido y contestaba con aire triunfal:

—Ya sabes que, si no llego a tiempo, no consigo recogerlo todo.

A Christopher Homm se le revolvían un poco las tripas y, cuando volvía al trabajo, era Felicia quien se quedaba con la satisfacción de haber ejercitado su odio.

Por la noche, sin embargo, a veces aún se seguía dando casi una concurrencia de amores. Acostada la niña, Christopher y Felicia salían a la puerta a contemplar las luces del puente, que en ese momento empezaban a parpadear. Entonces, a los dos les apetecía salir a dar un paseo, pero no podían. Otros enamorados, que aún no sufrían las consecuencias de su pasión, paseaban cogidos de la cintura. El amor de Christopher, que no abarcaba lo suficiente para satisfacer entre tanta miseria las incesantes necesidades tanto de su mujer como de su hija, recobraba la forma de un anhelo casi adolescente.

Pero tenían que abandonar su puesto en la puerta. Felicia era la primera en retirarse, pretextando alguna obligación que le diera derecho a eximirse de una unión demasiado íntima. Christopher encendía un cigarrillo y sumaba su resplandor rítmico al de las luces que veía a lo lejos. A veces, una barcaza pasaba por el río, y el anhelo de Christopher Homm se hacía insoportable. En esos momentos, hasta decidía trabajar.

Marido y mujer pasaban un par de horas trajinando por la casa, ocupados en diversas tareas. Por aquel entonces, Christopher aún consentía en limpiar el cochecito de Susan. Era un trasto inútil y enorme, con partes de metal y de pintura a las que sacar brillo, y se ponía a trabajar en el patio, con la luz de la cocina encendida y la puerta abierta, agachado en el borde de la oscuridad. Mientras, Felicia planchaba en la cocina, calentando la plancha en el fogón que ocupaba toda una pared. Cuando estaba atareada, cobraba la expresión de una persona pensativa, aunque en realidad solo estaba encerrada en sí misma. Con el cuerpo ocupado en alguna actividad, podía replegarse y ser nada. Estaba haciendo lo que tenía que hacer; y hasta su marido era en ese momento servicial. Bajo la luz de gas todo parecía seguro.

De pronto se oyó un llanto prolongado en el piso de arriba. Felicia perdió la calma y se puso frenética. Empezó a aporrear la mesa de la cocina con la plancha y a exagerar el comportamiento de la niña.

—¡Esa niña no pega ojo en toda la noche! ¿Por qué Sue no es capaz de dormir sin despertarse, como los demás niños?

Esto era un llamamiento a la compasión que Christopher Homm se apresuró a negarle. Entró del patio, con mala cara, y amenazó la ropa limpia con las manos sucias.

—¡No te acerques a la ropa con las manos sucias!

De la hoguera que había encendido alrededor de su hija, Felicia prendió entonces una antorcha con la que atacar a su marido.

—¡Déjala en paz y ya se le pasará! —Christopher sabía que esto era lo más ofensivo que podía decir, porque daba a entender que Felicia no podía hacer nada para tranquilizar a su hija.

—Sí, y nos pasamos la noche aguantando sus berridos —contestó.

En ese momento, Felicia se imaginó que oía el golpe de un bebé al caerse de la cama. Sin dirigir siquiera a su marido una mirada de amenaza, subió corriendo y dejó las puertas abiertas, con la esperanza de que se cerraran de un portazo.

Christopher Homm se lavó solemnemente las manos en el fregadero. No se estaba preparando para ayudar, sino para dejar de ayudar. Metió el cochecito en la cocina y lo dejó donde más estorbase, entre la mesa y el fogón, donde se estaba calentando la plancha. Compuso un gesto de ironía inteligente y se acercó al pie de las escaleras.

Esperaría entre las sombras a que bajara Felicia. Si ella bajaba enseguida, después de haber tranquilizado a la niña, se sentía derrotado. Pero, si se quedaba arriba mucho tiempo y luego aparecía con Sue en brazos, se sentía victorioso. Escogía este momento para salir de entre las sombras.

—No me des esos sustos cuando llevo a la niña en brazos. Se me puede caer.

—¿No puedes hacer nada con ella? —La preocupación de Christopher era sorna.

Cuando Felicia entró en la cocina, tuvo que quejarse de que el carrito estaba en medio.

—¿Cómo voy a sentarme con ese trasto en medio?

Christopher contestó que, por él, el maldito trasto podía quedarse fuera toda la noche; y lo sacó al patio a golpetazos hasta que Felicia le dio nuevas órdenes.

Este combate secundario impedía normalmente que Felicia lograra tranquilizar a la niña. Miraba la carita contraída con ternura, para humillar a su marido. Christopher prefería no mirar a su hija, no fuera a ser que se le ablandara el corazón. Era capaz de soportar sus berridos sin piedad. Abrió el periódico encima de la mesa y fingió que se ponía a leer.

—Tú y tu periódico —dijo Felicia—. Solo piensas en eso.

Esto era justo lo que Christopher estaba esperando. Ahora tenía una excusa para indignarse.

—¡No tengo por qué limpiar el puñetero cochecito! Me da lo mismo sucio que limpio.

Felicia montó en cólera, y todos sus intentos de calmar a Sue resultaron inútiles. Abrazaba a la niña con demasiada fuerza y la acunaba con demasiada brusquedad. Susan subió el tono y lanzó otro aullido interminable.

Cuando llegaban a este punto, Christopher Homm sabía que podía marcharse. Se puso la chaqueta, colgada detrás de la puerta de la cocina, y salió a la calle. Felicia se quedó con la niña y su amargura. Christopher echó a andar entre las farolas, hasta un bar donde los hombres hablaban poco y en voz baja. El camarero le sirvió una pinta de cerveza templada.

Cuando volviera a casa, todo estaría en silencio. Encontraría a Felicia preparando las cosas para la mañana siguiente. No pararía hasta que su mujer dejase lo que estuviera haciendo y subiera al piso de arriba, donde él se la comería fríamente en una cama deliberada.

XXI



La casa de la que se marchó Christopher Homm para entregarse a la desconocida libertad del matrimonio era oscura, lo mismo que la calle en la que se encontraba. Aunque las persianas de la sala de estar no siempre se cerraban, unas cortinas polvorientas ocultaban los muebles, adornados con paños de encaje, a la vista de quienes pasaban por la acera. El piano no podía resonar en la calle y la aspidistra no podía ni ahogarse ni respirar. Para entrar por la puerta principal había que pasar forzosamente por aquella habitación amortajada y tomar conciencia de ella, como si hubiera un cadáver en la casa. Solo cuando uno llegaba a la cocina, con su mantel rojo oscuro, veía algo de luz exterior. Esta caverna era la guarida de Madre y Padre, que allí se amargaban la vida mutuamente pensando a todas horas en sus hijos presentes y ausentes. Fue de aquellos peñascos de los que tuvo que escapar Christopher cuando empezó a cortejar a Felicia.

Madre y Padre se pusieron muy pesados cuando se dieron cuenta de lo que Christopher se traía entre manos. Se miraban como cangrejos, cada uno a un lado de la chimenea, sacaban las pinzas y se enzarzaban en largas conversaciones sobre lo que estaba pasando. Madre tenía ya entonces el pelo blanco, la misma cara tensa y colorada de siempre, y los huesos largos todavía rectos. Los dardos que lanzaba sobre la alfombrilla de la chimenea salían disparados con rencoroso dolor.

—Chris no necesita ir detrás de una chica como esa. Ya tendrá tiempo para eso más adelante.

—Tampoco es que me dé demasiado dinero a la semana, pero no me vendría mal que siguiera ayudando un par de años más.

—Ya lo ves, primero se va la una y luego el otro. No piensan más que en salirse con la suya.

Padre no necesitaba prestar atención a estos comentarios, porque tenía sus propias razones para compadecerse del dolor. Un reúma abrasador le había encorvado los hombros, y los huesos doloridos le tensaban los tendones de los músculos, antes fuertes, que los cubrían. Hablaba poco, porque iba a morir sin ningún consuelo, en una casa donde nadie podía hablar con él. Su familia no entendía el mundo que llevaba dentro desde su juventud. Aparte de algún oráculo infrecuente al que nadie hacía caso, y de los mínimos gruñidos y señales imprescindibles para impulsarse en el ciclo de despertarse y alimentarse, había renunciado prácticamente al lenguaje. De todos modos, todavía era capaz de tener una conversación con su mujer, esquivando sus mandíbulas para que ella se viera obligada a insistir si es que se proponía matarlo con su propio dolor.

Reunía la conciencia suficiente para responder a los comentarios de la madre sobre el novizago de Christopher con un:

—Pronto verá lo que le espera.

Con esto daba a la conversación otros diez minutos de cocción a fuego lento, pues no era más que una defensa con la que Padre se quejaba de sus propios males, y Madre tenía entonces que encontrar el modo de descargar su dolor por encima de esta barrera o a través de ella. Cuando lo lograba, Padre tenía que echar mano de unos pocos monosílabos más para protegerse.

—No tardará en aprender.

—No sabe lo que es el trabajo ni lo que es la vida.

No había nada que hacer con Madre; no había nada que hacer con Chris. ¿Por qué no dejaban a Padre agonizar tranquilamente?

Pero, incluso para Padre, el novizago de Christopher tenía cierta utilidad como ejercicio de su humor taciturno. Cuando el chico volvía de pasear con Felicia, podía echarle en cara su inexperiencia con un silencio feroz. El silencio llegaba del rincón del cuarto donde estaba sentado, y atrapaba y aterraba al hijo como un pulpo. La confianza que el cuerpo de Christopher había adquirido temporalmente en las aspiraciones ancestrales del amor se esfumaba de golpe: agachaba los ojos, o ponía una expresión furtiva, y sus extremidades se quedaban sin una articulación fiable. Empezaba a dar vueltas, con los hombros caídos, y buscaba algo que hacer. Incluso ayudaba a Madre con la cena para justificar sus movimientos.

Cuando Padre y Madre lo tenían sentado a la mesa, pasaban a practicar un deporte más activo. En el preciso instante en que Christopher se estaba llevando a la boca el pan con margarina, Madre, con la tetera en la mano, le dijo:

—¿Has vuelto a salir con esa chica?

Christopher, que ya era un hombre hecho y derecho, miró el plato y se metió rápidamente en la boca el pan con margarina, para demostrar que no iba a dejarse arredrar por la pregunta.

—Hemos ido a dar un paseo.

Madre reaccionó con desprecio. La respuesta confirmaba sus peores temores y además no era verdad. Su hijo y esa chica habían estado haciendo otra cosa.

Padre soltó el aire por la nariz y sorbió el té haciendo ruido. No necesitaba decir nada. Conocía esas cosas perfectamente. Lo que estaba haciendo su hijo era una trivialidad o una estupidez. Eso era lo que cabía esperar. Así era el mundo, y su hijo un chico débil y tonto.

A Madre le gustaba sonsacarle algunos detalles.

—¿Habéis ido al prado alguna vez?

Christopher se vio acorralado, pero contraatacó diciendo que era un sitio muy bonito. Estaba lleno de flores blancas, dijo, como si ofreciera un ramo a su madre, para aplacarla.

Pero ella sabía lo que la gente iba a hacer al prado.

—¿Os habéis sentado un rato?

—No más de un minuto. Hacía un poco de frío.

Padre sopló el té y se tomó los restos haciendo gárgaras. Cuando dejó la taza en la mesa, cruzó con Madre una mirada de insólita franqueza. Ella le estaba diciendo: «Te lo dije»; y él le estaba diciendo: «Esos apetitos son la ruina, pero Chris tiene que seguir su camino».

Chris no iba a seguir su camino tan fácilmente. Los demás hijos ya se habían ido de casa, y este era el último trastorno que la vida prometía. Habían sido cinco las bocas dependientes y subordinadas que se sentaban alrededor de aquella mesa. Uno por uno, habían crecido en descaro y valentía y se habían marchado de aquella cocina para no volver. Cada vez que un hijo se iba, los padres se concentraban en los que quedaban con mayor cinismo. Cuando se fue el primero, comprendieron que no tenían escapatoria y pensaron que los hijos eran un estorbo, pero eso no era razón suficiente para dejar que se marcharan. Temían más que nada el silencio: verse sentados frente a frente, cada uno a un lado de la alfombrilla de la chimenea, escuchando la paciente labor de la carcoma dentro del otro. Padre encontraba cierto consuelo en el hecho de que había decidido morir, pero la propia decisión le infundía una serenidad que amenazaba con prolongar su agonía.

Por fin llegó el momento de que Felicia entrase cordialmente en la familia. Se eligió un domingo, pues en la calma y el silencio relativo de este día de la semana podían analizarla más despiadadamente. Padre se puso su mejor chaleco y sus mejores pantalones, y una

camisa limpia con las mangas pulcramente subidas. Madre se puso su mejor vestido brillante y una sonrisa de extrema dulzura, calculada para disuadir a cualquier chica de convertirse en su nuera. Christopher cobró plena conciencia, en el momento de abrir la puerta, de lo miserable que era su hogar, aunque en la profunda oscuridad del pasillo quizá pudiera ocultarse un tesoro escondido. Padre y Madre habían estado discutiendo si debían despertar a los muertos y emplear para la ocasión el cuarto de estar. Libraron un combate implacable delante de la chimenea. Madre era partidaria de recibir a la chica en el cuarto de estar, pero esto exigía mucho trabajo, porque su propia casa iba a verse sometida a un examen tan riguroso como la personalidad de su futura nuera. Christopher tenía la esperanza de que ella ganara la discusión, pues entre el sombrío esplendor de los tapetes de ganchillo su familia podría evitar la deshonra por los pelos. Pero Padre se negaba por principio a utilizar esta pieza, y el principio, al parecer, era el de no ponerlo todo patas arriba solo por la visita de la chica. Además, creía que dar su consentimiento equivalía a complacer a su mujer, y tenía la firme certeza de que eso era algo que solo convenía hacer en contadas ocasiones.

Así, Christopher tuvo que poner la mano en la espalda de la aterrorizada Felicia y empujarla en la oscuridad hasta la puerta de la cocina. Le estaba dando un beso en la nuca, para animarla, justo cuando Madre abrió la puerta, luciendo su vestido brillante y su sonrisa más dulce.

—Ah, ya estás aquí, querida. No sabíamos cuándo vendrías.

Lo dijo en el tono exacto para que Felicia viera que solo estaba fingiendo que había abierto la puerta en ese momento por pura casualidad y que, en realidad, la había estado observando a través de la puerta cerrada, que era capaz de observarla incluso a través de un muro de ladrillo. El tamaño de la mesa no dejaba libertad de movimientos, y Madre se las ingenió para encajonar a Felicia contra la pared, justo al lado de la puerta, envolverla con su pérfida sonrisa y ofrecerla al escrutinio de su marido, que sonreía como un bobo desde el otro lado. Cuando Padre vio a la muchacha, atractiva y cohibida, en su guarida normalmente lúgubre, se olvidó de sus principios y se propuso ser galante. Hasta tropezó con la pata de una silla cuando intentó acercarse a ella.

—Encantado de conocerla, señorita.

Sonrió como un idiota.

Madre no estaba dispuesta a tolerarlo.

—¿Quieres subir, querida?

Era evidente que iba a llevarse a Felicia por la fuerza, incluso a gritos si fuera necesario, sentarla en el dormitorio y dejar parte de su ropa encima de una cama para poder hablar con ella lejos de los

hombres. Felicia intentó decir que no necesitaba subir, que podía colgar su abrigo al lado del de Christopher, en el perchero del pasillo. Pero la sonrisa de Madre había cambiado y ahora era de condescendencia desmedida. Como mujer y como la mayor de las dos, sabía lo que quería la muchacha mejor que ella misma. No iba a consentir que la privasen del placer de arrastrar a su víctima a la fosa de los misterios femeninos. Cuando salieron de la cocina, el aspecto de Madre era el de quien solamente espera el momento de alejarse del alcance del oído de los hombres para hacer ciertas preguntas cuyas respuestas, por decoro, ningún hombre debería oír.

En la cocina hubo una pausa, hasta que Padre se avino a reconocer que se había restablecido cierta normalidad. Luego, como si estuviera muy sereno y al mismo tiempo con una satisfacción no del todo agradable de ver, dijo:

—Es guapa tu novia. Tiene una cara bonita.

Christopher no podía objetar nada. El tono, además de una excitación rara en un hombre de su edad, denotaba la sorpresa de que un bobo como su hijo hubiese elegido tan bien. Darle la razón a Padre habría equivalido a coincidir en la opinión que este tenía de él.

Madre y Felicia volvieron al cabo de un rato. Era evidente que habían establecido cierta intimidad. Madre había hecho valer sus derechos para que no hubiese ya ningún peligro de que Felicia respondiera con demasiada complacencia al «encantado de conocerla, señorita» de Padre y tampoco buscara demasiada protección en Christopher. El resto de la visita se comportó como mujer en alianza con la otra mujer de la casa, y optó por tratar a los hombres como a enemigos.

Se sirvió el té con cierta parafernalia. Se sentaron y, mientras comían, Christopher no pudo dejar de fijarse en que los modales de Felicia eran mejores que los de Madre y Padre, por más que los dos se estuvieran esmerando. Incluso se observaba entre las dos mujeres una fea competición, en la que Felicia no tuvo el tacto suficiente de dejarse ganar.

En cuanto terminaron de tomar el té, Madre volvió a sonreír a Felicia con gesto autoritario, esta vez para indicarle que fregarían los platos juntas. Se retiraron con la vajilla al fregadero y cerraron la puerta, cosa que la señora Homm no hacía jamás en parecidas ocasiones. Christopher no se movió, alicaído y atento al murmullo incomprensible de la conversación que discurría al otro lado de la puerta. El tono, que era lo único que podía captar, le pareció alarmantemente agradable, y Felicia salió del fregadero como si hubiera disfrutado con la charla.

—Tu madre es muy simpática, ¿no? —le dijo más tarde a Christopher, cuando por fin pudieron escaparse y salir a respirar el

aire normal de la calle.

—¿De qué habéis hablado? —le preguntó Christopher. Estaba sinceramente desconcertado, pues no se le ocurría ningún tema posible para tener una conversación cordial con Madre.

—De nada.

—Algo habréis dicho en el rato que habéis estado allí. Os oía hablar, pero no entendía lo que decíais.

—Eres un cotilla. —Felicia se sentía ya tan segura como una mujer casada y no tenía intención de permitir que Christopher se inmiscuyera en ningún secreto.

Siguieron paseando y hablando de otras cosas y de nada en particular, hasta que Felicia dijo:

—Tu padre le da muy malos ratos a tu madre, ¿verdad?

A Christopher le pareció una impertinencia.

—No que yo sepa —contestó. Empezaba a sentir, algo que no había sentido nunca, una solidaridad con su padre contra el mundo conspirador de las mujeres—. A Padre le gusta que le dejen tranquilo —añadió, como si a su vez estableciera un principio concebido para guiar el curso futuro de su propia vida.

XXII



Felicia se encontraba en la esquina de una calle cuando Christopher se fijó en ella por primera vez. Estaba allí sin ningún propósito formado, y con el cuerpo, a esa hora en que empezaba a caer la noche, lleno de un sueño de esperanza. Pero, si Christopher se hubiera atrevido a hablar con ella, cosa que distaba mucho de sus intenciones, Felicia habría salido corriendo, pues por aquel entonces aún no quería destruir sus esperanzas haciéndolas realidad. La calle era oscura y sin jardines, y las sobrias fachadas de las casas tenían una elegancia a la que ella no prestaba la más mínima atención. El color de la escena no era gris, sino de un tono sepia suave. Contra los adoquines resonaban los cascos de un enorme caballo de tiro que se acercaba piafando por la calzada, con la cabeza y las patas peludas perfiladas en la oscuridad. Christopher Homm se sintió como lo que era, un joven insignificante y anodino, y pasó por delante del caballo y la chica camino de su casa, en una de las viviendas de sobria fachada.

Fue una tarde menos sombría, un fin de semana, cuando Christopher volvió a encontrarse con Felicia. Esta vez la vio debajo de los plátanos que crecían en una acera amplia, al lado de una caseta donde los empleados municipales guardaban sus palas, con una amiga, más rellenita y casi feúcha, a la que Felicia permitía salir con ella para realzar su hermosura. Christopher también iba con un amigo, un chico colorado y desenvuelto al que necesitaba para no limitarse a mirar a las chicas, sino para atreverse a tratarlas con el debido descaro.

El ambiente de este encuentro fue el de un acontecimiento social en toda regla. Felicia no tenía miedo cuando su amiga estaba con ella y Christopher se sabía capaz de hacer frente a la ocasión como simple

comparsa del chico colorado. Fue este último quien llevó las riendas de la conversación hasta su punto crítico. Había empezado diciendo:

—¿Salís con chicos alguna vez?

A Christopher le horrorizó la osadía; la chica rellenita se echó a reír y se puso a arrastrar un pie adelante y atrás; y Felicia, muy seria, con el pelo tirando a rubio apagado, negó con la cabeza y se sonrojó. Era ella la que quería salir con un chico, pero el de la cara colorada estaba mirando con ojos codiciosos a la rellenita que, según creyó, le había dado pie.

—Seguro que tú sí —añadió el chico.

Esta vez, la rellenita le volvió la cara, fingiendo que sabía lo que él estaba buscando y que le daba vergüenza. Felicia ni siquiera se movió y Christopher, abrumado por su mera presencia, perdió la facultad del habla.

Otra noche volvieron a encontrarse los cuatro en el mismo sitio.

—Eres un poco lento —le había dicho su amigo a Christopher. Los otros dos se las arreglaron para desaparecer y dejaron a Felicia y a Christopher solos y sin saber dónde meterse.

Christopher no habría abierto la boca si no hubiera creído que el honor se lo exigía. ¿Qué iba a decirle a su amigo si después le preguntaba qué había pasado?

—¿Adónde vas? —le preguntó a Felicia.

Felicia no sabía si responder o no. Por fin dijo:

—Voy a casa, naturalmente. ¿Qué te has creído?

Christopher lo dejó ahí. No podía ir con ella.

Pero, alrededor de una semana más tarde, Christopher iba paseando por las calles más anchas que llevaban al hospital con aquella chica de increíbles encantos. Sus poderes mágicos le privaban de las pocas palabras que tenía, y recorrieron varios kilómetros en silencio, por barrios de mala muerte que él apenas conocía. Lo único que pensaba, cada vez que se acercaban a una esquina recóndita, era cómo besarla, pero cuanto más crecía su angustia, más perdían el valor sus labios y sus manos. Tenía un cuerpo tan insustancial que su voluntad, lisa y llanamente, no era capaz de impulsarlo. Si conseguía andar era por una necesidad que le obligaba a seguir el ritmo de la chica.

Felicia, a la vista de aquel abismo de insulsez cada vez más profundo, sentía un creciente poder. Cuando se adentraron por un callejón dividido por un poste de hierro y ensombrecido por un muro de ladrillo alto, Christopher casi habría podido encontrar la determinación necesaria para cogerla de la cintura si Felicia, justo en ese momento, no se hubiera puesto a hablar tranquilamente de la tienda en la que trabajaba.

—Es un tipo divertido el señor Frithy, o sea, el tendero. A veces me lanza miraditas, pero a mí no me molesta mientras me pague al final de la semana. Aunque cuando no entran clientes me aburro, porque no me gusta estar sin hacer nada.

Christopher se sintió acobardado y celoso, pero de repente estaban cerca de casa y tuvo que despedirse de Felicia. ¿Cómo podía darle a entender para qué salía con ella?

El siguiente paseo que dieron juntos fue distinto. Esta vez los dos parecían serios y los dos eran capaces de hablar. Christopher buscó con desesperación, en su miserable cabeza e historia, algo de lo que presumir.

—Tengo parientes en el campo. Crían patos, y mi tía les da lombrices a puñados.

Felicia no vio nada interesante en esto y empezó a poner el contrapunto.

—El señor Frithy me pidió que limpiara el escaparate en Navidad, y dice que volverá a pedírmelo cuando quiera ponerlo bonito.

Christopher no se dio cuenta de que Felicia no le había hecho caso y siguió a lo suyo:

—Es divertido ver cómo se comen los patos las lombrices. Y también ponen huevos.

Se imaginó los huevos pálidos, amontonados debajo del seto.

Felicia contestó:

—El caso es que yo me esmero en arreglar el escaparate y él coloca las cosas de cualquier manera. No te imaginas el polvo que tenían cuando las saqué.

Christopher miró de reojo y vio que tenía cerca la mejilla resplandeciente de Felicia. Era agradable tener a alguien que se interesaba por lo que uno decía.

—Y también tiene gallinas, claro —añadió. Y, al imaginárselas correteando por el prado verde, supuso que a Felicia le gustaban tanto como a él. Esta vez la chica fue tan rápida en demostrar que lo comprendía que lo cortó en seco.

—El señor Frithy me estaba mirando cuando bajé del escaparate, y tuve que bajarme la falda corriendo.

Felicia se rió de la provocación que había lanzado y Christopher por fin oyó lo que estaba diciendo. Una furia taciturna que brotó de oscuras partes internas aniquiló su euforia. Esta vez, cuando cogió a Felicia de la cintura, lo hizo con desafío.

En ese estado de ánimo y en silencio, siguió adelante con ella hasta que llegaron a un prado comunal. Allí le dio un vuelco el corazón al pensar que podía acercarse a su cuerpo. Felicia únicamente existía para él como un recipiente vacío.

Ella, para desafiarlo, reanudó su conversación sobre la tienda.

—Cuando llegué no me imaginaba que hubiera tantos tipos de cigarrillos distintos. Aunque sobre todo hay Woods.

Mientras continuaba su charla, hacía mohínes sin ton ni son, fruncía el ceño y hasta gesticulaba un poco de una manera que amenazaba con dislocarle el brazo. Christopher se dio cuenta de que Felicia intentaba ser una persona. Se sintió frustrado y acorralado, viendo que ella se comportaba como si estuviera participando en un importante acontecimiento social. Él casi nunca había hablado con nadie, aparte de su familia y unos pocos compañeros del colegio. Felicia era consciente de su ventaja.

—En casa siempre damos una fiesta por Navidad, como es lógico, y el señor Frithy me deja llevar algunos dulces. También había cigarrillos: no te imaginas cómo se pusieron los chicos al verlos.

Christopher declaró que él no pensaba mucho en las fiestas, aunque se imaginaba que estaban muy bien para las chicas.

Felicia contraatacó señalando con mucho énfasis que a algunos chicos les gustaban. Por cómo lo dijo, pretendía insinuar que eran chicos más sensibles que él.

—A algunos les gusta el ramito de muérdago que ponemos al lado de la estufa.

Se echó a reír y Christopher se la imaginó asfixiada por besos lascivos. Se enfurruñó y se quedó callado.

—¿Qué tal si nos sentamos ahí? —preguntó al cabo de un rato.

Felicia creía que hacía demasiado frío para sentarse. Además, ¿no estaría la hierba húmeda? Siguieron paseando hasta una arboleda donde Christopher prácticamente la tiró al suelo. Allí tumbados, descubrió un cuerpo completamente distinto del suyo, y esta diferencia le indujo a creer en un temperamento afín. Pero, incluso cuando estaban abrazados, Felicia seguía hablando de cualquier cosa.

—El domingo que viene tengo que ir a tomar el té con mis primos.

—Si libras medio día los miércoles, puedes echar un vistazo a las tiendas que cierran los sábados.

El cuerpo de Christopher estudiaba a Felicia a fondo, en todos los puntos en que ambos podían tomar conciencia del otro. Casi no había terminado de desabrocharse la gabardina cuando Felicia se levantó de un salto y volvieron a casa paseando. Sin embargo, a partir de ese día se sintió con derechos sobre ella.

Los meses siguientes, y el par de años posteriores, fueron para Christopher un progreso decidido hacia un cuerpo desnudo. Aunque sus acercamientos y su conversación eran titubeantes, se sentía orgulloso en todo momento, impulsado por un propósito más firme que cualquiera que él hubiera podido concebir. Ni siquiera necesitaba

ser consciente de su propósito, que crecía con certeza y sin escollos entre las innumerables confusiones de su mediocre cerebro.

Felicia, mientras tanto, ejercitaba su inteligencia. Cuando aquel joven la sitiaba ciegamente, como si fuera una ciudad a punto de caer, ella planteaba una serie de dilemas para distraerlo.

—Creo que una persona puede ser igual de buena aunque no vaya a la iglesia.

Y por raro que parezca, con el limitado vocabulario que tenían los dos, conseguían disertar sobre esta cuestión un par de horas. Christopher era plenamente consciente de que estaba fuera de lugar lanzar un ataque demasiado duro en el transcurso de estas deliberaciones.

—No creo que todo lo que cuentan los periódicos sea cierto.

Este tema no tenía el carácter sagrado del primero, pero tanto Felicia como Christopher encontraban más fácilmente argumentos para ilustrarlo, y Christopher aguantaba dos horas y media sin más que un par de besos.

—Creo que a las chicas deberían permitirles divertirse tanto como a los chicos.

Christopher se aferró a este tema, cuando Felicia lo sometió a deliberación, porque sus íntimas intenciones subterráneas lo comprendieron más deprisa de lo que su simple ingenio habría sido capaz. Pero Felicia lo desvió, para demostrarle que solo quería decir que no era justo que las chicas tuvieran que ayudar a poner la mesa y fregar los platos mientras a los chicos se les perdonaba todo, como a sus hermanos.

También iban a ver cosas deliberadamente, aunque eso en realidad iba en contra de la conciencia de Christopher. Tenía ojos para ver cuando decidía levantarlos del suelo, pero las imágenes que llenaban su cabeza eran un montón de fotografías tomadas involuntariamente.

—¿Qué te parece si vamos a los muelles a ver los destructores?

A Christopher le parecía bien cualquier sugerencia, y allá que iban. Los marineros le hacían guiños a Felicia y la ayudaban a subir y bajar por la pasarela, como si Christopher no estuviera presente.

—Qué simpático el chico que nos lo ha enseñado.

—Aunque no sería marinero si pudiera conseguir otro trabajo. Así es como los cazan.

Christopher y Felicia iban incluso a visitar el castillo, como si les interesara de verdad.

—Seguro que eso es muy antiguo —decía Felicia, mirando como si estuviera apreciando algo.

Christopher Homm no veía qué importancia podía tener que fuese antiguo.

Se suponía que en estas excursiones los espíritus de Christopher y Felicia crecían juntos.

—Tienes que conocer muy bien a un chico antes de dejarle que te toque. —Ese había sido el consejo que su madre le dio a Felicia cuando vio, a su pesar, que su hija estaba saliendo con un chico.

A Christopher, su padre le aconsejó que se asegurara de que Felicia era buena ama de casa. Christopher se olvidó de este consejo enseguida, porque no tenía ninguna relevancia para los propósitos que lo poseían.

Cuando se peleaban, pensaban que su creciente unión espiritual se había alterado temporalmente. Hacían las paces con besos innecesarios, y Felicia, que por aquel entonces era la filósofa, razonaba sobre las causas.

—Nos llevamos mejor que antes —señalaba—. Es cuestión de llegar a conocernos un poco mejor.

Las discrepancias se acabarían con el tiempo. Esto parecía una razón para prolongar el noviazgo.

Christopher soportaba esta filosofía con paciencia porque, a menos que tuviera mala suerte, este tipo de discursos podían ser el preludio de nuevos abrazos y también más atrevidos. Cuando estaban tumbados, haciendo las paces, habría podido proclamar, si hubiera formulado una opinión, que empezaba a comprender mejor a Felicia.

—Ahora estamos más cerca —decía ella. Eso era cierto.

Cuanto más se adentraba Christopher en el solitario mundo de la sensualidad, mayor era su sensación de haber encontrado una compañera. Cuanto mayor era su engaño, mayor era su placer.

Entretanto Felicia iba culminando sus propios planes. En los paseos que daba ahora con Christopher incluía visitas a las tiendas de artículos domésticos. Una vez, aunque solo lo hizo por tantear el terreno, incluso se pararon delante de una joyería.

Ni siquiera cuando Felicia lo llevó a una tienda de muebles y lo tuvo media hora mirando al escaparate Christopher se dio cuenta de que aquello era una preparación para el matrimonio. A Felicia, sin embargo, el tiempo de exposición le pareció sin duda suficiente, porque para el siguiente paseo se puso el vestido que se desabrochaba por delante.

XXIII



Los misterios de Felicia no se revelaron para Christopher antes de que hubiera buscado su amor en otra parte. Su primer amor había sido el conocimiento, un frágil precursor que tropezó con la más perdurable Felicia y fue sustituido por ella.

Christopher, que tenía un cuerpo torpe además de aversión a la violencia, no podía juntarse con los chicos que se juntaban alrededor de las farolas, silbando y voceando, sino que se adentraba tristemente en los rincones tranquilos de la ciudad donde se encontraba el conocimiento. Uno de sus lugares favoritos eran unos soportales, en cuyos recovecos tenía la sensación de que nadie lo veía. Lo que se exhibía delante de las pequeñas fachadas de los comercios le permitía ocultarse de la crueldad de los chicos, y los arcos le protegían de la ira del cielo. La luz que entraba por las claraboyas era humana y dócil. Allí podía mirar chatarra vieja, ídolos y ruedecillas de armazones de cama de hierro, igual de maravillosos para unos ojos desesperados por saciar su deseo. Más que concentrarse en estas cosas, lo que hacía Christopher era evadirse del resto del mundo. Habría preferido estar solo pero, como eso era imposible, confiaba en compartir el mundo únicamente con un objeto insensible.

Un poco más adelante, en los mismos soportales, se encontraba el templo de un conocimiento más discursivo. Allí, sobre una mesa de caballete, se vendían libros a dos peniques. Christopher no se atrevía a levantar los ojos para admirar los magníficos volúmenes del escaparate, pero, incluso con los párpados bajados, a veces veía su brillante y orgullosa exposición. Estos libros tenían un aire de opulencia y un poder particular. No se limitaban a reposar en el escaparate. Se hallaban como en un estado de suspensión dependiente

de su propia actividad. Y, en el centro del escaparate, había un ejemplar en folio, abierto, que lucía en su anteportada exquisitos ornamentos jacobeos y solemnes figuras musculosas de hombres y mujeres en completa e impasible desnudez. Los volúmenes que Christopher podía tocar estaban más pegajosos que polvorientos. Acariciaba los lomos con un dedo, como si esperase que alguno pudiera dar un salto y llenarlo de conocimiento. Pero los libros no se movían, y no encontraba ningún motivo para elegir uno en lugar de otro. Uno tenía la portada brillante y el título grabado en relieve con letras chabacanas; otro llevaba ilustraciones rojas y azules en la contra cubierta; algunos no tenían tapas. Eligió uno cualquiera y, al ver que contenía sumas, lo dejó donde estaba; cogió otro y leyó unas líneas que hablaban de una muchacha raptada por su enamorado, pero la página siguiente resultó decepcionante. Su siguiente elección le mostró un diagrama que describía supuestamente, eso pensó con incredulidad, los órganos reproductivos femeninos. Estaba intentando descifrarlo cuando el librero salió a la puerta y se quedó mirándolo.

Christopher se llevó un susto de muerte al verse sorprendido en lo que sin duda era un delito flagrante. No se movió automáticamente, porque eso habría sido un reconocimiento de culpa, sino que esperó un momento antes de pasar a una página en la que solo se vieran indistinguibles líneas de texto impreso. El librero, como dando a entender que conocía aquel ardid, levantó un brazo rápidamente y se rascó la cabeza. Christopher dejó el libro en su sitio con disimulo.

Para demostrar que tenía intereses católicos, Christopher Homm escogió otro ejemplar. Sus ojos cobraron un gesto tan furtivo, en el intento de mirar a la vez el libro y al librero, que este hizo otro movimiento aún más inquietante que el primero. Cogió dos libros y los golpeó uno contra otro, para quitarles el polvo. Después, volvió de nuevo la cara redonda hacia Christopher Homm y asomó los labios húmedos por debajo del bigote castaño. Cuando por fin se decidió a hablar, fue como si llevara un buen rato inclinado a manifestar una opinión pero no quisiera expresarla hasta haberla sopesado a fondo, con más cuidado de lo necesario.

—Más vale que te largues —dijo—. No eres de los que compran libros. Eres más bien de los que los birlan.

Christopher Homm no encontró una respuesta para este insulto. Con las mejillas encendidas, se vio expulsado de los soportales y devuelto al mundo exterior. Dio un largo rodeo por las calles más concurridas, para evitar las miradas de los jóvenes que quizá no lo consideraran lo suficientemente golfo, y así llegó a su casa y releyó el periódico que había estado hojeando antes de salir.

Otro de sus refugios, menos frecuentado porque estaba más lejos, era la exposición de animales disecados que pasaba por Museo de

Ciencias Naturales. Eran las partes más antinaturales de la colección las que más atraían a Christopher. Los ciervos y los antílopes que ocupaban el vestíbulo tenían un aspecto andrajoso y meramente humano, y la jirafa era demasiado alta para que la mirada baja de Christopher alcanzase a verla antes de rodear la planta superior de la galería, cuando la cabeza del animal aparecía improbablemente al mismo nivel que sus botas. Más que contemplar los animales, lo que hacía Christopher era replegarse de vez en cuando mientras los miraba un momento de reojo. En el silencio eclesiástico del museo se sentía a salvo y no necesitaba concentrarse, llevado por el pánico, en nada en particular. Le bastaba con evitar los espíritus o los augurios más nefandos que seguramente acechaban incluso allí. Así, pasaba por debajo del gigantesco esqueleto de la ballena y por delante de las relucientes mandíbulas del caimán, hasta que llegaba al silencio más vacío del centro de la sala. Había, de todos modos, una pieza que lo atraía con sus poderes mágicos. Se trataba del trofeo de algún cazador de cabezas que había terminado expuesto en una vitrina, al lado de los monos disecados. En esta cabeza seca y arrugada, en su falta de vida y su aspecto grotesco, Christopher Homm encontraba una similitud. Podía quedarse delante de ella como si estuviera hablando con su alter ego. Sin embargo, la cabeza nunca le decía nada, y lo más parecido a la amistad que conseguía Christopher era la imagen que se llevaba para, por la noche, soñar con su propia cabeza reducida y expuesta en la vitrina junto a la del isleño de los mares del Sur.

Este recuerdo era demasiado absurdo para que se permitiera evocarlo en sus horas de vigilia. Pero, a veces, cuando vagaba por las calles, se imaginaba que su aterrorizada cabeza tenía las mismas cualidades que aquel fantasma físico. Era lo mismo que sentirse observado. Si Christopher aspiraba a contemplar y a saber era solo porque mientras ejercitaba esta atención perdía la conciencia de sí mismo.

Las cosas que veía en la calle pocas veces le daban esa seguridad. Únicamente una impresión intensísima, que apenas podía soportar, lograba transformarlo en un ser que miraba más que ser mirado. Por eso se alejaba de las calles y se refugiaba en casa. Subía las escaleras oscuras y se tumbaba en la cama con un periódico, aunque lo que allí veía era poco más objetivo que unas manchas de luz que flotaban delante de sus ojos. Las letras se le metían en la cabeza, y le entraban ganas de rascarse. Algunas de las revistas que compraba su madre eran todavía más absorbentes. Cuando se llevaba una de ellas a su escondite del piso de arriba, podía perderse en un relato que le despertaba emociones incomprensibles. Despreciaba a los jóvenes, más corpulentos y atractivos que él, que en la fotografía aparecían sonrientes, con sus mandíbulas cuadradas y sus ramos de rosas. Los

ojos de Christopher, como los de aquellos muchachos, solo se fijaban en la chica, tímida, distraída y recatadamente vestida, que estaba delante de ellos, con los párpados bajados. En aquellas historias, siempre se estimulaba el deseo mediante una privación casi insoportable. El joven tenía que marcharse, bien porque lo llamaban a filas o porque era demasiado noble para hablar. La chica quedaba atrapada en el drama de la amenaza de una ceguera o de una enfermedad que finalmente no llegaba a sepultarla, o bien, para seducir a su enamorado, fingía una tímida y coqueta devoción a un pariente moribundo. Christopher se veía impelido a soñar, en un sueño indefinido, con situaciones que lo llevaban muy cerca de alguna escena de juveniles saltos de cama. En su vaga imaginación, difícilmente sabía si había o no un cuerpo cálido y joven junto al suyo en la oscuridad. Entonces, un grito en el piso de abajo o un simple arrebato de vergüenza le hacían volver la vista al ventanuco por el que entraba la luz destructora. Veía un mar de tejados y chimeneas en ruinas, y sentía un hormigueo en el cuerpo que no le permitía contemplarlos como estampas de un mundo sereno y capaz de impartir ecuanimidad si se fijaba en ellas un buen rato.

Perdida la esperanza, tanto en ese mundo exterior como en el mundo interior de sus fantasías, se ponía delante del espejo a observar sus raras facciones. No podía mirarse sin torcer la boca en una mueca o dar a sus ojos la expresión de un loco. Tampoco era capaz de quedarse mucho rato contemplando estas imágenes distorsionadas. Necesitaba hacer algo con los dedos. Los veía en el espejo, avanzando por la cara antes de que su voluntad se lo hubiera ordenado. Se acercaba entonces un poco para localizar una espinilla o un punto negro. Se lo apretaba y, cuando conseguía reventarlo con efecto, sentía la misma satisfacción que la parte en cuestión. Se estaba liberando de pequeños átomos corruptos amarrillos o negros. En esta cacería, se apretaba la piel hasta que acababa lleno de rojeces.

Otro grito en el piso de abajo lo apartaba normalmente de este acto de estudio y purificación, aunque a veces, cuando no había nadie en casa, o cuando era la hora de irse a la cama, se desnudaba en dos o tres movimientos y se quedaba delante del espejo. Lo que veía era un cuerpo pálido y flaco, y echaba la cabeza y los hombros hacia atrás a la vez que encogía el abdomen con la esperanza de cobrar cierto atractivo gracias a estas mejoras. Aun así, lo que buscaba en su imagen no era tanto belleza como algún rasgo que lo convenciera de su humanidad. Sacaba a hurtadillas de un cajón un tesoro que había encontrado en una tienda de baratijas sucia y que le había costado seis peniques. Era un modelo de cartón, de casi medio metro de alto, de un cuerpo masculino, hecho con varias láminas que permitían retirar la piel para revelar los músculos, luego los músculos para revelar las

venas y arterias, y finalmente esta lámina para revelar los órganos internos. Christopher Homm había llegado a la conclusión de que aquella era la realidad del hombre. Comparaba primero su envoltura exterior con la del modelo. En lugar del tono brillante y sonrosado de este, en su piel solo veía palidez y falta de sol. Observaba en su cuerpo unos pelillos enclenques que el dibujo no mostraba. Sabía que, comparados con los de cualquier hombre adulto, eran simple pelusilla. Levantaba entonces la primera lámina del modelo y trataba de seguir la estructura de los músculos en su propia figura. Ver la estructura de los huesos era más fácil. Allí donde en los brazos y el pecho del dibujo aparecían unas protuberancias rojas, Christopher Homm no veía más que una capa de piel sin volumen. Solo cuando flexionaba intencionadamente los brazos detectaba en su cuerpo algún indicio de realidad. Por más que se contorsionaba no aparecía nada que se correspondiera con la metódica disposición de los músculos abdominales del modelo. A las piernas, sin embargo, alargadas de tanto deambular por las calles, sí lograba encontrarles fácilmente cierto parecido con la forma ideal. La lámina siguiente no le planteaba tantas dificultades, pues ya entonces empezaban a adivinarse algunas venas en los brazos y las piernas de Christopher, llenas de una sangre corrompida y azul que completaba lentamente su camino de retorno para envenenar el corazón.

Pero ¿qué pasaba con los órganos internos? Llegado a este punto, Christopher se retiraba del espejo, se acostaba en la cama y se daba puñetazos en el abdomen para localizar el hígado, el estómago y los intestinos. Seguramente estaban allí, pero ¿tendrían la forma que tocaba? A veces se imaginaba que no era más que un saco de intestinos; otras se convencía de que el hígado se le había hinchado y ocupaba toda la parte inferior del tronco. ¿Y sus órganos sexuales? Su libro de texto era en esto incompleto. En la primera lámina, la entrepierna estaba tapada por un emblema enorme, mitad escudo, mitad hoja de parra, que enlazaba mediante una flecha con un rótulo al margen: «Área genital». En las láminas inferiores, esta zona se había extirpado. Christopher Homm se ponía taciturno y pensaba si lo que él tenía se correspondía con un mínimo de precisión con la imagen que alguien había arrancado antes de que el libro llegara a sus manos.

XXIV



El colegio había sido para Christopher Homm un mundo de temor y crueldad. Los domingos por la noche, se tumbaba en la alfombrilla de la chimenea, dolorido de horror al pensar en lo que le esperaba al día siguiente. Por la mañana, salía a la calle tambaleándose, siempre con miedo de llegar tarde, y apretaba el paso entre las casas vigilantes hasta que llegaba a la alta tapia del colegio. Los chicos que esperaban en las verjas estaban allí para atormentarlo. Cuando pasaba por la puerta estrecha, uno podía darle un latigazo con un cinturón o una cuerda anudada, y otro soltarle un puñetazo en el estómago o agarrarle de la bragueta. Nunca se resistía, no tanto porque se asustara como porque su cerebro era tan pasivo que ni siquiera le parecía posible ofrecer resistencia. Tenía el deber abrumador de cruzar las verjas pasando por delante de los perros que gruñían en la entrada. Sus gestos eran meras insinuaciones, pero Christopher los temía tanto como al terror de los primeros días de colegio. Cuando llegaba al patio de asfalto, evitaba las melés y los partidos de fútbol y daba un rodeo hasta el cobertizo donde algunos de los chicos mayores, más pacíficos, jugaban a las canicas o cambiaban etiquetas de cigarrillos. No iba peor vestido que los demás, pero parecía que la ropa que llevaba no era de su talla. Encogía primero un hombro y luego el otro, para ver si así se le asentaba la chaqueta. A veces, un meteorito de niños se estrellaba contra él y lo dejaba despatarrado en el suelo. Una vez caído de bruces, se quedaba mirando pacientemente las motas del asfalto hasta que dejaba de sentir el peso de los demás encima de él. Se levantaba, y era un alivio cuando el director salía con un silbato, aunque eso señalaba el comienzo del verdadero horror del día.

Al primer toque de silbato, todos los chicos tenían que quedarse quietos. Siempre había uno o dos que no lo hacían, y el director les gritaba. Al segundo toque de silbato, todo el mundo tenía que ocupar inmediatamente su puesto en la fila. Se formaba una fila doble para cada curso, y los niños más pequeños se colocaban delante, mirando al director, y los más altos detrás. Si alguien hablaba en la fila, el director volvía a gritar. A veces se paseaba por detrás de la fila y le daba un puñetazo en los riñones a algún chico.

Las filas avanzaban por orden y en formación hasta el salón de actos. El director se subía al escenario para verlos entrar. Era bajito y gordo, con el pelo plateado, y se plantaba en el escenario con las piernas separadas y las manos en los bolsillos del chaleco, observando la entrada de los chicos con una mirada de desprecio y una mueca en los labios carnosos. No se movía hasta que todos estaban en su sitio, y entonces hacía algún comentario: señalaba que habían desfilado arrastrando los pies y amenazaba con la palmeta a quien cometiera el mismo delito el día siguiente.

—Y me da lo mismo cuántos sean.

El director se estaba preparando para comenzar su jornada.

Su siguiente tarea era rezar. Ordenaba a los chicos que juntaran las manos y cerraran los ojos. Él se quedaba con los ojos abiertos, para que los chicos supieran que, si Dios no los veía, él sí. Después farfullaba una oración con desdén y brutalidad. Indicaba el himno que correspondiera, y el piano empezaba a sonar.

«Cuando la mañana dora el cielo.»

La letra no tenía nada que ver con el cielo; no significaba nada para Christopher Homm, aparte de que, bajo la mirada complacida del director, una vez más tenía que soportar una eternidad de amenazas y salvajadas. Cuando los chicos volvían a formar en fila para entrar en las aulas, a los que habían llegado tarde los ponían en una fila separada, delante del director. Aunque no aceptaba ninguna excusa, le gustaba oír qué decían los infractores, para fingir clemencia. Entonces cogía la palmeta, los azotaba uno por uno y los mandaba a la primera clase, que era la de religión.

El joven maestro de Christopher se sentaba en su escritorio, encima de una tarima, balanceando una pierna. No se creía las extravagancias de la Biblia, pero hasta eso estaba dispuesto a enseñar para ganarse la vida. Observaba a los niños a los que tenía que instruir.

—No sabéis lo afortunados que sois. En algunos países, en vez de mí aquí habría un hombre con un látigo.

Christopher Homm se imaginaba un latigazo que rozaba las cabezas de los alumnos y sentía gratitud. El joven balanceaba la palmeta adelante y atrás, como si estuviera decidiendo con quién

utilizarla.

La campanilla que sonaba en el pasillo marcaba el cambio de una inquietud a otra. La siguiente clase era la de aritmética. Los músculos del maestro empezaban a operar con perfección mecánica.

—¡Una división larga de dinero!

Soltaba una risotada, al pensar que muchos serían incapaces de hacerla. Christopher se echaba a temblar. Se adentraba en un mundo en el que le iban poniendo delante una serie de obstáculos concretos, para que tropezase con ellos públicamente. No se atrevía ni a imaginar las burlas y los castigos que podían caerle. Cuando el maestro azotaba con la palmeta al primer chico, Christopher apartaba los ojos.

El maestro hablaba muy deprisa y se movía enérgicamente por el aula. Manipulaba aquellos números con la misma satisfacción que si estuviera despedazando una máquina. El universo estaba hecho de aquella materia y él sabía dominarlo. Veía que todo en él encajaba perfectamente.

Iba y venía alegremente por los pasillos, dando tirones de pelo y de orejas y estampando los cuadernos contra los pupitres. Christopher notaba que lo tenía detrás, mirando por encima del hombro las cuentas con las que llevaba un rato forcejeando. El maestro le tiró de una oreja.

—¿Qué es eso?

Christopher contestó que eran sus cuentas. Iba a sentarse de nuevo, pero el maestro le ordenó con un rugido:

—Quédate de pie, imbécil. ¡Miradlo todos!

Christopher tuvo la sensación de que se le desencajaban todos los huesos del cuerpo. No tenía carne para sujetarlos.

—¡Así es como este imbécil cree que se hace una división larga de dinero!

El maestro escribió en el encerado, con unos números exageradamente grandes, lo que Homm había escrito en su cuaderno.

—¡Idiota! —gritó.

Le tiró el cuaderno a la cabeza y luego, sin mediar ninguna explicación, borró el encerado. Volvió a sonar la campanilla. Podía irse a fumar a la sala de profesores.

La campanilla significaba para Christopher diez minutos en el patio de asfalto. Los chicos lo excluían de cualquier juego que organizasen. A él le sentaba fatal pero prefería quedarse fuera. Jugar solo serviría para demostrar su incompetencia.

Terminado el descanso se repetía el desfile de la mañana.

—El director va a estar observando cómo desfiláis, y si hay alguien que solo camina, en vez de desfilar, el director quiere verlo. ¡Ya sabéis lo que significa eso!

La siguiente clase era la de dibujo.

—Y ¡quiero ver algo que parezca de verdad! ¡Ya os enseñé la perspectiva la última vez!

Mientras los chicos emborronaban sus cuadernos, del aula de al lado llegó una voz seguida de un grito. Sacaron a un niño al pasillo. Además de sus pasos arrastrados se oyeron las pisadas de más de un maestro. Al horror natural del castigo se sumaba el horror antinatural de un niño que se resistía a que lo castigasen.

El aroma del revuelo seguía flotando en el ambiente cuando los niños se iban a casa a comer. Un niño pequeño, que llevaba una chaqueta de hombre, tiesa de grasa y hollín, estaba en el pasillo, con las mejillas tiznadas de lágrimas y los ojillos de una rata. Tenía el cuerpo totalmente encogido, y no sabía si podía moverse de aquel rincón oscuro del pasillo.

Christopher Homm volvía a casa corriendo.

—¿Has pasado una buena mañana en el colegio? —le preguntaba su madre.

Christopher contestaba que había tenido aritmética. Era una forma de respuesta negativa.

La señora Homm tenía la idea de que la aritmética podía ser útil, y también la costumbre de fingir, por principio, en presencia de sus hijos, que todo lo que era útil era agradable.

—¡Seguro que te ha gustado!

Miraba a su hijo con toda la perplejidad de su cara firme y colorada. Christopher agachaba la mirada y empezaba a comer.

—¡No corras tanto! No tengas tanta prisa por volver. Supongo que quieres jugar al fútbol con los chicos en el patio.

La señora Homm no sabía nada de las costumbres de su hijo fuera de casa. La única preocupación de Christopher era no ser de los últimos que, tanto por la tarde como por la mañana, tenían que ponerse en fila para que el director los castigara con la palmeta.

En cuanto podía, se escabullía como una rata envenenada que corre a buscar el agua que va a matarla. Si llegaba a la verja del colegio antes de que sonara el silbato, se libraba por unos momentos de la angustia, hasta que aparecía el director. La tarde era bochornosa, y el director se apropiaba de la amenaza del trueno. Cuando se oía el estruendo, parecía que era el director quien lo había desencadenado. Tenía la inmensa bondad de decirles, cuando empezaba a llover, que entrasen corriendo al colegio sin más formalismos.

Una vez en clase, el maestro de Christopher se hacía cargo de la tormenta. Tenían que encender las luces, cosa extraña a mediodía. Luego, los encargados iban a cerrar las ventanas.

—Guardad todas las tijeras y los objetos de metal.

Se suponía que podían atraer los rayos. El maestro se ponía a dar vueltas delante de los chicos, como si estuviera decidiendo a quién pegar con la palmeta. En ese momento estallaba otro trueno.

—¿Pasará pronto, señor?

No era Christopher Homm quien había cometido la temeridad de hacer semejante pregunta. Pero levantaba la vista, no del todo descontento, al comprender que aquellos estruendos tenían un poder aún mayor que el del maestro.

Darse cuenta de esto le producía cierta tranquilidad. El maestro volvía a cruzar el aula como un ser humano o un gato y empezaba a contar una historia.

—Una vez conocí a un hombre al que le había caído un rayo encima. Estaba debajo de un árbol, resguardándose de la lluvia…

El maestro estaba confesando abiertamente que la tormenta no era suya.

El resto de la tarde transcurría en un ambiente general casi de quietud y docilidad. Aunque algún niño decía una tontería de vez en cuando, con la esperanza de llamar la atención, el día era en su mayor parte apacible. La calma no bastaba para ahuyentar el miedo, que seguía agazapado en lo más hondo del corazón de Christopher como todos los domingos por la noche, cuando esperaba el comienzo del terror semanal. Solo en presencia de una acción inminente, el miedo se extendía por sus extremidades y las paralizaba.

El día iba a cerrarse con una última acción. En este caso, sin embargo, Christopher no tenía que quedarse sentado y quieto, como en el colegio, con los nervios en tensión. Esta era una batalla que podía tratar de esquivar. Cuando por fin sonaba la campana, incluso Christopher se tranquilizaba un poco. Aún le quedaba algún ataque que resistir, pero lo resistiría y se iría a casa.

En la puerta del colegio lo esperaba un niño de cara colorada y ojos de loco. Por más que corriera Christopher, este chico y sus dos o tres compañeros de torturas lo estaban esperando.

—¿Te han dado hoy con la palmeta?

Le hacían la pregunta en voz baja y en tono confidencial cuando intentaba pasar de largo, como pregunta el sacerdote el nombre del bebé al que va a bautizar. Christopher era tan idiota que podía mentir, incluso guardar silencio.

—Si no te han dado, vamos a hacerte daño —dijo el de la cara colorada. Imitó el tono de un director y añadió—: Es por tu bien.

Christopher Homm tenía entonces que volver a casa con ojos en la nuca, sabiendo que lo seguían con malas intenciones. Si apretaba el paso, los chicos que iban detrás apretaban el paso. Si cruzaba una calle, ellos también cruzaban. No podía desviarse del camino de

siempre. Si lo intentaba, se encontraba con los chicos delante de él, moviendo la cabeza como hombres contrariados.

—No, hijo, sigue el camino de siempre. Si vas por ahí, no podemos hacerte nada.

Querían meterlo en un callejón estrecho para intimidarlo a gusto. En cuanto Christopher ponía un pie entre los altos muros del callejón, se le echaban encima. Lo arrastraban, para mayor intimidad, hasta un punto donde el callejón se adentraba en un pasadizo, por debajo de una casa grande que se estaba viniendo abajo. Lo sujetaban contra la pared en la oscuridad. El chico de la cara colorada empezaba a dar vueltas tranquilamente, alardeando del dolor que estaba a punto de infligir.

Si algún transeúnte los miraba con gesto interrogante, soltaban a Christopher y lo dejaban en libertad. Cuando daba media vuelta para salir corriendo, el de la cara colorada le lanzaba una piedra y le hacía un chichón en la frente, para que su padre, cuando le diese las buenas noches desde su butaca del rincón, pudiera decirle con una risita:

—Veo que has vuelto a estar por ahí de juerga, Chris.

XXV



El colegio que cultivó la inteligencia de Christopher Homm se hizo cargo de su cuerpo con el mismo celo. Lo que allí llegó era un animal en estado puro. Un niño estreñido, con mal aliento y una envoltura de piel cetrina sobre unos huesos que apenas tenían la forma idónea era digno de merecer cualquier escarmiento que quisieran darle. La amabilidad de los maestros era equiparable a la valentía y el espíritu del niño.

El día de la semana que dedicaban la tarde a lo que allí llamaban deporte, Christopher, si el tiempo era mínimamente dudoso, se pasaba la mañana deseando que cayera un chaparrón. Si el tiempo mejoraba, se le caía el alma a los pies; si empezaba a llover, se animaba con la idea de que quizá pudiera quedarse el día entero encogido en el pupitre y pasar desapercibido sin recibir las amenazas del maestro. Justo antes de que terminaran las clases de la mañana, un emisario del director llamaba a la puerta. Iba de aula en aula para anunciar a los profesores si habría o no clase por la tarde.

—Disculpe, señor, el director dice que se cancelan los deportes.

Los alumnos refunfuñaban y Christopher se sentía indultado.

Pero, cuando hacía buen tiempo, los niños se reunían después de comer en el parque para jugar al fútbol en una explanada de hierba dura, con calvas de tierra en las zonas más castigadas por el uso. Cuando Christopher cruzaba la explanada al trote, para llegar al campo de su clase, veía a otros grupos de deportistas desperdigados a lo largo y a lo ancho. Se sentía como el soldado que se abre camino en una inhóspita tierra de nadie. En el centro de cualquiera de los grupos, en cualquier momento podía oírse el chupinazo de un balón que salía disparado por el aire como un peligroso misil. Eran los chicos a los

que les gustaba el fútbol y se ponían a dar patadas a la pelota antes de que se lo ordenasen. Christopher se arrimaba a los miembros inactivos de su grupo hasta que sonaba el silbato y le asignaban un puesto en el equipo.

Un par de chicos tenían botas de fútbol, pero la mayoría, incluido Christopher, jugaban con el calzado ordinario. Nadie se cambiaba de ropa para el partido: solamente se quitaban las chaquetas y las amontonaban en el suelo para marcar los postes de la portería y las esquinas. Uno de los niños tenía una camiseta de fútbol rota.

Cada curso jugaba dos partidos. Los equipos del primer partido los seleccionaban el enemigo de Christopher, el de la cara colorada, y otro chaval, ambos futbolistas de primera. Escogían a sus jugadores con el aire pomposo que adoptan los cretinos detrás de una mesa de oficina para impresionar a sus subordinados. Hacían las muecas propias de quien ejercita el raciocinio, incluso la diplomacia, aunque en realidad sabían desde el principio a quiénes querían con ellos. Cuando terminaban de seleccionar los equipos, Christopher siempre se quedaba fuera.

El maestro mandaba a los excluidos a otro campo. Cuando el primer partido ya había empezado, estos seguían sin elegir equipos. El maestro, que hacía de árbitro, por fin interrumpía el juego para ir a buscarlos y empezar el siguiente. Como era imposible encontrar un buen futbolista entre aquella escoria, elegía a los dos chicos más grandes y les decía que formaran dos equipos. Si se daba el caso de que los equipos eran desiguales, Christopher siempre era el que sobraba, y los dos capitanes se lo echaban a cara o cruz.

—El que pierda se queda con él —decía el que lanzaba la moneda.

El maestro entraba en el campo y los del equipo de Christopher empezaban a dar patadas al balón. En este partido se hacían faltas pero no había árbitro. Esto era una desventaja. Por otro lado, no era necesario ser víctima de una falta si uno sabía quitarse de en medio a tiempo. Christopher en general lo conseguía, incluso lo habría conseguido siempre si la práctica hubiera consistido en placar solamente al jugador que tenía el balón. Pero a algunos, desesperados por hacerse con la pelota, les gustaba dar patadas a una rodilla o a un tobillo porque sí, no por falta de instrucciones sobre las reglas y los métodos del partido. Mientras hacía un descanso, después de arbitrar el primer partido, el maestro gritaba a los chavales:

—¡Vamos, no dejéis de moveros!

El ritmo del partido se intensificaba entonces unos momentos. Christopher en particular recorría el campo de punta a punta, siempre en la misma latitud que los demás jugadores y en el lado contrario a donde estaba el profesor. Confiaba en dar la impresión de que estaba participando en el juego.

Tenía que variar su táctica de disimulo cuando, como ocurría de vez en cuando, el maestro entraba en el campo y pasaba unos minutos con el segundo equipo. En estos casos, lo primero que hacía era detener el juego y contar a los jugadores, para asegurarse de que ninguno se había marchado antes de tiempo. Si los pillaban decían que iban al lavabo, pero Christopher no tenía ni la valentía de escaparse ni el ingenio de mentir. Así, cuando el maestro entraba en el campo no le quedaba más remedio que jugar. El joven no arbitraba este partido, sino que se sumaba al juego, primero en una banda y luego en la otra. Christopher corría por la banda a toda velocidad. Incluso placaba al maestro, que quizá tuviera ganas de darle una patada pero también tenía prudencia.

Christopher bailoteaba agotadoramente por el campo mientras duraba el partido. Era como una marioneta a la que tiraban de las cuerdas al azar. Ni en sus acelerones ni en sus desfallecimientos había ningún sentido. De haber tenido algún propósito, no habría sabido acompasarlo al cuerpo. Era imposible, porque el cuerpo no tenía ni motivo ni razón. Parecía más un bulto colgado de un patíbulo que una porción de carne habitada.

Esa carne tenía la obligación de exhibirse en toda su blancura y desnudez cuando, en el trimestre del verano, exhortaban a los niños a nadar todas las semanas. Para celebrar este festival de retórica y piel de gallina, marchaban en dos filas desde el colegio, con las toallas bien sujetas debajo del brazo, como si fuera peligroso darles la más mínima oportunidad de escapar. El maestro acompañaba a su grupo. A veces, con el ánimo de no parecer un celador de prisiones, ponía la vista al frente o inspeccionaba las fachadas de las casas como un agente de seguros o un recaudador de impuestos. Otras veces, gritaba a sus alumnos como un sargento de instrucción para impedir insubordinaciones. Los días que hacía frío, se burlaba de los chicos y les recordaba sardónicamente lo gélida que estaba el agua en la que pronto iban a zambullirse. Podía permitírselo porque él no era el monitor de natación y se quedaba en el bordillo de la piscina completamente vestido.

La piscina se encontraba en el parque polvoriento y estaba rodeada por un muro de ladrillo alto, como una prisión. El trampolín que asomaba por encima del muro parecía la torre de vigilancia desde la que abatir a tiros a los presos que intentaban fugarse. Antes de haber entrado nunca en la piscina, Christopher había visto a algunos dementes tirarse o ser empujados desde aquel cadalso, y había oído el chapoteo y los gritos a continuación. Temblaba solo de pensar que, cuando aprendiese a nadar, también a él lo empujarían desde allí sin ningún remordimiento.

Le sorprendió que la primera clase no incluyera este ejercicio

extremo. Cuando los niños pasaron por los torniquetes, Christopher Homm tuvo la sensación de que se ahogaba. Aun así, conservó la conciencia suficiente para tomar nota de lo que tenía delante. Un rectángulo de agua opaca y verde, con hojas muertas y colillas, como los restos de un naufragio, golpeando contra el borde cortado a pico. El agua desprendía frescor y humedad, y este leve veneno frío se mezclaba con el olor a pies y a sobacos. Era este último olor el que predominaba cuando Christopher se vio metido en un cubículo con otro niño. Las puertas se dejaban abiertas al cielo, a las copas de los árboles y a la muerte verde que acechaba allá abajo. No fue pudor sexual lo que hizo dudar a Christopher antes de quitarse la camisa y los pantalones. No soportaba desnudar su cuerpo flaco y de estructura casi desvencijada al lado del cuerpo musculoso y compacto de su compañero. Cuando sonó el silbato, todos los chicos se pusieron en fila en el bordillo de la piscina. Christopher se sintió como un cuervo clavado en la puerta de un granero.

El monitor de natación era un viejo oficial de marina, con camiseta y pantalones blancos. Se presentó a los chicos paseando por delante de la formación y pellizcando a los más delgados en el brazo o en el hombro con un:

—¡Te hace falta un poco de músculo ahí, hijo!

Cuando llegó a Christopher, le pellizcó con fuerza y puso cara de incredulidad.

—Este —dijo, como si anunciara el resultado de un experimento— está hecho de palos de cerilla. Tiene que flotar de maravilla.

Al pájaro clavado en la puerta del granero aún le quedaban unos restos de vida. Christopher se retorció de dolor.

Cuando terminó de pasar revista, el monitor ocupó su puesto al otro lado de la piscina, para abarcar de un vistazo a toda la fila y ejercitar su voz de mando. La fantasía de un niño de diez años se apoderó de él, y ordenó a los chicos romper y formar filas varias veces antes de dar comienzo a su exposición.

—Nadar —dijo, en posición de firmes, dirigiéndose a los temblorosos hombrecillos que esperaban al otro lado de la piscina— es el arte de avanzar en el agua. Es un movimiento totalmente natural. Si os lanzara a cualquiera de vosotros en lo más hondo, no cabe la menor duda de que nadaríais.

Christopher, en su angustia, apenas reparó en la construcción de la frase, que, a pesar de todo, indicaba la duda, en la mente del monitor, de que aquel fuera el mejor método de proceder.

—Esta forma de avanzar en el agua es igual que correr.

Christopher notó que le temblaban los nervios de las piernas, pero el monitor continuó:

—Tenéis que mover los brazos hacia delante, estirándolos desde el hombro; luego volvéis las manos hacia atrás y hacéis un barrido completo hasta que estén a la altura de los omóplatos. Eso os ayudará a levantar la cabeza.

Pidió a los niños que ejecutaran el ejercicio. Mientras estiraba los brazos sin poner ninguna fuerza en los movimientos, Christopher tuvo la completa certeza de que se hundiría. No se veía lo que había en el fondo del agua.

—Dentro de un minuto os quiero a todos saltando al agua como ranas.

Daba la impresión de que el monitor iba a quedarse allí de brazos cruzados, como un demonio impasible, mientras los condenados ardían en las aguas heladas del lago.

—Ahora vamos con los movimientos de las piernas. Espero que podáis apoyaros todos en una sola pierna sin caeros. El otro día casi se me ahoga un niño.

Christopher aún seguía apoyado en las dos piernas cuando ya sintió que se tambaleaba. Trató de mantener el equilibrio con una sola pierna y dar la patada con la otra, pero se cayó de espaldas en el vestuario.

—Ya que no puedes aguantar de pie, prefiero que te caigas hacia ese lado —dijo el monitor con buen humor. Con la carne apretada contra los huesos y todos los músculos agarrotados de frío y de miedo, Christopher intentó practicar los movimientos necesarios.

Cuando por fin llegó el momento de que los niños ateridos se lanzaran al agua, el monitor, como si les diera un permiso largamente aplazado, dijo:

—¡Muy bien, ya podéis entrar!

Dos niños que sabían nadar se zambulleron. Christopher pensó que se habían ahogado, porque desaparecieron por debajo de la lámina de agua verde y tardaron un buen rato en salir. Cuando salieron a la superficie, se pusieron a salpicar y abuchear a los que aún seguían en el bordillo.

Cada niño se metía en el agua según el vicio particular de su naturaleza. Unos la probaban con los dedos de los pies y entraban finalmente no por propia voluntad, sino por la fuerza prestada de las burlas de los demás. Otros saltaban no por ganas, sino con la esperanza de ser admirados. Christopher Homm no podía esperar admiración y aceptaba las burlas no como una amenaza, sino como una sentencia justa por su debilidad. Ni siquiera tuvo el honor de ser el último. En el inmenso aislamiento en que vivía, al final no necesitó más que una mínima oscilación de la voluntad para rendir su cuerpo a la necesidad. Ni siquiera recurrió a la imaginación para decirse en qué

elemento iba a adentrarse. Estaba tiritando de frío y se le cortó la respiración. Fue peor de lo que jamás le había parecido posible.

—¡Mete la cabeza debajo del agua!

También a esta necesidad se sometió.

Así fueron los deportes y pasatiempos de la juventud de Christopher Homm. Además de estos ejercicios sociales, a veces se iba solo, con un tarro de mermelada, y se tumbaba boca abajo con la esperanza de pescar pececillos en la orilla de un río sucio. En general prefería hacer esto. Y lo cierto es que se parecía más a un pez que a un ser humano.

XXVI



Christopher Homm se educó en los preceptos de una religión cristiana practicada en una capilla o tabernáculo encajonado en la acera de la sulfurosa calle en que vivía. Su fachada se distinguía por ser más clara y lisa que las de las viviendas que tenía a cada lado. Mientras que las fachadas de las casas, con sus acogedoras cortinas, insinuaban un cochambroso ambiente doméstico, la arquitectura de la capilla transmitía plenamente el vacío del ser humano. Era de estilo gótico, en rememoración de lo eclesiástico, y parecida al local de un comité del siglo xix, en reconocimiento del derecho de la congregación a venerar a un dios de su propia elección.

El derecho de elección no se extendía a los menores. Todos los domingos por la mañana, cuando Padre no encontraba nada más interesante que hacer, se empeñaba en que toda la familia lo acompañase a la capilla. Los niños tenían que ponerse ropa de vestir, que siempre les compraban enorme y casi no llevaban hasta que estaba a punto de quedarles pequeña. Las mañanas en que Madre encontraba otra cosa mejor que hacer eran más numerosas que las de Padre, y a veces la llevaban a la capilla como a una feligresa reacia. Aun así, para que la congregación no lo notara, se esmeraba en arreglarse tanto como las mañanas en que iba libremente. La única diferencia era la cara de mal genio que ocultaba debajo del velo cuando su marido la trataba con desconsideración. Por lo demás, se cepillaba el abrigo azul marino con el mismo cuidado de siempre, miraba con el mismo gesto torvo en los ojos vidriosos por encima de la estola de piel que le cubría los hombros y desprendía el mismo olor penetrante a colonia y naftalina.

Este olor era el incienso que Christopher Homm siempre echaría de

menos más adelante en otros lugares de culto. Era un olor leve mientras la familia recorría la calle en procesión: Padre hablando con Madre y sin responder a ninguna pregunta de los niños. Cuando llegaban a la capilla y se sentaban en un banco, la fragancia se concentraba de repente hasta convertirse en el olor característico del primer rezo, lo mismo que la veta amarilla del banco barnizado era su imagen.

El interior del templo estaba pensado para acomodar a dos grupos. En los bancos, a ras de suelo, se encontraban los Homm y las mujeres casadas a las que había que instruir y edificar. Necesitaban elevación, aunque sin llegar nunca a la altura de quienes se agolpaban en la tribuna instalada en la parte superior. El telón de fondo de la tribuna era el órgano; debajo, y mirando a la congregación, se colocaba el coro, que se distinguía por sus partituras y porque sus integrantes cuchicheaban como un equipo. Delante del coro estaba la pieza central, la calva del sacerdote inclinada sobre una biblia enorme. A sus pies se encontraban los fieles y la mesa a la que a veces condescendía a acercarse.

El órgano retumbaba, y la cabeza calva se erguía para anunciar un himno. La primera estrofa se leía con pasión declamatoria:

> El pueblo clama con fuerza y poderío
> para manifestar su sentido sagrado;
> quien descifre cuál es ese sentido
> será quien lo conduzca hasta la dicha eterna.

Terminado el himno empezaba la primera oración. Esta era la joya del espectáculo. El sacerdote hablaba en su capacidad de representante y se esmeraba en que su mensaje calara en aquellos de quienes dependía la renovación de su contrato. Las reminiscencias góticas del edificio se emparejaban con las reminiscencias arcaicas del sermón que, como la arquitectura, se combinaba con materiales más contemporáneos.

—Oh, Señor, míranos. De nadie somos siervos en esta tierra sino Tuyos, porque fuiste y eres capaz de derribar a los poderosos. Te rogamos que veas que no nos dejamos arredrar por los hombres ricos y malvados que también obran contra Ti. Sin duda estás al corriente del malestar que ha dejado la situación de algunos de nuestros hermanos que trabajan en las grandes industrias. También, Señor, te pedimos por todos esos hombres y mujeres, muchos de ellos de color, que se ganan la vida sometidos a diversas opresiones de esos mismos opresores que actúan en beneficio de unos pocos. Ofrece tus tesoros de vino y aceite a todo tu pueblo, oh Señor.

El amén que respondía a estas últimas palabras demostraba que el

orador había llegado al espíritu de su congregación. La respuesta quizá no habría sido tan concluyente si decir amén al sacerdote no hubiera sido la única forma de participación que se permitía a los fieles, aparte de cantar los himnos; por eso, si querían expresar su fervor de algún modo, tenían que hacerlo con un asentimiento rotundo.

Christopher Homm, apretujado entre su madre y el extremo del banco, se sentía como un ser que camina por el fondo de un mar de palabras. Cubriéndose la cara con las manos, durante la oración, miraba entre los dedos el rostro retórico y tenso del sacerdote que cabeceaba por encima de él como un barco gigantesco. Veía desaparecer la nuca de la señora sentada delante por debajo del ala del sombrero y aparecer de nuevo cuando estiraba el cuello y se recolocaba.

Cantaban otro himno, y el sacerdote miraba a su congregación con la sonrisa del vendedor que afirma que allí por fin van a encontrar algo que seguramente va a gustarles.

—Esta mañana, en vez de hacer yo la lectura, una de las pequeñas va a leer un pasaje de la Biblia.

Las mujeres sentadas en el primer banco empujaron a una niñita vestida de blanco para que subiera los peldaños de la tribuna. Christopher se compadeció de ella en tan difícil viaje, aunque la carita remilgada y ambiciosa no era la de una niña que necesitara compasión.

No tenía la estatura suficiente para mirar por encima de la Biblia. Una risita de satisfacción recorrió a los fieles.

—¡Hay que ver!

—¡Pobrecita!

—¡Qué vergüenza!

El sacerdote se puso en pie de un salto, con la sonrisa del vendedor que ya ha vendido. Sacó un taburete y alzó a la niña como alcanza un tendero una caja de sus galletas más caras. La cabeza y los hombros de la pequeña asomaron por encima de la Biblia.

La señora Homm, emocionada, estiró el cuello y le dio un cachete a Christopher en la rodilla, temiendo que se perdiera algo por falta de atención.

La niñita miró al frente y empezó a leer:

LAS BIENAVENTURANZAS

> Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
>
> Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Terminada la lectura, el sacerdote iluminó de nuevo a sus fieles con una radiante sonrisa y procedió a hacer diversos anuncios. Empleó para la ocasión un estilo telegráfico y un lenguaje sencillo, aunque a veces, por costumbre, prefería sustituir la palabra sencilla por alguna que tuviera cierta solemnidad bíblica.

—Los hombres que participan en el rito de la Hora de la Iluminación se reunirán esta tarde a las dos y media, media hora pasadas las dos. El orador será el concejal Swizz, que nos hablará del desafío del bimetalismo.

»Las señoras de la Vigilia de los Lunes se reunirán mañana a las siete y media; en lugar de los rezos de costumbre se debatirán las formas y maneras de recaudar fondos para la próxima venta benéfica. Será una ocasión especial, y esperamos que asista el mayor número de señoras posible.

»El grupo de Teatro, Conciertos y Festejos dará un concierto el viernes, y sé que nuestros jóvenes han puesto todo su empeño para que el espectáculo sea muy divertido. Las entradas podéis comprármelas a mí o a cualquiera de los monaguillos antes de salir de la capilla esta mañana. El precio es de un chelín para los adultos y seis peniques para los niños.

»Salmo ciento setenta.

El anuncio del salmo significaba que los anuncios habían terminado.

Lo que he buscado y no he encontrado
es el amor que seguramente abunda.

La homilía era una versión prolongada de este rezo, con la diferencia de que en este caso el sacerdote no parecía dirigirse a sus fieles con tanto ardor como antes. Terminada la homilía, la congregación se estremeció, entonó un cántico y se dispersó con aire distraído, como si mientras el sacerdote monologaba se les hubiera ido la atención por las ramas y no hubiese ya forma de recuperarla. El sacerdote fue el primero en llegar a la puerta, y allí se quedó moviendo la cabeza arriba y abajo como el tendero que acompaña a sus clientes a la salida de la tienda.

—¿Por qué siempre tocan el órgano cuando salimos? —preguntó Christopher.

La señora Homm intentó esquivar la pregunta con un movimiento histérico. Contestó en el mismo tono en que se habría dirigido a alguno de sus hijos si, en el tranvía, hubiera hecho una pregunta

grosera sobre algún viajero.

—Eso es el solo —dijo. Luego levantó la cara de tonta y puso una sonrisa tensa para demostrar tolerancia, indignación y conciencia de todas las implicaciones de la pregunta.

Christopher aborrecía pasar por delante del sacerdote parado en la puerta. Era un hombre muy amable. Tendía una mano grande para saludar, y Christopher nunca conseguía alcanzarla hasta que la tenía a unos centímetros de la nariz y su madre le daba un rodillazo. Padre pasaba por delante del sacerdote como una columna de nubes. Le salía una voz educada, hasta respetuosa, pero tan distante que al cura no se le ocurría nada que decir. El sacerdote intentaba serenarse para recibir aquel apretón de manos, pero la nube siempre había pasado antes de que lo lograra.

La presencia de la nube a sus espaldas era la impresión predominante en Christopher cuando salía de la capilla. Todo se volvía más ligero cuando estaba en la calle. Su hermana y él podían volver a casa corriendo, y el movimiento del cuerpo producía una distensión del espíritu. La nube se empequeñecía, y había un momento feliz en el que los dos estaban charlando y saltando delante de la puerta de su casa. Luego, la nube se acercaba hacia ellos, y su madre empezaba a ordenarles que se comportaran, se estiraran la ropa y volvieran a peinarse en cuanto entrasen en casa, además de otras cien impertinencias.

Padre sacaba un manojo de llaves para abrir la puerta. Esto era una supuesta deferencia que su mujer le mostraba los domingos. Sus miras se ampliaban entonces unos momentos, como para abarcar una propiedad imaginaria. A continuación, la familia se amontonaba en el pasillo oscuro, como productos químicos que al reaccionar unos con otros producían una explosión.

—¡Sally, pon la mesa!

—¡Jope, mamá!

—Ponla y no te quejes cada vez que te pido que hagas algo.

—Tú ve a cortar unas astillas, papá. Tienes el hacha ahí fuera.

—Ahora no puedo liarme a cortar.

—¡Soy yo quien tiene que hacerlo todo en esta casa!

—¿Por qué no lo hace Chris?

—Y ¿qué pasa si se corta los dedos?

—Bueno, supongo que todos querréis comer.

Las puertas se abrían y el grupo se disolvía de repente. Madre subía las escaleras, envuelta en un haz de luz; Padre cruzaba la cocina para salir al patio; Sally abría la puerta del mausoleo únicamente para no hacer lo que le habían dicho.

Padre volvía y se ponía a dar vueltas por la casa, incómodo porque

tenía hambre y por el traje azul.

—¿Cuándo estará la comida, mamá?

—¿Por qué no te cambias de ropa?

Pero Padre ni iba ni venía. Ni siquiera era capaz de decidirse a ser opresivo. Le tiraba a Sally de la coleta, con la intención de hacerle gracia, y hasta intentaba acercarse a Christopher como si acabara de verlo después de una larga ausencia.

—Hola, hijo, ¿cómo estás? ¿Todo bien? ¿Te has divertido esta mañana?

Christopher se refugiaba tímidamente en el rincón que pareciera ofrecerle mayor seguridad. Si la comida aún no estaba lista, su padre lo seguía y le pellizcaba el bíceps con el pulgar y el índice.

—¿Qué tal van esos músculos? Está claro que eres un chico grande y fuerte.

Y se reía con inquietud y desconcierto. Nunca entendía por qué Christopher no tenía ni los músculos ni la fuerza que recordaba en los chicos de su pueblo.

Todos se alegraban cuando se servía la comida.

—¡Venid a comer antes de que se enfríe!

Madre tenía un aire suplicante mientras ponía la carne encima de la mesa. Padre elegía este momento para quitarse la chaqueta y remangarse la camisa.

Cuando él terminaba de trinchar la carne y Madre de servir las verduras, todos probaban el primer bocado en el único instante de tranquilidad que había a lo largo de la comida. Madre elegía este momento para mirar alegremente a Padre y entablar conversación.

—¿Verdad que el sermón del sacerdote ha sido muy bueno?

A veces, él contestaba educadamente: «Muy bueno», y seguía comiendo. Otras veces prestaba atención, y en ese caso apartaba los cubiertos.

—Esos charlatanes —decía pausadamente— son todos iguales.

XXVII



Fue un verano lluvioso cuando los padres de Christopher decidieron mandarlo a pasar una semana con la tía Janie. Los árboles estaban chorreando cuando el niño bajó del tren. Una señora de cuello largo con vestido negro lo esperaba en el andén de madera. El tren siguió su camino.

Christopher no veía la casa de la tía Janie. Allí no había más que setos goteantes, olmos hinchados como globos contra un cielo verdoso y roto y una carretera reluciente.

—Ya estás aquí, querido.

La tía Janie tenía una voz ronca y práctica.

—Supongo que ya eres demasiado grande para que te dé un beso.

Le cogió de la mano y cruzaron la carretera para continuar por un sendero señalado con un cartel blanco.

Longhurst.

—Está a solo dos kilómetros —dijo la tía Janie. Soltó la mano de Christopher y echó a andar con un paso tan enérgico que al niño le costaba seguirla—. ¿Cómo están todos en casa?

La voz seguía siendo firme y ronca. La tía Janie preguntaba con interés y la esperanza de no enterarse de ningún problema, aunque tampoco le preocupaba demasiado.

—Muy bien, gracias —dijo Christopher, recordando lo que le habían dicho—. Mamá te manda recuerdos.

Parecía una bobada, pero con eso se había liberado de una obligación.

Una joven venía en bicicleta, en dirección contraria. Frenó al ver a la tía Janie y se puso a hablar con ella sin bajar de la bici. Hablaba

con la misma voz baja y ronca que la mujer.

—Buenos días, señora Walker. Quería verla. Acabo de dejar esos pollos en casa de Polly.

—No le servirán de mucho —contestó la tía Janie. Fue un juicio definitivo, aunque no traslucía desprecio ni amargura. Polly era así.

—¿A cuánto están vendiendo los huevos en las tiendas? —preguntó la joven.

—No lo sé. Hace tiempo que no voy por allí. Le di su docena a la señora Hammer y le dije que ya arreglaríamos cuentas.

Mientras duró esta conversación, Christopher no se separó de la falda negra de su tía. Aunque extrañas para él, las dos mujeres al menos eran humanas, mientras que la fresca fragancia de los setos húmedos y las vacas que pacían en el prado, al otro lado de la cerca, eran un mundo demasiado desconocido para confiar en él.

—¿Quién es el niño? —La joven de la bicicleta no tenía demasiado interés en saberlo, pero lo miró con aire amable y distraído, con la misma indiferencia que a las terneras del prado de enfrente.

—Es el chico de Tom —dijo la tía Janie—. Ha venido a ver cómo hacemos las cosas aquí, en Longhurst. ¿Verdad, Chris?

Christopher se encogió, sonrió y se quedó callado. No podía tener miedo de dos personas amables, pero todo lo nuevo le daba vergüenza y ya estaba empezando a añorar su calle ocre.

La joven sonrió y se alejó pedaleando, y la tía Janie y Christopher reanudaron su camino.

—¿Estás cansado, Christopher? —le preguntó la tía Janie—. Se ve que estás acostumbrado a usar las piernas.

De pronto se divisaron a lo lejos dos o tres casas, y eso era Longhurst. El sendero se bifurcaba a los dos lados de un prado comunal, y en el vértice de este triángulo se alzaba una iglesia con la torre achaparrada y el cementerio separado del prado por una zanja. Las campanas estaban repicando de una manera que el intervalo entre uno y otro tañido se hacía muy largo, y el párroco, con su sobrepelliz, esperaba en la puerta para recibir al difunto. No se veía ningún indicio de actividad en las casas, hasta que una mujer salió de una de ellas, a mano izquierda, para colgar la colada encima de las coles del huerto.

—¿Por quién repican, Jane? —preguntó, mirando hacia la iglesia.

—Debe de ser por la señora Stone, la de la oficina de Correos.

—Pues buena prisa se han dado. Murió el jueves. No me enteré hasta ayer.

La mujer que estaba tendiendo la ropa se quedó mirando la espalda de Christopher mientras el niño se encaminaba con la tía Janie hacia una casita de piedra, en la otra ramificación del sendero.

«¿De quién será ese niño?», pensó. Y entró en casa para considerar

el asunto.

La casa de la tía Janie no era elegante. Estaba adosada a otra casa de piedra de planta cuadrada, sin ser ni villa ni casita de campo. Los setos no estaban podados como es debido; había hierbajos en el sendero y los listones de la valla, acabados en punta, necesitaban una mano de pintura. Pero había también capuchinas y unos cuantos rosales bien cuidados, para dar al jardín un toque de color, y en un bancal más grande, a la derecha de la vivienda, crecían coles, lechugas y cebollas, todas ellas bordeadas por una hilera de habichuelas en flor.

—Pasa —dijo la tía Janie. Sacó la llave de debajo del felpudo y abrió la puerta. Un gato blanco y atigrado, que estaba sentado en el banco, a los pies de la pérgola en forma de arco de la entrada, abrió un ojo y volvió a acurrucarse. Christopher miró la espalda y la falda negra de su tía, al gato y la pérgola con sus rosas trepadoras marchitas, y sintió una tristeza inexpresable. Ni siquiera comprendió que lo que quería era estar en su casa.

La tía Janie lo llevó a una habitación austera, con una cama de hierro.

—Este era el dormitorio de Jim cuando estaba en casa. Ahí tienes tu jabón y tu toalla. —Le señaló un lavabo pequeño, pintado de blanco —. El retrete está fuera, en el huerto, si necesitas hacer algo.

Era una caseta pintada de color berenjena deslucido, al final de un sendero entre las coles.

Christopher se quedó solo hasta la hora de comer y no se atrevió a alejarse de la valla del jardín. El mundo exterior tenía un tamaño aterrador. Cuando un campesino con botas recias o una mujer cargada con un cesto pasaban despacio por el camino, se apartaba, pues allí no podía desentenderse de la gente como en las calles de la ciudad. Estas eran personas lentas, de carne y hueso, y cuando pasaban por delante de la valla parecía que estaban en la misma habitación que él. Hasta le dijeron: «Hola, hijo». Christopher pensó que aquel era un lugar peligroso.

A la hora de comer, la tía Janie asomó la cabeza por la puerta.

—Ven a comer, Chris.

Le puso delante un plato grande y blanco, con tres patatas peladas y dos lonchas de cordero frío.

—No te he puesto remolacha porque no sabía si te gustaba. —Christopher no sabía lo que era, pero al momento vio que su tía le llenaba el plato de unas rodajas moradas que flotaban en un líquido brillante. Las probó con cautela y consiguió tragarse unas cuantas—. No tienes mucho apetito.

Después de comer, la tía Janie fue a acostarse un rato. La paz del verano era mágica. Christopher subió a su dormitorio y se puso a

mirar por la ventana. El prado le parecía un escenario en el que estaba a punto de ocurrir un acontecimiento portentoso. Se tiró en la cama y se echó a llorar.

Se quedó tumbado, entre el sueño y el llanto, hasta bien entrada la tarde. La tía Janie lo llamó para ir a dar de comer a los patos. Había estado trabajando en el huerto y había echado en una lata las lombrices, que ahora estaban retorciéndose y entrelazándose allí dentro. Cuando apareció Christopher, la tía Janie cruzó por una portezuela en el seto de la parte de atrás del jardín. El chico vio la hierba dura y húmeda del prado, y a los patos acercándose a su tía y a la comida. De un rincón del corral salieron correteando unas gallinas blancas, y la tía Janie apretó el paso para dar las lombrices a sus favoritos antes de que la alcanzasen.

—Les encantan. —Cogió un puñado de delicias enroscadas y se las echó a los patos, pero los bichos se escabulleron enseguida.

—¿Quieres darles tú las que quedan? —La tía Janie le acercó la lata, y Christopher se apartó. No le asustaban las lombrices, pero le parecía extraño y antinatural tocarlas. Un par de lombrices lograron escapar de las gallinas a pesar de lo deprisa que la tía Janie volcó la lata—. Ted vendrá después de cenar, a matar un par de gallinas. ¿Te gustaría verlo?

La tía Janie estaba ahora muy atenta con los ojos. Fue con Christopher rodeando el borde del corral, buscando huevos entre la hierba alta, debajo del seto.

—A veces los ponen ahí —dijo—. Tú que eres joven y tienes buena vista, a ver si ves alguno.

Christopher encontró un bulto de color marrón claro entre las hierbas y se lo dio a su tía, aunque seguía pensando en la matanza que le había propuesto presenciar y de la que ella ya parecía haberse olvidado.

Después de cenar, la tía Janie le dijo:

—Me imagino que no querrás pasar todo el tiempo con una mujer mayor. Hay chicos en el prado, jugando al cricket. Puedes ir con ellos. Sé que a casi todos los niños les gusta el críquet.

Christopher vio que allí seguía teniendo que hacer frente a los mismos horrores que en la escuela, además de a la extrañeza que lo llenaba de aprensión. Miró por la ventana. Efectivamente, había media docena de niños jugando al críquet. El desesperante chasquido del mazo contra la bola evocaba un mundo terrorífico.

La tía Janie miró a su sobrino desconcertada.

—¡Eres un chico raro! —dijo. Aunque Christopher se estremeció, notó, por el tono de voz, que no lo censuraba. Estaba dispuesta a aceptar a cualquier clase de chico, pero aún no sabía con qué clase

tenía que vérselas. Se alegró cuando Christopher aprovechó este momento de duda para recordarle:

—Dijiste algo de matar gallinas.

De nuevo, su tía pareció un poco sorprendida.

—Ah, sí, si vas al cobertizo, lo verás.

La tía Janie no iba a acompañarle a presenciar la extraña escena. Tuvo que recorrer el sendero del huerto hasta el cobertizo donde guardaban las patatas y colgaban a secar las ristras de chalotas. Al asomarse a la puerta, lo primero que vio fueron las calzas de un joven atareado delante de un banco de carpintero. Cuando tuvo una vista completa, confirmó que estaba desplumando a una gallina que tenía debajo del brazo. Era una gallina blanca, como las del corral. El joven trabajaba con destreza y con una expresión de total tranquilidad, sin el menor síntoma de repulsión por la cabeza estrangulada y lánguida o por la carne blanca que acercaba a la luz. Christopher tampoco sintió repulsión. Observó la escena con simple asombro. Había en ella una calma que parecía inalcanzable para su espíritu angustiado. Se marchó a escondidas, sin dejar que Ted llegase a verlo.

Fue en el momento de acostarse cuando la angustia se apoderó totalmente de él. Miró por la ventana y vio a un hombre a lo lejos, en un prado, con un caballo de tiro. Otra vez se lanzó sobre la cama y se aguantó las ganas de llorar.

Estaba en el campo, muy lejos de casa, en un mundo casi vacío, con unos confines tan remotos que apenas parecían delimitar su existencia. Las personas que veía, incluso la tía Janie, le asustaban, no por maldad, sino por su indiferencia y su paciencia. Esperaban de él que encontrara su camino en el mundo husmeando como un animal. La tía Janie le hablaba con voz tolerante, pero daba por sentado que era un ser independiente y con inclinaciones propias. ¿Cómo iba a resistir una semana en aquella soledad? Pegó un puñetazo a la almohada y se dio de cabezazos contra los barrotes de hierro, confiando en alcanzar así las fronteras de su sensibilidad.

XXVIII



Christopher Homm pasó una angustia atroz la primera vez que fue al parvulario. Su madre lo llevaba de la mano, apretando de una manera que más que protección denotaba coerción, para ver a la directora.

La directora estaba sentada en una tarima, al fondo de una sala vacía. Los pasos de los visitantes resonaban mientras se acercaban a la mujer. Era un espacio sin nada a lo que agarrarse, y el cuerpo de Christopher se encogió de temor. A un lado veía puertas y mamparas de cristal, y detrás de ellas a los niños agazapados en los pupitres delante de profesoras de reacciones imprevisibles. El camino que conducía hasta la directora en la tarima era largo y polvoriento, y cuando por fin llegaron tuvieron que subir unos peldaños para hablar con ella. Christopher, pegado a su madre al otro lado del escritorio, no veía a la directora pero oía su voz suave y confusa.

—Desde luego que tendría que empezar a venir ya. En realidad no es el momento, pero si de verdad tiene esa edad, tendremos que hacerle un hueco.

Christopher tenía la esperanza de que no lo admitieran, pero al oír lo que decía la directora comprendió que no sería el caso. La directora se levantó a medias del asiento, y Christopher vislumbró una cara fofa que asentía por encima de la mesa con aire quisquilloso y amable al mismo tiempo. Simplemente estaba verificando si efectivamente allí había un niño.

—¿Cuándo lo mando? —preguntó la señora Homm.

—Lo mejor será que venga mañana mismo.

Christopher se marchó sabiendo que le quedaban solo unas horas antes de que lo arrojasen al pozo. Hizo todo el camino de vuelta a casa con la sensación de estar cayendo en la oscuridad.

Lo sentaron en la última fila de un aula desierta y le dijeron que mirase el encerado. Estaba lleno de signos de tiza, pero no los entendía. Una corriente fría vino a visitar sus piernas desnudas por debajo de los pupitres. Le dolían de reúma, y empezó a toser para distraerse.

—¿Dónde está el niño o la niña nueva?

Una cabeza grande y fiera apareció por una rendija de la puerta. Christopher confió en que no lo viese.

—Ah, eres tú.

La maestra lo había visto, y echó a andar hacia él con su esqueleto huesudo. Llevaba gafas de montura metálica, y no había manera de librarse de ella.

—Ven por ahora a la clase de enfrente.

Lo sacó del aula, cruzaron el pasillo y entraron en otra clase donde había una docena de niños, algo menos de lo normal, que no llegaban a ocupar todos los pupitres. Estaban distraídos, peleándose, hasta que la maestra dio un golpe en el escritorio con una regla. Todos la miraron con ojos asustados.

—Este es otro niño que viene a sumarse al grupo.

Mientras iba por el pasillo a ocupar su sitio, Christopher tuvo la sensación de acercarse a una multitud resistente. No lo odiaban, pero no encontró un solo gesto de generosidad o de acogida. Se sentó en un extremo del grupo, lo más lejos posible.

La maestra se acercó al encerado y empezó a dar golpecitos con la regla. Gesticuló, gritó y graznó, proyectando el cuerpo a un lado y a otro como si no hubiera forma de encajar sus partes. Toda la rabia que ejercía para dominar a los niños no servía de nada, y de vez en cuando se quedaba en punto muerto. Luego los miró con unos ojos que no enfocaban bien, y otra vez se puso a gritar como si no pudiera soportar el silencio.

—¡Ahora, leed las letras de uno en uno!

Christopher no entendió qué quería decir, pero sintió un terror descomunal. No podía seguir siendo un espectador pasivo de las contorsiones de la maestra. Lo estaba señalando con la regla y se disponía a atacarlo.

—Que empiece el niño nuevo.

La maestra abrió la boca y sus dientes vacilaron un momento entre los labios finos. Después volvieron a su sitio, debajo de la mandíbula superior.

Christopher puso la vista en un clavo del suelo. Intentó concentrar todas sus fuerzas en aquel ejercicio, con la esperanza de impedir así cualquier otra acción.

La maestra se abalanzó sobre él, y todo el aire tembló alrededor de

Christopher.

—¿Es tímido o idiota?

Levantó los brazos y los dejó caer de cualquier manera a la vez que estiraba y giraba el cuello. Sus labios dibujaron un amplio gesto de sorna.

Dio un golpe en el pupitre de Christopher con la regla. El niño se asustó, pero al final pensó que tenía que levantar la vista. Aquellos ojos extraños lo miraban fijamente por detrás de las gafas ovaladas. Creyó que la maestra iba a escupirle.

—¡Es idiota! Mirad lo bobo que es.

Se estaba enfadando.

—Haz el favor de contestar.

Christopher acertó a decir:

—¿A qué, señorita?

—Lee lo que está en la pizarra.

Christopher miró las letras que flotaban en una especie de bruma.

—¡No me digas que no te sabes las letras, con la edad que tienes!

Christopher no pudo defenderse. No se sabía las letras. No sabía nada. Nunca había sido capaz de responder a ninguna pregunta.

La maestra se apartó de él.

—Ya veremos qué hacemos contigo —dijo.

Esa misma mañana, lo sacaron de clase y lo llevaron a otra de niños más pequeños. Se sintió más seguro con ellos, aunque era el centro de alguna deshonra incomprensible. Su cuerpo reluciente hasta parecía alto cuando se puso delante de los niños pequeños, sentados en los pupitres, mientras la directora hablaba de él con la maestra de este grupo.

—No podemos ponerlo en un curso superior —dijo—. No sabe leer.

Los pequeños miraron con sorna al niño grande y encogido. Era un monstruo, porque no había alcanzado las metas propias de su edad.

Los niños de esta clase se sentaban en pupitres de dos, y Christopher tuvo el placer de verse al lado de una niña regordeta y demasiado pasiva para ofrecerle nada aparte de consuelo. No habló con ella, pero se dejó envolver por el resplandor que irradiaba. Era su voz la que seguía Christopher cuando la clase cantaba a coro, contando bolitas azules y rojas en unas varillas o nombrando las letras que les iban señalando.

A veces, la maestra hacía un descanso en las letras y los números para instruirlos en la mística de la diferencia entre los sexos. Si de pronto olía mal, o si aparecía una mancha húmeda en el suelo, la maestra aseguraba que eso lo había hecho un niño. La segunda vez que ocurrió lo mismo, mandó a casa a todos los niños de la clase. Eran seres sucios y corrompidos, mientras que las niñitas eran una delicia

de lazos rosas. Christopher veía las caras de atención de los niños que seguían los movimientos de los labios de la maestra y, como él, no entendían nada.

El patio de recreo era un mundo trémulo. Sus fronteras —la tapia y las verjas— parecieron sacudirse de verdad mientras Christopher las miraba desde el centro del asfalto. Estaba rodeado de niños que corrían de un lado a otro. También había niñas mayores, que le parecían un poco pérfidas cuando las veía pasear cogidas del brazo, con sus pichis y sus medias negras, charlando y riendo. A veces se paraban para reñir a alguno de los pequeños, imitando el tono condescendiente de los adultos opresores.

—Oye, no seas cochino: sácate los dedos de la boca.

—Te la vas a ganar cuando tu mamá vea cómo te has puesto el babi.

Los misterios más singulares de este desconcertante hemisferio eran las oficinas a las que iban los niños a hacer sus cosas. Era un buen nombre para designarlas, pues allí efectivamente se despachaban asuntos de la máxima importancia y, como cualquier plaza de mercado, eran el centro legítimo de todas las idas y venidas y buena parte de la conversación habitual.

Christopher tardó algún tiempo en descubrirlas. Cuando le entraron ganas de hacer algo y se vio en el centro del patio, le faltó poco para echarse a llorar.

—¿Quieres ir a la oficina?

Christopher no lo sabía, pero se dejó llevar por una mano que lo empujó hasta una puerta maloliente. Los pequeños estaban lanzando alegremente chorritos de agua contra una pared que tenía un desagüe en la parte de abajo. Christopher se sumó a ellos, aunque estaba más atento a la peste a orina que a lo que estaba haciendo.

Cuando se quedó a gusto, dio media vuelta y vio la hilera de puertas de madera que había estado oyendo todo el rato dando golpes. Entró en uno de los cubículos y miró el lento reguero, mezclado con trozos de papel de periódico sucios, que caía por el agujero redondo. Entonces sonó el timbre y los niños tuvieron que volver a sus aulas. Formaron en fila, de dos en dos, y Christopher consiguió meterse en un hueco de la fila, al lado de su compañera de pupitre.

La niña, que no se fijaba en nada y era simplemente dulce, no era más que un borde casi tangible de la inmensa irrealidad que rodeaba a Christopher. Esa irrealidad siguió deshabitada para él hasta que se encontró en el patio con otra niña, tirando a rubia, que tenía ojos y labios. Cuando Christopher la vio por primera vez, ella ya estaba mirándolo, parada en el asfalto desolado a solo un par de metros de él. No era capaz de responder a su mirada insistente, pero de vez en

cuando se quedaba quieto y la miraba de reojo. Después sonó el timbre y la perdió de vista.

Aunque difícilmente sabía precisar su sensación de pérdida, su torpe entendimiento estuvo intranquilo hasta que volvió a verla. Esta vez la niña habló con él.

—¿Cómo te llamas?

Intercambiar sus nombres fue el mayor tesoro que los dos descubrieron hasta un día en que Christopher la cogió de la mano cuando los niños empezaban a entrar en el colegio de dos en dos. Dos chicos mayores que vivían en su misma calle lo vieron justo en ese momento y asomaron la cara burlona entre las verjas del patio.

—¡Chris va con chicas! ¡Se lo voy a decir a tu madre!

La profesora, alta y feroz, se acercó enseguida a las verjas y les dijo a los chicos que daría parte de ellos. Se marcharon, pero Christopher se quedó helado y hundido. Tenía la sensación de que todos lo estaban mirando y, si hubiera podido, de buena gana habría vuelto las córneas hacia dentro para no ver nada más que su propia oscuridad y su cabeza humillada.

Pasó alelado las horas siguientes, y se alegró cuando por fin se vio volviendo a casa solo. Mientras iba corriendo bajo el cielo gris ni siquiera sentía terror; solo la determinación marchita de seguir adelante porque no le quedaba más remedio. Salió al galope, como si tuviera que rasgar el aire con los brazos para abrirse camino. A un lado de la calle tenía la tapia alta del asilo de pobres; al otro se extendía el gigantesco cementerio municipal.

XXIX



Christopher Homm no tardó en distinguirse como un ser que prefería el pensamiento a la acción. «Es un niño pensativo», decían de él, aunque solo lo decían por su ineptitud física. Cuando se levantaba por las mañanas, se quedaba un buen rato sentado en la alfombra que tenía al lado de la cama, mirando los castores, las fibras con que estaba tejida, o el dibujo azul y rojo del suelo de linóleo. Su inteligencia no buscaba razones, no separaba unas cosas de otras, y su única manera de pensar era mirar.

Le costaba descomponer el mundo homogéneo en objetos diferenciados, y, como únicamente la inteligencia es capaz de producir esa destrucción que en general los demás pueden reconocer como pensamiento, quizá pudiera considerarse un gran mérito del señor y la señora Homm que lograran dar ese nombre a la inactividad de su hijo.

El cuerpo de Christopher, había que reconocerlo, estaba visiblemente dotado de la maquinaria del pensamiento. Su cabeza, más grande de lo normalmente necesario para dicha operación, reposaba en precario equilibrio sobre un cuello que ya entonces era escuálido. Tenía los hombros estrechos, la columna torcida y las extremidades blandas y flacas, y un desconocido que observara sus movimientos no habría sabido decir si lo que veía era un feto o un viejo dando un paseo.

Tenía los ojos grandes, hechos de buenos materiales y faltos solo del juego y la rapidez de ajuste que son la forma temprana del intelecto. La boca estaba siempre algo caída y entreabierta, como si nunca hubiera suficientes orificios de acceso a una cabeza de tan escasas facultades de comprensión.

Una vez se llegó a la conclusión de que Christopher era pensativo,

la siguiente decisión fue que necesitaba diversos estímulos que lo sacaran de sus pensamientos o sus ensoñaciones. La señora Homm se aplicó a esta tarea con especial firmeza y asiduidad, y los estímulos quizá habrían funcionado si no se hubieran ejercido con tanta frecuencia que pronto pasaron a convertirse en poco más que el golpeteo del granizo en el tejado del mundo de Christopher. Luego estaba la impaciencia con que los padres, descalzos, lo sacaban de la cama con los dedos de los pies; le pinchaban en las costillas casi sin carne, con la esperanza de insuflarle algo de vida. Estaba el compacto armazón de una hermana enérgica, a la que animaban a lanzarse sobre él sacudiendo brazos y piernas para despertar su espíritu. Ninguno de estos estímulos tenía en Christopher el efecto deseado, pues recorrían distancias kilométricas dentro de su cabeza fácilmente permeable sin que él se sintiera obligado a realizar ningún movimiento. Había algún defecto en la maquinaria que debería conectar estos estímulos con los músculos y la acción.

Con el tiempo, a pesar de lo lento que era, Christopher empezó a ejecutar pequeños actos independientes. Elegía los más parecidos al pensamiento, es decir, los que no tenían consecuencias que nadie pudiera considerar importantes. Se pasaba horas sentado, metiendo trocitos de papel entre los tablones de su dormitorio. En este ejercicio, la convicción de que los papeles saldrían por el lado contrario del mundo convivía con la contradicción de esta idea, porque debajo de su dormitorio seguramente estaba una parte de la planta baja. También hacía pastelitos de barro en el patio, aunque nunca con el fin de presentar su producción a su madre o a su padre y ganar una sonrisa. Trabajaba única y solemnemente para convencerse de que podía esculpir fragmentos independientes de un mundo demasiado integrado.

A las horas de las comidas, instalaban el cuerpo hueco de Christopher en una trona arrimada a la mesa de la cocina. Los otros cuerpos que se sentaban alrededor no estaban huecos. Estaba la señora Homm, atolondrada, entrometida, temerosa de que el mundo pudiera pararse si se quedaban callados. Estaba el señor Homm, masticando con aire taciturno una decepción cuya naturaleza nunca lograba definir. Enfrente de Christopher se sentaba Sally, gesticulante y llena de vida, hecha de extremidades compactas y firmes para dejar en evidencia la incertidumbre y la fragilidad de la estructura de Christopher.

Sally, además de fuerza, tenía virtud. Se comía como un cachorrillo voraz cualquier cosa que le pusieran delante.

—Tendría que haber sido niño —decía el señor Homm. Esto era una expresión de su descontento. Sabía que no era una observación oportuna y que no explicaba nada.

—¿Por qué no comes igual que Sally? ¿Por qué no comes igual que Sally?

Las observaciones de la señora Homm eran actos más que pensamientos. Sus palabras, más que preguntas con las que pedía una respuesta, eran rudimentarias maniobras para meterle a Christopher la comida en la garganta por la fuerza. Christopher se encogía en el asiento y apartaba la cabeza, con la cara blanca y llena de angustia. Con cada cucharada de puré de patata con salsa que le ofrecían se le endurecía el estómago, se le revolvía, hasta que era más consciente de eso que de la comida que tenía delante de los labios.

—¿Por qué no te lo comes? ¡Sall se lo come! Venga, no me hagas perder la paciencia.

Hacía años que la señora Homm había perdido la paciencia, y ya no era capaz de ver el mundo más que en relación con sus propios deseos. Renunció a intentar que Christopher comiese.

—A lo mejor le apetece más el postre —dijo—. Es papilla de sémola.

Christopher había cometido el error, en cierta ocasión, de comerse un plato de papilla de sémola. Lo hizo en un momento en que estaba distraído, observando una araña que merodeaba alrededor del salero, pero la hazaña se atribuyó al buen apetito que supuestamente reservaba para esta delicia. Si con eso podían perdonarlo por no comerse el primer plato —cosa que era difícil—, el delito en caso de no comerse la papilla de sémola era un hecho probado.

El futuro de Christopher dependía completamente de la papilla. La señora Homm tenía esta convicción inamovible.

—Ya que no quiere otra cosa tendrá que tomarse la papilla —decía —. Sabemos que se la comerá si le obligamos. Es estupenda para fortalecer el cuerpo y me ha salido muy rica.

El señor Homm miraba la frágil colección de huesos de su hijo y, sin decir nada, se sumaba a su mujer en la determinación de que había que fortalecer un cuerpo alrededor de aquellos huesos. Se conformaba con esta convicción en cuanto al objetivo perseguido y daba por hecho que su mujer conocía el método. Las mujeres eran las proveedoras de alimento. De pequeño, se había comido lo que le daban y se había vuelto fuerte.

—Cómete la papilla y te convertirás en un chico grande y fuerte.

A veces, incluso llegaba a razonar para establecer la relación entre la causa y el efecto, pero, al ver la cara retorcida de su hijo y los mohínes con que se resistía, no podía hacer nada más que quedarse cabizbajo y, cuando había terminado de comer, retirarse y dejar a su mujer enzarzada en una batalla delirante.

Los domingos, después de comer, el señor Homm se sentaba en su

butaca del rincón de la cocina a echar una siesta. Los gritos y las evasivas de madre e hijo, que seguían forcejeando con la papilla, se metían en sus sueños. Cuando la señora Homm por fin recogía la mesa, su marido abría los ojos, adormilado.

—¿Se la ha tomado al final?

Su murmullo era un acto consciente; creía que así contribuía al desarrollo físico de su hijo. Si la respuesta a su pregunta era «sí», cerraba los ojos de nuevo con una sonrisa de agradecimiento. Si la respuesta era «no», cerraba los ojos de todos modos, pero con el aspecto de un hombre que ha hecho un esfuerzo casi sobrehumano por una causa noble y ha tenido no obstante que reconocer su derrota.

Estos jueguecitos de los ojos y la boca eran simples movimientos superficiales que el señor Homm acometía en leve reconocimiento de la obligación de compartir la irritabilidad de su mujer. En lo más hondo de su corazón, del que su cuerpo se alimentaba principalmente, el señor Homm solo creía en el crecimiento. Había plantado su bellota y esperaba que su hijo se convirtiera en un roble.

Cuando terminaba de fregar los platos, la señora Homm se quitaba el delantal y se sentaba al lado de la chimenea, enfrente de su marido. Su motor seguía en funcionamiento, y buscaba con la mirada algo que hacer. A veces, Sally se sentaba en un taburete, a los pies de su madre, y ella le arreglaba los lazos, la ayudaba con su bordado o la movía de un lado a otro, en una medición preliminar para hacerle un vestido nuevo.

Christopher se sentaba en la alfombrilla de la chimenea, lo más cerca posible de la butaca de su padre. Le gustaban la paz y el silencio que emanaban de aquel rincón. Cuando el señor Homm se inclinaba hacia delante y arrimaba las manos al fuego, para calentárselas, a Christopher le encantaba subirse a la butaca y acomodarse en el hueco entre el respaldo del asiento y la amplia espalda de su padre.

Pero incluso él se alegraba cuando la señora Homm, en un tono que denotaba al mismo tiempo el rencor por su destino servil y la satisfacción de ser la única persona de la casa capaz de hacer algo útil, rompía el sopor de la tarde diciendo:

—Bueno, me imagino que ya tendréis ganas de cenar.

El señor Homm había aprendido a no demostrar algo más que una desenfadada disposición a aceptar la cena, si se la preparaban. En el fondo lo estaba deseando, pues creía que, si conseguía desprenderse un poco del embotamiento de su cuerpo enorme, quizá fuera capaz de hacer algún trabajillo, incluso de pensar. Su gigantesco territorio tal vez llegara a conocer una primavera, y Christopher, apretujado detrás de su espalda, mordisqueaba un brote tierno de esta falsa esperanza.

La cena se servía con un parloteo incesante y un intercambio

femenino de indicaciones entre la señora Homm y su hija, que para la ocasión crecía cuarenta años de golpe. Cuando la señora Homm y Sally se iban al fregadero, el señor Homm a veces encontraba un pensamiento. Cogía a Christopher y lo sentaba en sus rodillas.

—Tú y yo somos los hombres —decía.

Christopher se inquietaba ante la inmensa responsabilidad de ser como su padre, y el señor Homm, una vez formulado este pensamiento, pasaba a ocuparse de un pensamiento más profundo que no podía expresar. Por algún motivo, el niño paliducho y frágil al que tenía sentado en sus rodillas no le daba satisfacción. Empezaba a pellizcarlo aquí y allá, con cariño y recelo. Tenía la sospecha de que debería estar hecho de algún otro material.

La sospecha terminaba por convertirse en horror conforme avanzaba el largo atardecer del domingo. La señora Homm y Sally se iban a la capilla, pero el señor Homm, que hacía ya un buen rato que se había desabrochado el botón del cuello y subido las mangas de la camisa, no se sumaba a estas salidas extemporáneas. El atardecer era una hora para la verdad, no para la falsedad social. Se estremecía al pensar en el momento en que su mujer volviera a casa diciendo que aquel cura adulador había predicado un sermón muy bueno.

Se arrellanaba en la amplia butaca, mirando el fuego, y a veces se levantaba y subía las escaleras para asomarse al dormitorio donde Christopher supuestamente estaba dormido. Era difícil distinguir, en la penumbra, si lo estaba o no. El señor Homm solamente veía una cabeza clara en la almohada, y, si acercaba la mano, notaba en ella la humedad de las lágrimas. Después bajaba las escaleras y otra vez se sentaba a contemplar el fuego.

Cuando su mujer y Sally volvieron a casa y Sally ya se había acostado, el señor y la señora Homm tomaron un poco de pan con queso delante de la chimenea. Luego, al cabo de un silencio, el señor Homm condensó en una conclusión las cavilaciones en que había ocupado las horas previas a la noche.

—Christopher es un niño raro. No lo entiendo.

Un niño tendría que ser como su padre, y el señor Homm se daba cuenta de que el suyo no lo era. No tenía, sin embargo, la sutileza necesaria para deplorar lo que no era capaz de comprender. La señora Homm era más educada.

—Desde luego que tendrá que espabilar un poco cuando vaya al colegio. Es un llorica, para la edad que tiene, y los demás niños se reirán de él.

—Bueno, no creo que tengamos más hijos.

El señor y la señora Homm estaban de acuerdo en no hacer más hijos como aquel. Era la hora de irse a la cama, y los dos se sacudieron

la astringente pereza del domingo. La señora Homm trajo un par de botas del fregadero.

—Toma, papá. Déjalas ahí preparadas.

El señor Homm miró con satisfacción estos emblemas de su esfuerzo que lo sacarían de casa por la mañana temprano.

—¿Me has remendado los pantalones?

Su mujer pudo sonreír en paz, porque lo había hecho la noche anterior.

Christopher se despertó al día siguiente con el ruido que hacía su padre al bajar las escaleras. Volvió a quedarse dormido y, una hora más tarde, se levantó y se asomó a la ventana para verlo pasar por la calle, traqueteando con su carro de lechero.

XXX



A Christopher no lo bautizaron hasta que cumplió los diez meses. Los primeros meses de su vida, el señor y la señora Homm estaban más preocupados por cuánto duraría su enfermiza presencia en el mundo que por su resurrección. Los meses siguientes los pasaron discutiendo intermitentemente la fecha y el lugar del bautizo. Era un tema ideal para sembrar la discordia doméstica. Los amigos de la capilla, reunidos en la acera después del oficio vespertino, le decían a la señora Homm con gesto admonitorio:

—Supongo que traerá al niño para bautizarlo un día de estos.

Todos los domingos por la mañana buscaban con la mirada a Christopher y su séquito. Esperaban ver sus mantillas blancas y las mejores galas de la familia Homm, sentada en el primer banco y dispuesta para la operación. Pero, como no veían nada de eso, se llevaban a Sally a un rincón y le decían:

—¿Cuándo van a bautizar a tu hermanito, cariño? ¿Verdad que sería bonito?

Sally respondía al principio con silencio y una sonrisa, pero una de sus interrogadoras consiguió sonsacarle:

—Papá dice que lo bautizarán en la iglesia de la abuela.

Las mujeres rodearon a la niña y se volvieron dulces y tiernas, regodeándose en el escándalo que acababan de descubrir:

—Ah, no, cielo, seguramente te equivocas. Tu papá no puede haber dicho eso.

—Sí lo ha dicho.

Sally respondió con una indignación y una firmeza que llenaron de alegría a sus interrogadoras.

Mientras ellas comentaban los presagios unas con otras, el señor y la señora Homm discutieron el caso seriamente.

—Creo que deberíamos preguntarle al párroco si puede bautizarlo el domingo que viene.

El señor Homm, que hasta ese momento había evadido la decisión, más que oponerse a la de su mujer, dijo:

—¿Y lo de Longhurst?

Ella le respondió detallando todas las ideas a las que había dado vueltas en la cabeza a lo largo de los últimos meses, aunque sin mencionar la principal. No le preguntó qué diría la gente de la capilla si no bautizaban allí a Christopher.

—Bueno, papá, ten en cuenta que el viaje en tren en domingo es largo. Tu madre podría venir a verlo un martes; no hay necesidad de complicarse tanto.

A pesar de todo, fue a Longhurst adonde la familia se encaminó la mañana del bautizo de Christopher. El primer tren no salía hasta mediodía, y esto hizo que todo fuera lo más incómodo posible. La señora Homm, que no quería ir, organizó el desayuno y la comida a unas horas intempestivas, para demostrar su incomodidad. Desayunaron más tarde de lo normal, para poder armar un buen escándalo recogiendo el desayuno a la vez que preparaba la comida. Además, como habían desayunado tarde y con mucho apetito, luego nadie tenía ganas de comer temprano. La señora Homm tuvo así la oportunidad de quejarse del esfuerzo que había invertido inútilmente en hacer la comida y del mal efecto que tendría en Sally no comer; insinuó que estos inconvenientes eran la consecuencia insoslayable de celebrar el bautizo en Longhurst.

La relativa pasividad de su marido la animó en sus intentos de crear complicaciones. El señor Homm no tenía por costumbre tolerar las quejas de su mujer, como no toleraba ninguna actividad de ella que interfiriese en sus deseos personales. Aunque esperaba una sumisión absoluta de su parte, en esta ocasión no pudo dejar de agradecerle en cierto modo que le hubiera permitido anunciar a su madre la llegada de todos para ese domingo.

La señora Homm respondió a esta gratitud, aunque expresándola de una manera tan rudimentaria que más bien parecía una hosca indiferencia, incitando a Sally a ponerse lo más terca posible. Se empeñó en complicar el vestido y el peinado de la niña con fajas y lazos, en regañarla luego por cualquier detalle de su aspecto y, cuando ya iban camino de la estación, en pararse cada dos minutos para arreglarle algo. No era su intención que la familia perdiese el tren, pues le gustaba tener compañía y sabía que la abuela les ofrecería una buena merienda sin que ella tuviera que ocuparse de nada. Solo se proponía llegar a la estación con prisa y pánico para sacar de quicio a

su marido.

Los Homm pudieron ofrecer así un espectáculo de lo más deplorable en el momento de subir al tren. Los pasajeros los oyeron llegar antes de que hubieran entrado en el vagón. Christopher berreaba como si el objetivo de la excursión fuera el de meterle el diablo en el cuerpo. Llevaba un rato zarandeado sin parar en brazos de su madre, mientras la señora Homm recorría medio kilómetro a la carrera, y ahora, para tranquilizarlo, lo estaba apretando como un tornillo de banco. Le gritaba, como en trance: «Vamos, vamos, vamos», a la vez que reñía a Sally por haber perdido al parecer el lazo del pelo, que encontraron poco después enganchado en el cuello del abrigo. Antes de que apareciera el lazo, la niña se había visto inducida a lloriquear, y el señor Homm, con una voz ronca pero penetrante, la que empleaba cuando se avergonzaba de su familia, le había espetado a su mujer:

—Por Dios, haz que Sall se calle o te doy un tortazo.

La lluvia, que había caído sin parar todo el viaje y había oscurecido las ventanillas, paró justo cuando bajaron del tren. El aire era húmedo y limpio, y estaba cargado de olor a heno. El señor Homm se metió un dedo por debajo del cuello para que la brisa le refrescara un poco el sudor de la nuca. La señora Homm envolvió a Christopher aún más en las mantillas, por miedo a que pudiera llegarle algo de este aire sano, y también le ordenó a Sally que se abrochara el abrigo. Longhurst era un lugar muy peligroso para la salud.

La familia salió de la estación y echó a andar por la calle que indicaba el cartel. Christopher era el centro del grupo. La escena parecía un ensayo de su cortejo fúnebre. El señor Homm lo llevaba con paso majestuoso, como un auténtico doliente, y la señora Homm no apartaba de él sus ojos lúgubres, para asegurarse de que no se veía ninguna parte del cadáver. Sally, que detestaba andar, parecía como distraída en su dolor.

Cuando llegaron al triángulo de hierba que era Longhurst, tres o cuatro mujeres con abrigo y sombrero de domingo ya estaban congregadas en la puerta de la casita de la abuela. Parecían impacientes y alborotadas, como si estuvieran pasando un buen rato. Un hombre con aire de campesino melancólico y traje azul estaba a su lado. Cuando los Homm se acercaron a la cancela, las mujeres se pusieron a hablar entre sí.

—Ya están aquí.

—Por fin han llegado.

—Mirad, ya vienen.

—Creía que llegarían tarde.

—A veces pasa.

—Han tardado un buen rato en hacer el camino.

Las mujeres se abatieron sobre la familia como una bandada de pájaros. El señor Homm dejó en brazos de su mujer el fardo en el que iba envuelto Christopher, para permitirle recibir los elogios por el niño mientras él se convertía en una segunda estatua en la puerta.

Las mujeres que habían bajado volando para evaluar a Christopher iniciaron otra ronda de conversación.

—Qué ricura de niño.

—¿Se ha mareado en el tren? Sé que a veces les pasa.

—¿Puedo cogerlo?

Cuando la carita enclenque y raquítica de Christopher quedó a la vista de todas surgió una consternación nueva.

—Qué cosita tan dulce.

—¿Cuánto pesa?

—¿A quién se parece?

Christopher soltó un miserable chorrito de babas y su madre le limpió la barbilla con un pañuelo. Después echó a andar, y las demás le cedieron el paso. Iba a enseñarle el niño a su abuela.

Pasó por delante de los dos haraganes parados debajo de la parra y entró en la salita donde la abuela estaba sentada en una butaca con un tapete de ganchillo en el respaldo, vestida de negro y con un sombrerito posado en el pelo blanco. Se levantó para recibir a su nuera con un «Por fin habéis llegado». Cogió luego al bebé de los brazos de su madre, como si se lo ofrecieran para pasar revista.

—Conque este es el pequeño Christopher. ¿A quién se parece? ¿Ha salido a tu familia? No le veo mucho de los Homm.

Pero la abuela aceptó la pequeña ofrenda, tanto si había logrado parecerse a alguien como si no.

—Supongo que querrás cambiarle antes de ir a la iglesia.

Prepararon a Christopher para la purificación principal con la purificación secundaria de lavarle los muslos y las nalgas, cubiertos por una capa que parecía mostaza, bajo la mirada de tantas mujeres como cabían en la sala. Una vez engalanado con un pañal blanquísimo, le bajaron los faldones, y la abuela miró el reloj.

La procesión hasta la iglesia no fue fúnebre. Si la joven señora Homm parecía una chica de ciudad cohibida entre sus parientes políticos, estos la agasajaron no obstante con su animación y sus risas. Hasta los hombres habrían sonreído un poco si el cuello almidonado les hubiera permitido este ejercicio, y andaban con paso cauto aunque no reacio, rozando furtivamente la hierba antes de plantar el pie. Un bautizo era una representación siempre alegre, y la autoridad competente para esta alegría era la iglesia de torre cuadrada, tal como la pequeña oficina de Correos lo era para la venta de sellos.

Terminado el bautizo, el párroco los echó amablemente de la capilla. Se marchó, con la sobrepelliz aleteando, como quien se dispone a despachar un asunto de negocios. Las mujeres pasaron entonces a intercambiar los comentarios que habían ido almacenando a lo largo del intervalo previo de respeto sagrado.

—¿Verdad que el bebé ha estado encantador?

—¡Ahora tienes que llamarlo Christopher!

—¡Pobrecillo! Ya habrá tiempo de sobra para eso.

—¡Parecía que era él quien iba a bautizar al párroco!

—¡Cómo va a hacer eso!

—No estoy tan segura. Mejor que lo mires bien cuando vuelvas.

Cuando todos los invitados entraron en casa de la abuela, dejaron al nuevo cristiano en un dormitorio y cerraron la puerta.

—¿No vais a dejarle que tome un poco de tarta en su bautizo?

La señora Homm, que preveía esta propuesta, había decidido no consentirla.

—Pues la tarta de la abuela nunca le ha hecho daño a nadie.

Los demás tuvieron la sensación de que la señora Homm quería rendir tributo a los ídolos de la higiene y la buena alimentación. Un par de mujeres tomaron posiciones a la distancia conveniente para darle a entender con sus cuchicheos lo que estaban pensando, a la vez que preservaban la buena fama que confiaban merecer por tener la delicadeza de no decir esas cosas donde otros pudieran oírlas.

—Cualquiera pensaría que es la primera mujer que tiene un hijo.

—Y eso que ni siquiera es el primero, además.

—Está muy bien ser precavida dentro de los límites de lo razonable.

—Pues el niño no me ha parecido tan sano, con tanto como alborota ella.

—El pobrecillo no tiene ninguna posibilidad.

Estos dardos se clavaron, según lo previsto, en diferentes partes de la espalda de la señora Homm. Siguió hablando con la abuela y diciéndole lo buena que estaba la tarta, mientras la anciana asentía con una sonrisa enigmática que tanto podía ser de aceptación del cumplido como de coincidencia con los menosprecios que también llegaban a sus oídos.

La señora Homm pensó que quería irse de allí.

—No tenéis ningún tren antes de las ocho —dijo la abuela, asintiendo con mayor satisfacción si cabe por la trampa que le había tendido a su nuera.

Pero la señora Homm se había informado.

—Todavía podemos coger el de las cinco y cuarto.

—No creo que os dé tiempo. Sería muy precipitado, querida.

La abuela no insinuaba una imposibilidad física tanto como una impertinencia moral.

La señora Homm se puso muy firme.

—No, es mejor que nos vayamos antes de la hora de acostarlo.

Las víboras que estaban chismorreando en un rincón se abalanzaron sobre la señora Homm.

—¡Cómo! ¿No os iréis tan pronto? ¡Si acabáis de llegar!

—Seguro que al niño no le pasa nada por acostarse un poco más tarde la noche de su bautizo.

—Se te dormirá en el tren como un angelito.

La señora Homm no hizo caso de las diversas primas lejanas, pero se sentía obligada a responder a su suegra.

—Es que cuando no duerme bien de noche nunca es el mismo al día siguiente.

—Haz lo que mejor te parezca, por supuesto —dijo la abuela. Aunque estaba claro que lo que mejor le parecía a la señora Homm no era lo mejor.

El ambiguo consentimiento de la abuela fue la señal para que las demás mujeres le cedieran el paso, formando un círculo socarrón. La señora Homm vio el camino libre para retirarse como una reina. Pero aún tenía que encontrar a su rey.

—¿Dónde está Tom? —preguntó.

Fue un diálogo entre la abuela y la tía Janie el que respondió a su pregunta.

—¿Tú sabes dónde está Tom, Janie?

—Ha debido de salir con los demás.

—A los hombres les gusta estar solos a veces, lo mismo que a nosotras. —La abuela sonrió para subrayar el placer que su nuera debía de sentir entre las mujeres de Longhurst.

Sin esperar un gesto de simpatía, la señora Homm salió del cuarto de estar y subió las escaleras para rescatar a Christopher. Estaba despierto, mirando el vaivén de las ramas en la ventana.

La señora Homm se puso el sombrero y el abrigo, envolvió a su hijo y lo cogió en brazos. Cuando bajaba las escaleras vio a su marido, al que traían del jardín como a un cautivo. No contestó a la sugerencia de que cogieran el tren más tarde. Se quedó mudo al lado de su mujer, y Sally se sumó a ellos sin recibir ninguna crítica por su aspecto.

—Tenéis que traerlo a vernos cuando crezca un poco —dijo la abuela—. Le gustarán los animales.

La señora Homm apretó al niño con fuerza y rechazó el ofrecimiento de su marido de llevarlo él. Se adelantó a su familia y echó a andar, liderando la marcha como un explorador intrépido.

El nuevo cristiano se mareó en el camino de vuelta.

—Ya sabía yo que no le haría ningún bien —gimoteó la señora Homm.

XXXI



Christopher Homm había nacido en el dormitorio trasero de la casa en la que pasó su infancia. Era otoño; los plátanos de la plaza que había al final de la calle lanzaban sus hojas muertas para que jugasen en la puerta. El señor Homm se despertó con un rodillazo de su mujer. Mientras recuperaba la conciencia en el dormitorio sucio, con la luna asomada entre las cortinas como una luz de gas, sintió la dolorosa puñalada de un hombre sometido a terribles obligaciones. Su mujer ya estaba medio sentada en la cama.

—Ve a avisar a la señora Smart, cariño. Noto que está a punto de llegar.

No había ninguna ansiedad en esta petición de la señora Homm, pues tenía el derecho incuestionable de hacerla. El señor Homm salió de la cama y cobró al instante una amabilidad formal.

—Claro, cariño. No te preocupes. ¿Te apetece una taza de té?

Se lo ofreció menos por complacerla que por aplazar la misión que se disponía a cumplir.

Pensó en la cantidad de tareas que tenía por delante y confió en que la situación no fuera tan urgente. Se puso la camisa y los pantalones, y, en el vestíbulo, se echó encima la gabardina vieja. Después salió a la calle oscura y húmeda. Era el momento que precede al amanecer, cuando no se sabe si es el cielo lo que ilumina las calles o son los artilugios humanos. Un gato que estaba agazapado en el bordillo de la acera se encrespó al verlo pasar, estirando al máximo las patas y el rabo.

El señor Homm comprendía el movimiento del gato. Cabía esperar que su aparición, a aquellas horas de la madrugada, causara asombro y fastidio. El gato no hacía más que representar el enfado con que

suponía que iba a recibirlo la señora Smart, quien seguramente pensaría que debería haber esperado hasta que amaneciese. El señor Homm era más consciente del riesgo al que se exponía que de los peligros que afrontaba su mujer.

Torció en la siguiente esquina a la luz de la farola y avanzó con sigilo por delante de las casas de techo plano hasta dar con la de la señora Smart. Llamó a la puerta sin que mediara su voluntad.

La señora Smart abrió por fin la ventana del dormitorio y lo miró desde arriba. Con los brazos abiertos de tal modo que abarcaba el alféizar entero, parecía un orador nebuloso y rebelde.

—¿Quién es?

El señor Homm le preguntó en voz alta si podía ir a casa de la señora Homm. Al ver la mala cara que ponía la mujer, pensó que iba a negarse. Pero la señora Smart era una profesional meticulosa y no puso pegas.

—Dígale que voy enseguida.

El señor Homm apenas había terminado de decírselo a su mujer cuando la señora Smart entró precipitadamente. Dejó bien claro, por su tono de voz, que a partir de ese momento él no pintaba nada o era un simple criado.

—¿Cómo estás, cielo? —preguntó, apartando al señor Homm de un empujón—. ¿Notas algo?

La señora Smart sacó a su clienta de la cama.

—Pasea un poco, cielo. No te vendrá mal. ¿Dónde están las cosas?

La señora Homm empezó a dar vueltas por la habitación y sacó de la cómoda sábanas y fundas de almohada limpias. La señora Smart la ayudó a cambiar las sábanas de la cama.

—Que se lleve tu marido las sábanas sucias.

El señor Homm, a quien no le gustaba recibir órdenes, se alegró sin embargo de escapar. Bajó a la cocina y llenó el hervidor de agua para preparar el té.

—Necesitaremos todos los cazos y cazuelas que tengan para calentar agua.

La señora Smart entró por la puerta y arrinconó al señor Homm y sus planes. Parecía que nunca iba a poder tomarse su té. Empezó a sacar cazos y cazuelas y a llenarlos de agua fría. La señora Smart vio el hervidor en el fuego.

—Esa agua no la necesitamos de momento —dijo bruscamente—. Prepararé una taza de té.

No pretendía ser amable con el señor Homm, simplemente se limitó a descartar su competencia en la materia. Además, le gustaba preparar el té personalmente. El señor Homm se quedó pasmado de la cantidad de cucharadas que puso.

—Puede llevarle una taza a su mujer. —La señora Smart le pasó una taza y se dispuso a continuar con la suya—. Supongo que habrá una taza para usted cuando vuelva.

Cuando volvió, el señor Homm se encontró a la señora Smart instalada en su butaca. Le dirigió una sonrisa impenetrable y se encogió un poco más en el asiento. ¿No era la diosa que iba a presidir el nacimiento de su hijo? Por la pinta que tenía, lo mismo habría podido estrangular a un niño que cuidarlo.

—Quiero que me traiga una tabla y un par de metros de cuerda.

No cabía duda de que era una asesina. El señor Homm la miró con gesto interrogante.

—¿Qué tipo de tabla?

La sonrisa impenetrable de la señora Smart se tiñó de desprecio.

—Para hacerle un cabecero a su hijo.

El señor Homm salió a un cobertizo del patio, sin saber muy bien lo que hacía falta. Primero encontró un trozo de cuerda y lo llevó a la cocina.

La señora Smart se estaba tomando una segunda taza de té.

—Démela —dijo—. No sirve.

Cogió la cuerda y la rompió en pedazos, como si fuera de algodón.

—Necesito algo fuerte. Coja las cuerdas del tendedero si no tiene otra cosa.

El señor Homm salió al patio y quitó las cuerdas del tendedero. Mientras estaba desatando el nudo, delante del poste semejante a un tótem del que colgaba la cuerda, parecía un hombre entregado a extrañas devociones. Seguía en aquella posición cuando las primeras luces del día empezaron a caer sobre la casa donde la víctima estaba a punto de ser traída a la vida.

La señora Smart se puso encima de las rodillas la tabla que por fin encontró el señor Homm y dobló la cuerda en pulcras tiras. Hecho esto, se levantó, se metió la tabla debajo de un brazo y balanceó la cuerda enrollada con la otra mano como si fuese a azotar a alguien.

Se oyó un gemido prolongado en el piso de arriba.

—Ese es su ternerillo que quiere salir.

La señora Smart subió al dormitorio con sus instrumentos.

—Te voy a poner esto en los pies, cielo —dijo, colocando la tabla al fondo de la cama, contra los barrotes—. Puedes apretar ahí. Vamos, con fuerza.

La señora Smart ató luego la cuerda en un barrote y dejó el otro extremo al alcance de su paciente.

—Tira de la cuerda a la vez que empujas con los pies, como te enseñé cuando nació la niña.

La señora Homm estaba sudorosa y despeinada, con la cabeza

apoyada en la almohada. Los primeros dolores habían pasado, y se preparó para los siguientes. La señora Smart reunió los cazos y las cazuelas alrededor de la cama. Parecía un obrero que hubiera venido a limpiar una alcantarilla.

El carro de la leche pasó traqueteando por debajo de la ventana.

—¿Ya es esa hora? —preguntó la señora Homm.

La señora Smart olfateó y miró por la ventana.

—Normalmente pasa por aquí más tarde, ¿verdad?

El señor Homm iba inclinado sobre su caballo como un auriga.

—Este será el undécimo que atienda este año. Y todos en el barrio.

—Pues nadie diría que hubiera tantos —contestó la señora Homm.

—Si estuvieras en mi lugar, sí lo dirías, cielo. Vamos, sigue empujando —añadió, porque no le gustaba ver a su paciente relajada —. Siempre hay algunos en camino. Esto en realidad no es nada. La semana pasada nacieron gemelos en Canvey Street. Venían pegados. No vivieron mucho. He visto cosas muy raras. Uno tenía todos los dedos de los pies pegados como un muñón.

La señora Homm gimió de pura repugnancia.

—Ese no es el ruido que tienes que hacer —protestó la comadrona —. A ver, que yo te oiga. —Le hizo una fiera demostración del sonido propiciatorio—. ¡Inténtalo otra vez!

Se sentó en una silla, al lado de la cama, y miró con satisfacción a la mujer retorcida delante de ella.

—No sé si este va a ser largo.

No parecía preocupada por eso. Le brillaron los ojos al contemplar aquella angustia.

—¡Alguien viene!

Se levantó con furia y levantó la ventana de guillotina. Alcanzó a ver al señor Homm que entraba en casa con el médico.

—¡Nadie le ha dicho que lo traiga!

El médico subió las escaleras de dos en dos e irrumpió en el dormitorio.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —le gritó a la señora Smart—. ¡Creía que ya había hecho usted daño suficiente para un año!

La señora Smart tenía fuerza de sobra para enfrentarse con el médico.

—No me hable de hacer daño —dijo—. Podría contar más de una historia.

El médico la apartó de la cama y procedió a examinar a la paciente con fingida preocupación.

—¿Qué es ese chisme? —preguntó—. Un día de estos acabará estrangulando a alguien con esas cuerdas. Dele el brazo a la paciente y

deje que se sujete ahí.

La señora Smart extendió el brazo para que la señora Homm se agarrara, pero le echó al médico una mirada furibunda.

—Deje donde está mi chisme, como usted lo llama. Solo tengo un par de manos y enseguida voy a necesitarlas para otra cosa.

—Mientras esté aquí yo doy las órdenes —replicó el médico—. Usted haga lo que se le diga.

El médico encendió un cigarrillo.

—Todavía falta un rato —añadió.

—Pues no encontrará nada que beber en esta casa.

Él médico miró a la señora Smart como si fuera a soltarle un sopapo, pero en vez de eso dio media vuelta y salió del dormitorio. El pequeño cobarde escondido entre la carne y las sábanas le oyó bajar las escaleras a pisotones.

El señor Homm esperaba en el vestíbulo. Había apoyado la espalda contra la pared y estaba lo más aplastado que podía teniendo en cuenta lo grande que era.

—¿Por qué no me ha dicho que estaba aquí la comadrona?

—Ya sabe usted los apuros que pasó esa mujer la última vez. He pensado que debía avisarlo.

—Tendría que habérmelo dicho desde el principio.

—¿Saldrá todo bien, doctor?

—¿Cómo voy a saber si saldrá todo bien con ella ahí?

El médico salió y el señor Homm subió las escaleras. Llamó a la puerta del dormitorio y vio a su mujer tendida en la cama y contraída de dolor.

Christopher se agazapó en su ceguera. Estaba a punto de emprender el camino hacia Torrington Street y, de haber sabido lo amargo que sería su viaje, no habría venido al mundo.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es

NOTAS

[1] La antigua firmeza hay que entenderla ahora en el sentido de que esos cuerpos ya no padecerán ninguna enfermedad, de la misma forma que no podían padecerla antes del pecado.